

**Propuesta digital sobre la Vida y Obra de Gregorio Gutiérrez González como
Recuperación del Patrimonio Literario en el Municipio de La Ceja del Tambo, Antioquia.
Gestión del Patrimonio Literario
Edición de Textos**

Isabel Cristina Henao Osorio

Trabajo de Grado
Como requisito para optar al título de
Profesional en Estudios Literarios

Director: **Juan Diego Serrano Durán**

**Bucaramanga
Universidad Autónoma de Bucaramanga
Programa Literatura Virtual
Facultad de Comunicación y Artes Audiovisuales
2018**

Resumen

Gregorio Gutiérrez González, poeta antioqueño (1826-1872), logró en su corta vida dejar un legado de las letras, la historia y la vida antioqueña del siglo XIX. Reconocido en el mundo por su poema *Memorias sobre el cultivo del maíz* (1867), alcanzó a ser un poeta admirado y querido por muchos. Romántico, antioqueño de corazón y tesón, Gregorio Gutiérrez González se presenta en estas líneas a través de datos biográficos, anécdotas, poesías y algunas imágenes que a su vez, estarán disponibles en una propuesta digital donde se dará paso a la exploración y edición de su vida y obra.

Palabras Clave: patrimonio literario, tradición, Antioquia, poesía, digital.

Abstract

Gregorio Gutiérrez González, poet of Antioquia (1826-1872), achievement in his short life, to leave a legacy of the letters, the history and the Antiochian life of the XIX century. Recognized in the world for his poem *Memories on the cultivation of corn* (1867), he became a poet admired and loved by many. Romantic, Antioqueño of heart and tenacity, Gregorio Gutiérrez González is presented in these lines through biographical data, anecdotes, poetry and some images that, in turn, will be available in an interactive proposal where the exploration and editing of his work will take place life and work.

Key words: literary heritage, tradition, Antioquia, poetry, digital.

Tabla de Contenido

Introducción	8
1. Marco de Referencia	13
1.1 Marco Normativo	13
1.2 Marco de Referencia	14
1.2.1 Biografía del Autor.	14
1.2.2 Antecedentes.	16
1.3 Marco Teórico	19
1.3.1 Vida y Obra.	19
1.4 Marco Conceptual	26
1.4.1 Tradición.	26
1.4.2 Patrimonio Literario.	29
2. Propuesta digital sobre la Vida y Obra de Gregorio Gutiérrez González como Recuperación del Patrimonio Literario en el Municipio de La Ceja del Tambo, Antioquia	31
2.1 El Amanecer	33
Aures	36
A la cruz de la catedral.	39
2.2 El Resplandor	43
A Julia	45
2.2.1. Colombia se debate entre un poeta y un político	46
A Antioquia.	47
A Los Estados Unidos de Colombia	48
2.2.2. Anécdotas o el Gregorio cotidiano	52
2.3 El Ocaso. La Muerte del Poeta	65
2.4 Antología.	72
2.4.1 El amanecer	73
El romanticismo tétrico.	74
Mi pasión	74
Fragmentos de la vejez.	75
Una visita	78
El poeta y el vulgo	80

Mi muerte.....	83
Al salto del tequendama.....	85
A un niño expósito.....	86
Recuerdos.....	88
Al diablo.....	89
Coquetería.....	90
Tu ramillete.....	91
¡Ella y él!.....	93
Una lágrima.....	94
A una calavera.....	95
Canción en boca de una mujer.....	96
(de Schiller).....	96
La desgracia.....	96
Último canto de Lord Byron.....	97
Canción.....	98
2.4.2 El Resplandor.....	99
A Julia.....	99
Mi dulce soledad.....	100
(Canción).....	100
Un paseo en Abejorral.....	101
La pompa de jabón.....	103
(Improvisación).....	103
Dios 103	
Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia.....	103
2.4.3 El Ocaso.....	116
Morir.....	116
¡A nada!.....	118
La oración.....	121
2.4.4 Obra dispersa.....	122
A Temilda.....	122
El cementerio.....	123

A una amapola	125
Hoy cumpla diez y nueve años	127
Canto de un bandido a su tabuco	128
A M. J. B. En su día	130
Adiós Temilda.....	130
En un álbum	131
El adiós.....	132
La prosa del poeta	133
Felipe.....	133
Conclusiones	141
Referencias.....	147

Lista de Figuras

Figura 1. Partida de Bautismo de Gregorio Gutiérrez González.	15
Figura 2. Gregorio Gutiérrez González.	31
Figura 3. La Casita Blanca donde Vivió Gregorio Gutiérrez González en su Niñez.	34
Figura 4 y Figura 5. El Aures. Cuadernillo Transcrito a Mano e Ilustrado por Lázaro María Girón.	37
Figura 6. Teja con la Firma de Gregorio Gutiérrez González.	64
Figura 7. Escultura de Gregorio Gutiérrez González Ubicada en el Parque de Sonsón.	65
Figura 8. Cementerio de Sonsón.	70

Introducción

Las nuevas generaciones se pierden de las raíces, se evaden y se escabullen por los copos de la pérdida de la memoria y la identidad. Reconocer la historia, recorrer los escritos de antaño, los personajes, la literatura materializada en versos, hace que los pueblos se consoliden, se arraiguen y encuentren su identidad.

Gregorio Gutiérrez González, hombre ilustre y respetado de las tierras antioqueñas, como lo afirman varios autores en Montoya Montoya, R. (1960) tales como Caro (2008, p.385) quien menciona que *“desempeñó importantes cargos a nivel político: fue magistrado del tribunal en Medellín y en varias ocasiones ocupó una curul en la Cámara de Representantes por el Estado de Antioquia. Desafortunadamente en los últimos años de su vida su situación económica cambió. Fue miembro fundador de la sociedad literaria que se creó en Bogotá el 1 de julio de 1841”*. Fue una figura que se arraigó en las tradiciones de La Ceja del Tambo, Antioquia, así como lo confirma Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), en Montoya Montoya, R. (1960): *“Puede decirse que Gutiérrez González sirve de puente entre el romanticismo y el realismo. La obra de este poeta antioqueño llegó a todos los estratos sociales. Como Gutiérrez González dice, está escrito en antioqueño y no en español. Entre otros poemas también pueden mencionarse "A Julia", "¿Por qué no canto?" y "Aures"”* (2008: p. 386).

Es importante rescatar la obra de este autor, debido a que su historia y su poesía son desconocidas por las nuevas generaciones. El legado de Gregorio Gutiérrez González, centrado en relatos anecdóticos y pocos estudios con recopilación de su obra, merece un capítulo de mención que sirva como referente histórico y literario de Antioquia.

Escribir sobre Gregorio Gutiérrez González es un honor. Este poeta antioqueño que en tan pocos años de vida logró dejar una huella imperturbable en la literatura colombiana y en la política

del país. Hombre de buen humor y amigüero, de esos seres de buen talante y visionario, logró trascender en todas las generaciones con un lenguaje simple, que lograra llegar a todos los pueblos y a las personas a las que realmente estaban dirigidos los poemas: peones campesinos de los municipios de Antioquia.

Desde la adolescencia, Gregorio Gutiérrez González demuestra la habilidad para la escritura y la improvisación, hombre de genialidad inmediata y de una sensibilidad frente a las situaciones de la vida; inicia su escritura influenciado por el romanticismo europeo, pero cada vez va encontrando su propio estilo, muy asociado al realismo, cuya musa fue la vida misma, las montañas, la labor del campesino, su amor por la familia y por la patria.

Aunque Gregorio Gutiérrez González no solo dedicó su vida a la poesía, su carrera de Doctor en Jurisprudencia llegó incluso a trascender la política del país, en apoyo al Dr. Berrio en diferentes cargos, desde secretario de guerra hasta senador de la república.

El poeta nunca buscó los honores y la gloria porque despreciaba con fiereza los primeros, y sabía que a la gloria había de llegar sin necesidad de ir a buscarla. De allí que, en 1864, viendo que la paz en Antioquia estaba parcialmente asegurada, se retiró a su finca “El Mulato” donde escribió *Memorias sobre el cultivo del maíz*, en el que supo describir la tenacidad del campesino antioqueño y embellecer la ruda y prosaica faena del campo. Muchos han sido los autores a nivel nacional e internacional que han comentado y admirado este escrito que le da identidad a la siembra del cultivo de maíz, a los hombres trabajadores y a las mujeres que finalmente preparan los alimentos, pero ya será mención profunda en otro trabajo.

Humilde poeta, descriptivo y observador de la vida, trascendió los cantos del campanario de la aldea, como un hombre ilustre de las letras colombianas.

La Universidad Autónoma de Bucaramanga en sus líneas correspondientes a la profesión de Estudios Literarios, contempla la gestión del patrimonio literario como una iniciativa para el reconocimiento y la apropiación de los saberes regionales. Es allí donde se plantea el problema de: ¿cómo lograr la recuperación y el reconocimiento de la literatura local y que ésta a su vez sea de fácil acceso y se coordine con los saberes de las nuevas generaciones donde se dé paso a la valoración de la historia literaria de la región antioqueña, sus valores y la lengua del siglo XIX, a través de la vida y obra del poeta Gregorio Gutiérrez González? ¿Cómo lograr la recopilación de información acerca del autor Gregorio Gutiérrez González no solo desde los contenidos anecdóticos, sino del estudio acerca de su vida y obra y cómo presentarla de una manera didáctica para que converse con los lenguajes de las nuevas generaciones?

Como respuesta a este problema se propuso la realización de la compilación sobre la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González a través de la recuperación del patrimonio literario que posibilitara el conocimiento y aprehensión no solo desde el lenguaje, sino desde los valores que identifican la raza antioqueña, sus costumbres y tradiciones, y presentarla finalmente en una propuesta digital que permitiera la interacción en la exploración de textos y audios, además, la posibilidad de seguir alimentando este sitio Web desde cualquier lugar o futuros proyectos de investigación.

Cabe aclarar que este trabajo es el inicio de lo que podría ser un sitio digital donde muchos proyectos puedan alimentar las historias, biografías y antologías de este poeta antioqueño, un sitio para el almacenamiento de información acerca de este autor que permita la construcción de conocimiento con otros y la interacción entre seres que tengan intereses comunes en el rescate del patrimonio literario del mismo.

Para lograr la recopilación de la vida y obra del autor antioqueño Gregorio Gutiérrez González, y a su vez diseñar una propuesta digital como recuperación del patrimonio literario, permitiendo así el análisis y el reconocimiento de la identidad del territorio antioqueño desde el lenguaje del siglo XIX presente en la poética de este autor para las nuevas generaciones, se definió la siguiente ruta de trabajo:

Se realizó inicialmente una revisión bibliográfica y documental sobre la información existente acerca de la obra de Gregorio Gutiérrez González y la calidad de la misma, para la recuperación de la obra poética y biográfica. Esto se logró a partir de lecturas de periódicos como *La Acción*, *Maitamá*, existentes desde inicios del siglo XX; visitas al centro documental histórico del municipio de Sonsón, Antioquia, y conversaciones con habitantes de la zona del oriente antioqueño; adicionalmente, la lectura de libros y artículos referentes al autor.

Se analizó el contexto histórico relevante, correspondiente a la época que fue marcando la obra del autor realizando un comparativo entre vida y obra, esta información recopilada, a su vez, de los textos mencionados con anterioridad.

La recopilación de la información se presenta en el actual trabajo y más específicamente en el desarrollo del diseño metodológico, el cual está dividido en tres partes basadas en las épocas más relevantes de la vida del autor. Así pues, *El amanecer* hace referencia al nacimiento, niñez y parte de la adolescencia de Gregorio Gutiérrez González y se hace mención de algunos de sus poemas que, si bien no fueron escritos en esta época, hacen alusión a la misma. *El resplandor*, con toda su luz, se refiere a los momentos más álgidos en la vida del autor, su mejor poesía, su vida política, el amor por su esposa. *El ocaso* es el camino a la muerte, aquella que atemorizó al poeta en sus últimos años, aquella que presentía a cada paso, y así lo refleja en sus versos; Gregorio Gutiérrez retirado de la vida política, dando paso a la enfermedad y a la lucha por vivir. Cada uno de estos

momentos inspiró la escritura de los más bellos versos, que, en un lenguaje sencillo y simple, escrito para todos, hasta para los menos letrados, logró trascender los olvidos de la memoria permitiendo que aún siga vivo su legado.

Por último, con el fin de que el legado del autor continúe vivo, se creó una propuesta digital para la recopilación de la información encontrada, que contuviera audios del autor, puntos de referencia que marcaran situaciones de su vida y textos biográficos. La pretensión con la propuesta de manera digital, es que sirva como herramienta pedagógica para docentes e instituciones que deseen promulgar y reconocer la obra de Gregorio Gutiérrez González, principalmente con las nuevas generaciones, quienes se relacionan desde este lenguaje, además de encontrar información acerca del autor, no de manera fragmentada o física de difícil acceso, sino disponible y abierta para su exploración y uso.

Es importante para los pueblos que sus habitantes conozcan el patrimonio literario, le sumen sentido a su cultura y, como en el caso de este escritor antioqueño, que las nuevas y futuras generaciones puedan conocer a través de la poesía cómo se cultivaba y se cosechaba el maíz, cómo el autor enaltecía la labor de una madre, cómo describía el paisaje que lo rodeaba, cómo escribía la historia de su vida y sus emociones, a partir del lenguaje. La propuesta digital acerca del escritor Gregorio Gutiérrez González, su vida y su obra, permitirá conocer parte de su historia literaria y relacionarla a la interpretación de la región a la que perteneció.

Veamos, pues, algo del hombre en sus versos, hombre rebelde, espontáneo y natural hasta la negligencia, como lo son sus escritos; tan estrecha es la relación que existe entre el obrero y la obra, entre el instrumento y su música, consagrando lo más íntimo de la vida a pesar de los sufrimientos. Gregorio Gutiérrez González, hombre ilustre de las letras colombianas.

1. Marco de Referencia

1.1 Marco Normativo

El marco normativo del presente trabajo se fundamenta en las leyes, decretos y artículos que relacionan la cultura, el patrimonio y los derechos de autor, como lo expone Serrano (2016):

La Constitución Política de 1991 define a Colombia como una nación democrática, participativa y pluralista, y a la cultura en sus diversas manifestaciones como fundamento de nacionalidad, lo que significa el reconocimiento de la diversidad no sólo de los individuos sino de los pueblos, comunidades y colectivos que conviven en un mismo país. Según lo consagrado en los Artículos 1, 7, 8, 10, 70, 95 y 313, el Estado reconoce y protege nuestra diversidad étnica, cultural, natural y patrimonial. Igualmente, la Constitución define las responsabilidades del Estado y los derechos culturales como parte integral de los derechos humanos.

Ley 1185 (Colombia. Ministerio de Cultura, 2008) por la cual se modifica y adiciona la Ley 397 de 1997 –Ley General de Cultura– y se dictan otras disposiciones. “Artículo 4°. Integración del patrimonio cultural de la Nación.

Ley 397 (Colombia. Congreso de la República, 1997) —Ley General de Cultura. Se estructura en los siguientes títulos:

- Título I: principios fundamentales y definiciones.
- Título II: patrimonio cultural de la nación.
- Título III: del fomento y los estímulos a la creación, a la investigación y a la actividad artística y cultural; precisa el papel del Estado en cuanto al fomento y estímulo de la creación, la investigación y, en general, de la actividad cultural y su democratización.
- Título IV: de la gestión cultural.

1.2 Marco de Referencia

Hablar de Gregorio Gutiérrez González, es traer a la memoria los versos que dibujan a Antioquia y los sentimientos que enmarcan la vida de este autor. Toda su obra poética refleja las diferentes etapas de su vida desde su niñez hasta sus últimos años. Aunque desde el sentido poético y no meramente biográfico, Gregorio Gutiérrez González fue uno de los escritores románticos y realistas de su época.

La obra de Gregorio Gutiérrez González se ha quedado enmarcada en la memoria de los abuelos, principalmente de Antioquia. Las bellas letras que dibujan paisajes y situaciones de la vida cotidiana, han sido olvidadas por las nuevas generaciones que, llenas de ímpetu, han atravesado las fronteras de la otredad y se han convertido en exploradores del afuera más que de los contenidos y las tradiciones históricas de los pueblos de Antioquia.

Como referencia inicial, se presenta una breve biografía del autor:

1.2.1 Biografía del Autor. Nació Gregorio Gutiérrez González en La Ceja del Tambo, Antioquia, el 9 de mayo de 1826. Perteneció a una familia de condiciones sociales notables y recibió por lo tanto una educación acorde a su posición social. Fueron sus padres José Ignacio Gutiérrez Arango y doña Inés González y Villegas. Desde pequeño lo enviaron a estudiar al Seminario de Antioquia y luego fue puesto al cuidado de su primo el señor Juan de Dios Aranzazu, en Bogotá, en el Seminario de Arquidiócesis, donde concluyó estudios en literatura y filosofía e hizo en la Universidad Nacional los estudios de jurisprudencia, de donde salió con el título de doctor y abogado de la Suprema Corte de la Nación, en 1847.

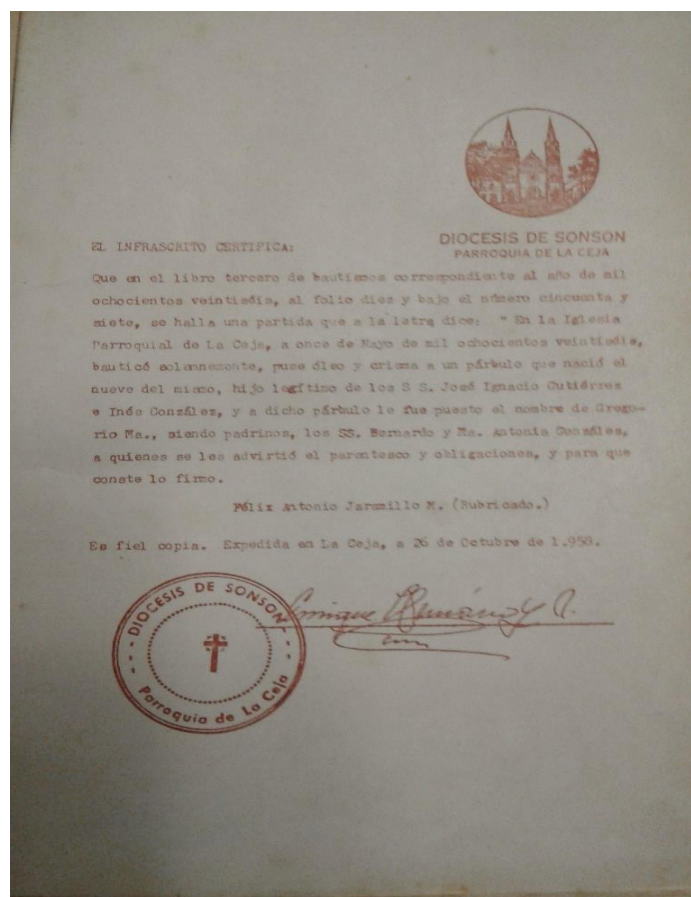


Figura 1. Partida de Bautismo de Gregorio Gutiérrez González.

Fuente: (Montoya Montoya, R.. 1960)

Gregorio Gutiérrez González ha sido un autor que dos municipios de Antioquia reconocen como hijo: Sonsón y La Ceja, pero, como muestra claramente su Partida de Bautismo, su nacimiento fue en el municipio de aires encantadores, Valle de La Ceja del Tambo (Montoya Montoya, R. 1960).

Dentro de la carrera judicial desempeñó importantes cargos: fue Magistrado del Tribunal en Medellín y en varias ocasiones ocupó una curul en la Cámara de Representantes por el Estado de Antioquia. Desafortunadamente, en los últimos años de su vida su situación económica cambió. Fue miembro fundador de la Sociedad Literaria que se creó en Bogotá el 1° de julio de 1845. Su

publicación quincenal, *El Albor Literario*, apareció por primera vez el 20 de julio del mismo año y sólo llegó al número octavo (Caro, 2008 : 17)

Contrajo matrimonio en Rionegro, Antioquia, con la distinguida dama doña Juliana Isaza, hermana del obispo de Medellín, José Joaquín Isaza, con la cual tuvo trece hijos en total y a quien cantó en versos de extremada ternura y dulzura. Falleció en Medellín el sábado 6 de julio de 1872.

1.2.2 Antecedentes. La obra de Gregorio Gutiérrez González actualmente ha estado olvidada en el recóndito espacio de la memoria de los abuelos, pues se quedó anquilosada en las paredes de 1800 en la historia de la literatura colombiana, lo que sugiere un cuestionamiento contemporáneo dado que su valor literario fuepreciado y reconocido en su contexto como uno de los mejores, tanto por su escritura como por enaltecer el lenguaje original y la labor del campesino arriero a través de sus poemas.

A pesar de ser una obra poco reconocida y de tener una vida corta, Gregorio Gutiérrez González fue nombrado y valorado por autores de trayectoria nacional; uno de ellos, Juan de Dios Uribe —más conocido como *El indio Uribe*¹—, abre las puertas a la magnitud de la escritura del autor antioqueño:

Diré que Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, representan ante nosotros la Lira nacional que se remozca en los asuntos americanos y se conforta al beber los alientos de la zona tórrida. (...) Gregorio es el precursor, y a él se le debe glorificar primero, porque solicitado a la vez por muchas tendencias literarias, y con perplejidades, quedó al cabo como poeta esencialmente antioqueño, de manera que lo perdurable de su obra

¹ Juan de Dios Uribe. Escritor y periodista colombiano. Nació en Andes, Antioquia, Colombia, y falleció en 1900, en Quito, Ecuador. Periodista, comediógrafo, cuentista y panfletario, único en el país por lo vigoroso, quemante y demoleedor de su estilo. Su prosa fue realista y veraz. Un gran descriptor de la naturaleza y de las costumbres, un crítico de gusto refinado y el más alto representante de la iniciativa justa y resonante. El primer escritor político de Colombia.

es lo que reproduce o transparenta este pequeño mundo montañés donde hemos nacido.

(Botero, 1977 : 97)

Carlos Mazo (1926) en *Juegos Florales*, aludiendo a la fecha de nacimiento del autor antioqueño, se expresa de la siguiente manera:

Hoy nació nuestro poeta, murmuraron las cañadas
 Con la cándida frescura de sus bocas perfumadas.
 Hoy nació nuestro poeta, por los cóncavos peñones
 Gritó el frío en la cañada de los fríos boquerones.
 Hoy nació nuestro poeta... preludiaron las orquestas
 De las aguas palpitantes y en la líricas florestas
 De los montes, en los valles y en el hosco rocadal,
 Inundaron el espacio con un júbilo sonoro;
 Los inquietos arroyuelos en sus cítaras de oro:
 El torrente en los bordones de su límpido raudal;
 Las cascadas en los tubos de sus órganos gigantes
 Y los ríos armoniosos en sus liras de diamantes
 Y las fuentes susurrantes en sus arpas de cristal. (Mazo, 1926: 8)

La poesía de Gregorio Gutiérrez González es un canto inconfundible a la naturaleza antioqueña, al fulgor de sus montañas, a la cultura y las costumbres de esta raza de hombres trabajadores, en comunión permanente con la naturaleza. Así lo describe García (1908: 78) refiriéndose a La Ceja como patria del poeta:

En ella nació el poeta Gutiérrez González, con quien se cumple la teoría de que el medio ambiente contribuye a la formación, no solamente física sino moral del hombre: el cantor más dulce del Parnaso colombiano no podía surgir sino los ojos estuvieran abiertos perennemente a la contemplación de un infinito plácido, y el astro expuesto a las vibraciones todas de una naturaleza enamorada.

Encontrar editada la obra del autor antioqueño es una empresa poco fácil. En la actualidad se conocen tres libros.

El primero de ellos es *Obras Completas de Gregorio Gutiérrez González*, recopilación realizada por Rafael Montoya Montoya (1960) y que compendia obras del autor, incluyendo algunas dispersas, y estudios críticos del poema *Memoria sobre el cultivo del maíz*, nociones del poeta ante la crítica universal e intimidades. Puede afirmarse que es la obra más completa existente sobre el autor.

El segundo es una monografía realizada por Juan Botero Restrepo, titulada *Don Gregorio de Antioquia* (1977), la cual recopila la vida y parte de la obra del autor y, como Juan Botero lo describe, no se trata de un estudio crítico ni anecdótico, es una recopilación meramente histórica.

El tercer libro, titulado *Memoria sobre el cultivo del maíz*, editado por Arturo Puerta y la Gobernación de Antioquia (1926), contiene, además de este poema, una recopilación de los poemas: “A Julia”, “Aures” y “¿Por qué no canto?”

En la actualidad, tener acceso a la obra de Gregorio Gutiérrez González es limitado. No existe en el mercado editorial, en bibliotecas o librerías, acceso a la poética de este autor. Además, la divulgación de su obra no es prioritaria, ni siquiera en Antioquia, de donde es el mencionado autor. No se conocen procesos que permitan el reconocimiento y la lectura de las poesías de Gregorio Gutiérrez González.

1.3 Marco Teórico

En la obra literaria de Gregorio Gutiérrez, las estrofas se perciben con un lenguaje puro y grácil. Algunos lo tachan de incorrección y descuido en su escritura, pero es tal vez su lenguaje, como lo es la imagen de los antioqueños: rudos y toscos campesinos que, al contacto hostil con la tierra, producen de ella la magia de sus mejores productos.

Con toda la fuerza de lo que representó Gregorio Gutiérrez González para las letras colombianas, se siente una deuda con la memoria, con los escritos que cuentan una historia. Es por esto que el trabajo de recopilación del patrimonio literario de la obra de Gregorio Gutiérrez González, se compone de las siguientes características:

1.3.1 Vida y Obra. La presentación ordenada cronológicamente sobre la obra de autor, incluyendo aspectos de su vida, partiendo de la base que en muchos apartes de su obra están inmersos de manera implícita su vida. Con ello, se cuenta la vida del poeta Gregorio Gutiérrez González, que es como llegar a la médula, a la intimidad de esta tierra agricultora, pujante y emprendedora llamada Antioquia. Tierra de arrieros, de raíces tradicionales, de ruana y machete, de verdes espléndidos y diversas tonalidades en degradé, que van marcando los cultivos de la memoria por medio de su relectura.

Así, se hace una relación principalmente en tres momentos: *El amanecer* o nacimiento de Gregorio Gutiérrez González, es allí donde se hace alusión a la memoria hallada en sus poemas, memoria de la vida iniciática del mismo. *El Resplandor*: historia de la juventud y temprana madurez, la primavera del amor del autor y su eterna Julia —su esposa—, además de la intervención política, principalmente a raíz de la subida de Pedro Justo Berrío Rojas a la

Presidencia del Estado Soberano de Antioquia, que marcó su vida social. *El Ocaso*, que hace referencia a su edad premortal, es donde el autor se entrega y abandona el fluir de la vida.

Entre sus obras poéticas se encuentran:

El Amanecer

- 1844. La vida. A mi madre
- 1844. El romanticismo tétrico (Epístola a un amigo)
- 1844. Mi pasión
- 1845. Fragmentos de la vejez
- 1845. Una visita
- 1845. El poeta y el vulgo
- 1845. Mi muerte. –A Temilda
- 1845. Al Salto del Tequendama
- 1846. A un niño expósito
- 1846. Recuerdos
- 1846. Al diablo
- 1846. Coquetería
- 1846. Ella y El
- 1846. A una calavera (de Anais de Segalas)
- 1846. Canción en boca de una mujer (de Schiller)
- 1846. Tu ramillete
- 1846. Una lágrima

1847. La desgracia

1847. Último canto de Lord Byron en Grecia

1849. Canción

El Resplendor

1850. A Julia

1852. Mi dulce soledad

1853. Un paseo en Abejorral

1864. A los Estados Unidos de Colombia

1864. Aures

1866. La pompa de jabón

1866. Dios

1867. Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia^{2*}

El Ocaso

1869. Morir

1869. A Julia

1871. ¡A nada!

1872. La oración

² Tal vez este poema sobre el cultivo del maíz ha sido el más insigne de la poesía antioqueña. Es, como ha dicho Pombo (1833-1912): “*la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles labores, por la simpatía de su cantor al asunto y por la música del verso*” (Montoya Montoya, 1960: 58). El texto completo de esta obra en verso, fue publicado en el periódico *La Restauración*, que se hacía en la imprenta de Isidoro Isaza. Unos meses después, el impresor decidió hacer una edición independiente, en formato de novenario, que salió a la luz a principios de 1867. El prólogo a esta modesta edición, también en verso, fue escrito por Camilo Antonio Echeverri, el famoso “Tuerto” Echeverri.

Obra dispersa

Existe una obra dispersa o desconocida de Gregorio Gutiérrez González:

Cruz de la catedral

A Temilda

El Cimiterio

A una amapola nacida en una calavera

Hoy cumplo diez y nueve años

Canto de un bandido a su trabuco

A M. J. B en su día

Adiós Temilda

En un Álbum

El adiós

La prosa del poeta

Felipe

1.3.2 Gregorio Gutiérrez González en la Crítica Universal. Algunos autores reconocidos como hombres de las letras colombianas, y otros no tan nombrados, han escrito acerca de la obra de Gregorio Gutiérrez González. En el libro de Montoya Montoya, R. (1960) nos encontramos a Marcelino Menéndez Pelayo, Rafael Pombo, Rafael Maya, Marco Fidel Suárez, Tomás Carrasquilla, Epifanio Mejía y Juan José Botero escribiendo sobre el autor:

Menéndez y Pelayo, español (1856-1912), quien fue un escritor, filólogo, crítico literario e historiador de las ideas españolas, consagrado fundamentalmente y con extraordinaria erudición reconstructiva a la historia de las ideas, la interpretación crítica y la historiografía de la estética, la

literatura española e hispanoamericana y a la filología hispánica en general, rescata en la obra de Gutiérrez González su musicalidad melancólica, la memoria de las alegrías pasadas y la tristeza del alma, pero sobre todo exalta la originalidad en su composición principalmente en su obra *Memoria sobre el cultivo del maíz* (Gutiérrez González, 1867):

El autor —dice Menéndez—, lo describe todo, desde los terrenos propios para el cultivo y la manera de hacer los barbechos, hasta el método de regar las sementeras y espantar los animales que le hacen daño en los granos. Y es admirable la fecundidad que ha sabido descubrir en un asunto a simple vista, tan pobre, trazando cuadros tan admirables. Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América (Montoya Montoya, 1960: 386)

Pombo (1833-1912), escritor, poeta, fabulista, traductor, intelectual y diplomático colombiano, reconocido por su entusiasmo hacia la literatura infantil, nos dice de Gregorio Gutiérrez su parte más vivencial, el cómo se acompasaba a su vida misma, tan pura y penetrante y cómo era su escritura que de manera limpia y sentida la traducía en su poesía:

Gregorio desde su poema *Aures* es ya completamente propio, y representa todo el movimiento de su vida y su corazón, movimiento siempre más enérgico en el dolor que en la paz la felicidad o que en el nivel de la melancolía. Allí no hay pincelada indecisa ni repetida, toda la contemplación del espectáculo es en tiempo presente: la verdad, la naturalidad, la sencillez, son las primeras estrofas de lo bello. (Montoya Montoya, 1960 : 22)

Maya (1897-1980), quien fue poeta, periodista, ensayista, escritor, crítico, abogado y diplomático colombiano, ganador del Premio Nacional de Poesía en

1972, menciona de la obra de Gutiérrez González la exaltación hacia la intimidad y las palabras que el autor antioqueño emana del alma, de su sensibilidad hacia los ritmos de la vida: “*Todo fue en Gregorio Gutiérrez González emoción delicada y finísima, sobre todo el paisaje, que ofrece fondos de mágica diafanidad a la presencia del recuerdo*” ((Montoya Montoya, 1960 : 394).

Suárez (1855-1927) escritor y político colombiano, que desempeñó el cargo de Presidente de la República en el período comprendido entre los años 1918 y 1921, nos cuenta otra faceta del escritor antioqueño, ya que Gregorio Gutiérrez González no solo fue poeta, sino que ejerció labores políticas en los territorios que habitó:

No vayan ustedes a creer que el doctor Gutiérrez González fue solamente poeta insigne y famoso, sino que fue también jurista de alto criterio y político sobresaliente. Tan sobresaliente fue, que el doctor Berrio³ llegó a hacer dos jornadas de camino para venir a Sonsón a consultar con don Gregorio nada menos que el desconocimiento de la Confederación Granadina y el reconocimiento de los Estados Unidos de Colombia. Entonces fue cuando el poeta escribió su *Canto a los Estados Unidos de Colombia*, poesía tan hermosa como valiente, que ayudó a contener la guardia colombiana (Montoya Montoya, 1960 : 120).

Carrasquilla (1858-1940), escritor colombiano activo entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX en la región de Antioquia, reconocido y destacado en la última época como uno de los mejores escritores colombianos con su obra costumbrista. Menciona Carrasquilla

³ Pedro Justo Berrío fue un abogado, militar y político colombiano nacido en el municipio de Santa Rosa de Osos de la Provincia de Antioquia (Gran Colombia) en 1827, y fallecido en la ciudad de Medellín, capital del Estado Soberano de Antioquia (Estados Unidos de Colombia) en 1875.

sobre Gutiérrez González, destacándolo sobre otros escritores antioqueños cuyo costumbrismo fue igualmente exaltado:

Tres nombres que simbolizan, en el campo luminoso de las letras, el carácter esencial de nuestra región; lo que nos distingue del resto de nuestra nacionalidad colombiana; son Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Juan de Dios Uribe. Antioquia no es nada, como no lo es Toboso, pero ya figura por ahí en los fastos imperecederos de las letras: ya su poema, tan original y todo, ha sido traducido a la lengua de Hugo y de Flaubert. Cualquier día lo será a la de Dante. (Montoya Montoya, 1960 : 201).

Así, se pone en evidencia a un magnífico hombre de las letras antioqueñas, que acompañaba su vida con la poesía, la sensibilidad, la valentía, incluso en el momento de su muerte, grandes de las letras colombianas acompañaron con gallardía su legado profundo. Uno de ellos fue Epifanio Mejía, a quien la muerte de Gregorio Gutiérrez González fue causa de un impacto emocional que motivó la escritura de su composición “Ya no puedo cantar” (Mejía, 1872: 91):

(...) Decid Colombia, a la española lengua

Que ya el “Aures” no tiene trovador,

Que en sus sombrías, solitarias selvas

La lira de Gregorio se perdió.

Olorosas montañas antioqueñas,

Guardad la lira del feliz cantor!

Muda quedó la palpitante cuerda

Donde la nota del “Maíz” sonó.

Consagrado don Gregorio Gutiérrez González a ser uno de los representantes más destacados de la poesía antioqueña, se detalla su vida y obra, y, además, se tiene presente en este estudio, como lo menciona Camacho (1827-1900), en lo siguiente:

Los cantos de un poeta han ido más allá del campanario de la aldea, y vagando en las alas de las auras, y han sido repetidos por el murmurio de los arroyos, y reproducidos por los ecos de las colinas y antes que aplaudidos en los palacios del rico, han alegrado las vigilias de las cabañas de los pobres, y resonado en tierras remotas (...).

Y si reducida a polvo la generación que primero los oyó, tal vez indiferentes, los cantos levantan la losa de los sepulcros y tornan a repetirse en los ecos, y otras y otras generaciones confirman el fallo, entonces se ha pronunciado la sentencia infalible, y la gloria envía desde lo alto coronas de luz a alumbrar para siempre un nombre decorado con el sello de la inmortalidad. (Montoya Montoya, 1960 : 30)

1.4 Marco Conceptual

Es necesario, para abordar el trabajo de recuperación del patrimonio literario de Gregorio Gutiérrez González en la edición de una propuesta digital, comprender la siguiente terminología:

1.4.1 Tradición.

La tradición es hija de la historia, y la escrita que primero fue vocal, y lo son todas, pues tradición es narración, opinión, doctrina derivada vocalmente, sin haber escrito, con el uso de padres e hijos, y de los que vieron las cosas, a los que no las vieron.

Luis Cabrera de Córdoba

La palabra tradición, utilizada en la cotidianidad moderna, viene del latín y se relaciona con el verbo *tradere*, que significa “dar en entrega” y alude a la comunicación transgeneracional de las costumbres y demás elementos histórico-culturales de una comunidad dada.

Puede decirse entonces que la tradición es la línea hereditaria cultural de las comunidades que se va instalando con el tiempo y va haciendo parte de las sociedades, hasta el punto de identificarlas y diferenciarlas de otras.

Según la Real Academia de la Lengua Española, la palabra tradición es definida como lo que se transmite de un pueblo a otro o de persona a persona. Esta tradición puede convertirse en doctrina, costumbre o enseñanza, y puede trascender a varios aspectos de la vida, incluso a la religión (DRAE, 2017).

Yendo un poco más allá en la definición, puede decirse entonces que la tradición es cada una de aquellas pautas de convivencia que una comunidad considera dignas de constituirse como una parte integral de sus usos y costumbres. La tradición suele versar genéricamente sobre el conocimiento y también sobre principios o fundamentos socioculturales selectos, que por considerarlos especialmente valiosos o acertados, se pretende sean extendidos al común, así unas generaciones los transmitirán a las siguientes a fin de que se conserven, se consoliden y se adecúen a nuevas circunstancias. *“También se llama tradición a los patrones que pueden formar idiosincrasias, como las tradiciones egipcia, griega, romana, entre otras. El cambio social altera el conjunto de elementos que forman parte de la tradición”* (Venemedia, 2014).

Dentro de las tradiciones, existe una que es la tradición popular y hace referencia a los valores, creencias, expresiones y costumbres característicos de una comunidad y que la hace particularmente distinta a otras.

Las tradiciones más difundidas en el mundo se vinculan con dos conceptos que han operado como ejes en la historia de la humanidad: la religión y la patria. Ambas fueron cuestiones centrales durante mucho tiempo para grandes grupos, por lo que los actos o símbolos a ellas asociados pasaron a ser muy reconocidos, tanto que se pensó en su trascendencia en las generaciones.

El proceso de transmisión de tradiciones es interesante, y en muchos casos se debate si debe ser una responsabilidad para las generaciones nuevas recoger lo que sus padres les han legado y enseñarlo a su vez a sus hijos, o si se debe permitir que esto suceda espontáneamente, permitiendo que opere una suerte de “selección natural” de tradiciones en la cual perdurarán aquellas que por alguna razón sean esenciales para la comunidad. De uno u otro modo, *“las personas que viven conscientes de su finitud en la tierra suelen buscar cierta trascendencia luego de su muerte, y la existencia de un sinnúmero de tradiciones es una prueba bastante clara de ello”* (Deborah, 2014).

La tradición trasciende más allá de un asunto meramente moralizante y va incluso de la mano con la geografía y los paisajes. Así se refiere García (1908: 78) a La Ceja del Tambo, Antioquia, cuna del poeta Gregorio Gutiérrez González:

En ella nació el poeta Gutiérrez González, con quien se cumple la teoría de que el medio ambiente contribuye a la formación, no solamente física sino moral del hombre: el cantor más dulce del Parnaso colombiano no podía surgir sino donde los ojos estuvieran abiertos perennemente a la contemplación de un infinito plácido, y el astro expuesto a las vibraciones todas de una naturaleza enamorada.

Fue un poeta todo naturalidad, sencillez, emoción. El procedimiento espontáneo del poeta es la imagen de los sentimientos de estos pueblos, puestos al alcance del menos letrado para que se grabaran en la memoria y en corazón, así como la tradición misma.

Un vivo ejemplo es el poema *Memoria sobre el cultivo del maíz*, que escribió Gregorio Gutiérrez González (1867) en el uso de un lenguaje con una voz e intención idiomática antioqueña:

No usaré del lenguaje de la ciencia,
 para ser comprendido por el pueblo;
 serán mis instrucciones ordenadas,
 con precisión y claridad y método.
 No están subrayadas las palabras
 poco españolas que en mi escrito empleo,
 pues como sólo para Antioquia escribo,
 yo no escribo español sino antioqueño.

Memorias sobre el cultivo del maíz (Gutiérrez González, 1867), es un vivo ejemplo de la tradición antioqueña, y más que un poema, es un legado de agricultura, una memoria viva de uno de los productos más cosechados en la región. Gregorio Gutiérrez González, por consecuencia, es un poeta de tradiciones.

1.4.2 Patrimonio Literario. El patrimonio cultural en su más amplio sentido es a la vez un producto y un proceso que suministra a las sociedades un caudal de recursos que se heredan del pasado, se crean en el presente y se transmiten a las generaciones futuras para su beneficio.

Es importante reconocer que abarca no sólo el patrimonio material, sino también el patrimonio natural e inmaterial. Esos recursos son una “riqueza frágil”, y como tal requieren políticas y modelos de desarrollo que preserven y respeten su diversidad y su singularidad, ya que una vez perdidos no son recuperables (Unesco, 2017).

El Patrimonio literario, considerado como patrimonio inmaterial, se definió con la Convención de 2003 en la Conferencia General de la Unesco (Unesco, 2017), celebrada en París en octubre de ese año. El artículo 2 de la Convención define “patrimonio cultural inmaterial” como:

Los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. El texto añade que este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana (Art. 2).

Por ello, tal y como indica la Unesco, verificable en su página *Web*, el patrimonio cultural inmaterial se caracteriza por lo siguiente: es al mismo tiempo tradicional, contemporáneo y viviente, ya que crea *un vínculo entre el pasado y el futuro a través del presente* es integrador, en cuanto transmitido de generación en generación, y catalizador de un sentimiento de identidad colectiva compartida; es representativo, al depender de los conocimientos de las tradiciones, técnicas y costumbres que se transmiten dentro de una comunidad o a otras comunidades.

El Patrimonio Literario hace parte de la tradición de los pueblos, se conecta a la memoria de los mismos a través del lenguaje y la comprensión de sus usos particulares.

2. Propuesta digital sobre la Vida y Obra de Gregorio Gutiérrez González como Recuperación del Patrimonio Literario en el Municipio de La Ceja del Tambo, Antioquia

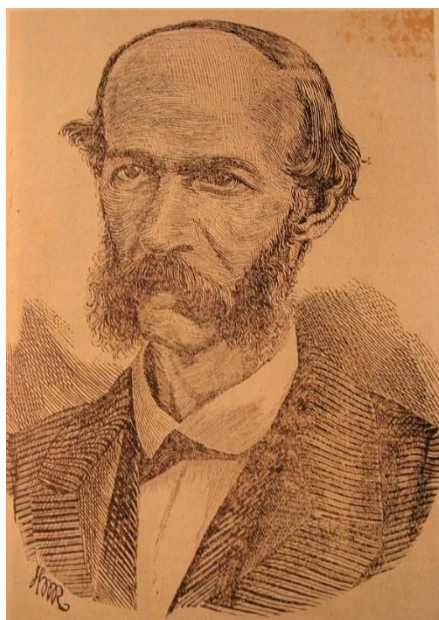


Figura 2. Gregorio Gutiérrez González.
Fuente: (Montoya Montoya, R. 1960)

La vida de este ilustre hombre de la poesía colombiana, merece ser contada en tres épocas significativas, marcadas por su estilo poético y por sucesos históricos o de la cotidianidad que hicieron relevantes estos momentos.

En un primer momento, titulado *El amanecer*, se menciona el nacimiento, aspectos académicos y situaciones personales que fueron marcando la vida del poeta.

En un segundo momento, titulado *El resplandor*, se hace mención del matrimonio y sus hijos, de la vida política del autor, su obra más representativa y un anecdotario donde se encuentra una recopilación de historias ocurridas durante la vida del poeta.

En un tercer momento, titulado *El ocaso*, se hace mención de sus años previos a la muerte.

Para la recopilación de la información, fue necesario consultar periódicos y documentos de la época del autor y del centenario de su nacimiento y muerte, almacenados de manera cuidadosa en Sonsón, en la Biblioteca Pública Municipal Gregorio Gutiérrez González del municipio de La Ceja y en la Sala Antioquia de la Universidad de Antioquia; además, conversaciones y recorridos por sitios donde vivió, amó y sufrió Gregorio Gutiérrez González, y permitió sentirlo cercano como sus palabras.

Esta información se encuentra en Internet como una propuesta digital, que permita visualizar, recorrer y escuchar la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González. Esta propuesta será desarrollada en un *software* libre que propicie la exploración y la redacción de nuevos textos relacionados con el autor. Este diseño se realizará identificando puntos (coordenadas) en un mapa de Antioquia, donde las personas que la exploren puedan seleccionar un punto y encontrar información (documentos, reseñas, fotografías, audios) sobre el autor.

Cabe anotar que este es el inicio de un trabajo que puede ser el trabajo de muchas manos, mentes y corazones que deseen desempolvar los baúles de la memoria y traer a nuestra época a Gregorio Gutiérrez González. La propuesta digital estará abierta para aquellas personas que deseen incluir sus documentos, historias, videos y demás formatos de información acerca del poeta, como fuente futura de interactividad.

El enlace de la propuesta digital es: <https://gregoriogutierrez.tk/e110> la cual se construyó utilizando una plataforma digital de desarrollo local llamada Tupale, que a su vez sirve para crear herramientas aplicables a través del *framework* o creación de soluciones con comunidades digitales a problemas comunes. Utilizar esta plataforma, permite que los datos sean libres, visibles y accesibles a partir de la organización de la información, compartir datos, hacer visualizaciones

con el fin de tomar los datos, transformarlos en diversos formatos y compartirlos con las comunidades.

Para la creación de la propuesta interactiva sobre Gregorio Gutiérrez González se utilizó la vista Landinpage con una estética de línea de tiempo vertical para visualizar los tres momentos característicos en la vida del autor, *El amanecer*, *El resplandor* y *El ocaso*. A su vez, cada uno de estos momentos, tiene una aplicación independiente donde se cuenta parte de la vida y obra del autor, resaltando en ellos sus momentos más significativos e incluyendo los audios de algunos poemas.

Sin más preámbulos metodológicos, se invita a la lectura de la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González.

2.1 El Amanecer

Así comienza la historia de este hombre ilustre de las letras antioqueñas: nació Gregorio Gutiérrez González el 9 de mayo de 1826 en La Ceja del Tambo, Antioquia, en la finca El Puesto, de esta localidad, donde se encuentra inscrita en una placa la siguiente invitación: “Pasajero: detente un momento y piensa que estos muros guardaron los primeros sollozos del inmortal cantor de la montaña” Gregorio Gutiérrez González. Mayo 9 de 1826⁴.

Su bautismo tuvo lugar dos días después, en el templo parroquial de La Ceja, y la partida canónica de su nacimiento quedó asentada en el libro tercero de bautismos de la parroquia, y dice así:

⁴ El Congreso Nacional en la celebración del centenario del nacimiento de Gregorio Gutiérrez González.

En la iglesia parroquial de La Ceja, a once de mayo de 1826, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a un párvulo que nació el 9 del mismo mes, hijo legítimo de los SS. Josef Ignacio Gutiérrez y Inés González y a este párvulo le puse el nombre de Gregorio María, y fueron sus padrinos los señores Bernardo González y Ma. Antonia González, a quienes advertí el parentesco y demás obligaciones, y que conste lo firmo. Félix Jaramillo⁵.

Sus padres lo llevaron a Sonsón de muy corta edad, y allí, junto al río Aures, en la vía a Abejorral, en una propiedad de su padre, vivió gran parte de su infancia.



Figura 3. La Casita Blanca donde Vivió Gregorio Gutiérrez González en su Niñez.
Fuente: Crónicas de Sonsón, 1972.

⁵ Archivo Parroquial de La Ceja. Libro 3, Folio 10.

La Casita Blanca, como se llamó el sitio que abrigó al poeta en sus primeros años de vida, tiene mención en el poema:

Aures

*De peñón en peñón, turbias, saltando
las aguas del Aures descender se ven;
la roca de granito socavado
con sus bombas haciendo estremecer.*

*Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.*

*Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal,
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.*

*Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucinda tejió para Endimión.*

*Reclinado a la sombra, cuantas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal.*

*Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonces el alma
fresca la guarda la memoria aún.*

*Allí a la sombra de esos verdes bosques
correr los años de mi infancia vi;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré morir.*

*Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
Basta, las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.*

*Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar:
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.*

*La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz,
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.*

*Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.*

*Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza. ¡Adiós!*

“Aures”, de 1864 (Gutiérrez González, 1890), tomó su nombre del río homónimo, afluente del Arma. En este poema, Gutiérrez González hizo alarde de la geografía antioqueña, aquella de formas sinuosas y diversidad en vegetación, agua y verde, sonido terrenal de los susurros antioqueños.

Despedida de la infancia, del abrazo y el cobijo materno, del arrullo del río y el ímpetu del agua, que hace estremecer la memoria de los primeros años de vida; ya ajena la *casita blanca*, ya extraña su luz, ya lejanos los tiempos tranquilos de la niñez.



Figura 4 y Figura 5. El Aures. Cuadernillo Transcrito a Mano e Ilustrado por Lázaro

María Girón.

Fuente: Fondo Arciniegas. Biblioteca Nacional de Colombia⁶

A la edad de doce años, Gregorio Gutiérrez González fue matriculado en el Colegio Seminario San Fernando en la ciudad de Antioquia, cuatro días a lomo de mula debía recorrer el niño para llegar a su nuevo destino. La mejor educación vino de padres pudientes, aquellos que aprovecharon la coyuntura de que se encontrara el honorable Juan de Dios Aranzazu en Bogotá, primo hermano de Gregorio y Secretario de relaciones exteriores, y enviaron allí a su hijo a continuar los estudios hacia el año 1840 y, después de terminar en el Seminario de esta ciudad sus cursos de letras y filosofía, pasó al Colegio de San Bartolomé del Instituto Nacional, donde dio comienzo a sus estudios de Jurisprudencia en 1843. Allí conoció al poeta Rafael Pombo, de quien recibió, cariñoso, el apodo de «Antíoco», con el cual aparecerá durante toda su vida.

En 1843, con diecisiete años de edad, Gregorio Gutiérrez escribió su primer poema, dirigido a la “A la Cruz de la catedral”:

⁶ *El Aures* del fondo Arciniegas de la Biblioteca Nacional de Colombia es un cuadernillo de doce páginas que en escasos quince centímetros contiene transcritas a mano las doce cuartetas que componen el poema original, intercalando en el texto aguadas que convergen con el tema de cada una de sus secciones características. Una guarda ilustrada con el nombre del autor y el título del poema, adornada con una flor carmesí en el centro de la página, da pie a una portada que escrito a mano reza: “Gregorio Gutiérrez G. AURES. Bogotá: 1890/ Ejemplar único”. Una tímida signatura al pie de casi todas las ilustraciones identifica a Lázaro María Girón como su autor. Ver en: http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/111247/0

A la cruz de la catedral

*Cruz que te elevas sombría
En la torre majestuosa
I desprecias orgullosa
La lluvia i el vendaval!*

*Mientras al soplo del viento
Reclina volteando inquieta,
Cobre el punzón la veleta
Que tienes al pedestal.*

*Al contemplar tú figura
En esa torre enclavada,
Parece que está grabada
Del cielo en el vago azul.*

*Detrás de ti las estrellas
Vierten su lumbre dudosa;
I en la noche tempestuosa
Te presta el rayo su luz.*

*Tú velas en la ciudad
En que se entregan las gentes
A placeres diferentes
O a su tranquilo dormir.*

*Tú miras al poderoso
De su techumbre al abrigo,
I contemplas del mendigo
El mísero porvenir.*

Tú miras a la ramera,

*En su lúbrico cantar
I le escuchas murmurar
Sacrílega maldición.*

*Tú contemplas a la virgen
Con lágrimas en los ojos
Rezar postrada de hinojos
Piadosísima oración.*

*Tú ves vagar al mancebo
Por las calles solitarias
Atiendes a las plegarias
Que humilde dirige a ti;*

*De las vírgenes del coro,
Que en solitario convento,
Atraviesa el firmamento
Con su oración desde allí.*

*Contemplas soberbias camas
Como miserables lechos,
Registras profanos pechos
I pechos santos también.*

*I miras a todos ellos
En halagüeño soñar,
I mil fantasmas formar
Para su dicha i su bien.*

*Signo augusto donde Cristo
Por los hombres padeció
I entre tormentos murió
Por darnos la redención;
No atiendas, no, los placeres*

*Ni pasatiempos mundanos,
Ni pensamientos livianos
De nuestro fiel corazón*

*Coloso que sempiterno
Elevas tu altiva frente!
Signo del Omnipotente
I patíbulo de un Dios!
En ti encuentra el criminal
A su más tremendo Juez...
Sin ti encontrará tal vez
Su mísera perdición...*

*Los justos hallan en ti
Su protección i consuelo;
I en ti el camino del cielo
Que les convida a morir.*

*Tú ves pasar las edades
I una a otra suceder;
Las ves altivas nacer
Para dejar de existir.*

*Ya ni siquiera recuerdos
De tu artífice han quedado
Pues todos el tiempo airado
De la vida los borró.*

*Han pasado nuestros padres
Como meteoro veloz,
I nuestra esperanza en pos
De su existencia pasó.*

I tú verás inmutable

*Trastornarse las naciones
Y al ruido de sus cañones
Nuevos gobiernos formar.*

*Tú verás sobre las ruinas,
Sobre cadáveres fríos
Que brotan de sangre ríos
Mil cadalsos levantar.*

*Tú verás al hombre ansioso
En pos corriendo del oro,
Siendo su Dios el tesoro
I el puñal su sola lei...*

*I donde hoi un Presidente
Acata nuestra nación,
Mañana veneración
Verás tributar a un Rei.*

*Signo augusto donde Cristo
Por los hombres padeció
I entre tormentos murió
Por darnos la redención;*

*No atiendas, no, los placeres
Ni pasatiempos mundanos
Ni pensamientos livianos
De nuestro fiel corazón.*

(1843)

Esta primera etapa de escritura del poeta se vio claramente marcada por el romanticismo, heredado tal vez de Zorrilla y de Espronceda, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, entre otros, a través de largas lecturas realizadas por el joven Gregorio y los miembros del *Albor Literario*, publicación de la Sociedad Literaria, los cuáles se reunían todos los domingos a leer y conversar sobre estas temáticas. Las reuniones tenían lugar en un cafetín del barrio La Candelaria, de Bogotá. Algunas rencillas internas hicieron que esta sociedad se disolviera y el periódico dejara de circular.

En 1845 recibió varias penas el joven Gregorio; la primera fue el fallecimiento de su primo protector el ilustrísimo Juan de Dios Aranzazu, la segunda fue el desprecio de la real o ideal Temilda y el grave y equivocado diagnóstico que sobre su estado de salud le dio el médico escocés Dr. Miniano Ricardo Cheyne, el 16 de diciembre, el cual creyó encontrar síntomas de aneurisma, y después de notificarle que: “*su enfermedad lo hará morir a usted antes de un año*”, le aconsejó que volviera a su hogar de inmediato.

Al recibir esta noticia, Gutiérrez González se entregó a una profunda tristeza y melancolía, y convencido de que la causa de su mal físico ha sido el mal de amor que le ha causado la Temilda, ese mismo día le dirige la siguiente poesía:

Mi Muerte**(A Temilda)***Su enfermedad le hará morir a usted**Antes de un año.**(R. Cheyne. Hoy, 16 de diciembre de 1845)**I**Morir...morir... un eco misterioso**Parece repetir estas palabras**En el fondo de mi alma... En otro tiempo**Nunca, Temilda, al corazón llegaban.**Entre mis labios al nacer morían,**Sin lastimar con su sentido el alma;**Jamás pensaba que el morir encierra**La idea tremenda que mi pecho amarga.**Ya de la vida los preciosos lazos**Casi desechos de mi existencia enlazan,**Que a un leve impulso destrozados**Ceden de la mano glacial de muerte airada.**Ya de mí vida el último reflejo**Siento que débil en mi pecho vaga,**Cual la luz moribunda de la antorcha**Que con más brillo al expirar se inflama.**¡Adiós, Temilda...!**El caprichoso mundo**Ya de mi vista ocultará sus galas...**Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro**Y un hombre menos lo verá mañana (...)**Y otro día le sigue y otra noche**E imperturbables en su curso marchan,**Y meses pasarán, pasarán años,**Indiferentes por mi tumba helada (...)**Descender a la tumba, ser cadáver**Morir, dejar de ser... estas palabras**Tú no sabes, Temilda, lo que encierran**Pronunciadas por mí, Tú la desgracia**Sí, porque tú con bárbaros desdenes**Has consumido del amor la llama,**Has desgarrado el corazón amante,**Y me has abierto la postrer morada.**Por ti al sepulcro desdeñado bajo,**Buscando en él la apetecida calma:**Y nunca sentiré sobre mi losa**De tus ojos divinos ni una lágrima.**(1845)*

2.2 El Resplandor

Retornó entonces Gregorio a Antioquia en diciembre de este año y vivió en la tranquilidad que ofrecía el verdor del campo, para regresar a Bogotá a terminar sus estudios de jurisprudencia y en 1847 recibir el título de doctor y, en seguida, la Corte Suprema de Justicia lo autorizó plenamente para desempeñar sus tareas de abogado, de acuerdo con la ley.

Fue entonces cuando Gutiérrez González decidió regresar a Antioquia para ejercer su profesión. Se instaló en Sonsón, donde se encontró a su padre, y desde entonces entregó su corazón en forma total a este lugar, como patria que lo adoptó.

Desde su llegada empezó a ejercer una verdadera tutoría cultural y organizó una tertulia literaria con personajes distinguidos de la región, sentando las bases de la cultura sonsoneña. Se interesó también por el progreso material de la ciudad. Por sus méritos como poeta y servidor de Sonsón, se le erigió un busto de bronce en el parque que aún lleva su nombre. (Ángel Uribe, 1969; 1972)

Don Gregorio ama fervientemente a su prometida, con la que se casa en el municipio de Rionegro, Antioquia, el 10 de abril de 1850, cuando tenía 24 años. Dice la partida de matrimonio, recuperada de la monografía de Juan Botero Restrepo (1977: 55) lo siguiente:

En la Viceparroquia de San Antonio de Pereira, a diez de abril de mil ochocientos cincuenta, no habiendo resultado impedimento de la información que se practicó, ni tampoco de las tres canónicas moniciones que se han hecho en tres días festivos y de concurso, a tiempo de la misa parroquial y prestado el consentimiento (sic) de los padres, el Pbro. Cura, Dr. José Joaquín Isaza, con autoridad espresa del cura escusador

de esta Santa Iglesia, presencié el matrimonio que contrajo *in facie ecclesiae*⁷ el Dr. GREGORIO GUTIERREZ, soltero, con JULIANA ISAZA, soltera, mi feligrés ésta, y aquel de la parroquia de Sonsón; a quienes dio las bendiciones nupciales, conforme al Ritual Romano: fueron testigos Valerio Isaza, María Luisa Isaza, Estebas Isaza, Marcos Arenas y otros muchos; el contrayente es hijo legítimo de José Ignacio Gutiérrez e Inés González, y la contrayente de Félix Isaza y Casimira Ruiz. Doy fe Joaquín González C. E. Pbro.

Desde esta fecha hasta veintidós años después, don Gregorio disfrutó de su amada Julia, con la que se instaló en el municipio de Sonsón, al que consagró su vida.

Varias son las composiciones de Don Gregorio dedicadas a su esposa Julia, pero existe un poema que refleja toda la felicidad y el amor. Pareciera que, en este canto, el poeta olvidara los terribles sucesos desatados años anteriores y demostrara toda la plenitud que el amor le ofreciera a su vida:

⁷ *In facie ecclesiae*: “Delante de la iglesia” Expr. *lat.* que se usa hablando del santo sacramento del matrimonio cuando es público y con las ceremonias establecidas. Origen de la palabra: (Lit., en presencia de la Iglesia.)

A Julia

*Juntos tú y yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú a mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.*

*Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas,
Por el sendero de la vida van.*

*Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamás temes caer.*

*Y tu mano en mi mano, paso a paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.*

*Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.*

*Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.*

Son nuestras almas místico ruido

*De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;*

*Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.*

*¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Eso me basta para ser feliz.*

*¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Más mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!*

(1850)

En este poema, casto, puede verse claramente el romanticismo de los años jóvenes de Gregorio Gutiérrez González. La ternura allí expresada refleja la vinculación del amor en un estilo limpio y sencillo.

2.2.1. Colombia se debate entre un poeta y un político. No solo doña Juliana representó el gran amor de Gregorio, también lo fue la tierra de Sonsón, cuna de sus amores y sus luchas para lograr la libertad de la región y la justicia social.

Gutiérrez González no solamente fue poeta insigne, sino también notable jurista y político muy sobresaliente. Tan sobresaliente, que el Doctor Pedro Justo Berrio, en los lances más delicados de la política de aquellos días, llegó a hacer dos jornadas para ir a Sonsón a consultar con Gregorio Gutiérrez González el desconocimiento de la Confederación Granadina y el reconocimiento de los Estados Unidos de Colombia. Fue entonces cuando el poeta escribió sus hermosos cantos *A Antioquia* y *A los Estados Unidos de Colombia*, poesías valientes ya que ayudaron a contener a la guardia colombiana. En Llano Isaza (2005), se reproduce:

A Antioquia

*Viendo a Antioquia desarmada
Y creyéndolos rendidos
Los traidores y bandidos
Se arrojaron en montón.*

*Al confín de nuestro suelo
Regresaron los invasores
Y al grito de los traidores
Antioquia se estremeció.*

*Ahí los tienes al frente
Profanando nuestra tierra
¿Quieren guerra?
Tomen guerra.*

*Ahí están, no los contéis
Muchos o pocos, ¿qué importa?
Marchad la victoria es vuestra
Y combatir es triunfar.*

*Que sepa el mundo que Antioquia
Todo lo lleva consigo
Armas tiene el enemigo
Y ella tiene lo demás.
Miradlos, al frente no queda ninguno
Afuera la turba del vil invasor,
Ni un palmo siquiera del suelo antioqueño
Conserva la huella que en él estampó.*

*Nada le falta: prudencia
Valor, constancia y denuedo,
Hijos altivos que el miedo*

No conocieron jamás.

*La sucia espuma que arroja
El Magdalena en su orilla
Y esa asquerosa cuadrilla
De esclavos que veis allí,*

*Es cobarde y no resiste
Vuestra voz y vuestro ceño
Que el grito de un antioqueño
Vale más que su fusil.*

*Ser fuertes en el combate
Y en la victoria clementes;
La gloria de los valientes
Es vencer y perdonar.*

(1864)

A Los Estados Unidos de Colombia

*Vednos aquí con el fusil al brazo
Esperando el descanso o el alerte.
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
El hierro de las mismas bayonetas.*

*Pero no vaciléis, y cualquier cosa
Escoged sin demora; o paz o guerra;
Que ya pesa la lanza en nuestras manos
Y en nuestros hombros el fusil nos pesa.*

*No creáis que las puertas del Estado
Como en otro tiempo encontrareis abiertas!
Iremos a luchar cerca de Bosa
Si el eco del cañón como antes suena.*

*Aquí el clarín de Carolina se halla,
Y la orgullosa, altiva Cartagena
Puede escuchar al pie de sus murallas
La agreste diana de las bandas nuestras.*

*El grito de “a la carga” de La Honda
Puede Pasto escuchar entre sus selvas
A do quiera que vamos, la victoria
Nos seguirá como vasalla nuestra.*

*Pero venid, pero venid vosotros;
Poned un pie siquiera en la frontera,
Y encontraréis un pueblo de gigantes
Que sabrá altivo perecer por ella.*

Será horrible la lucha! Anchos arroyos

*De sangre humana surcarán la tierra,
Y cenizas, cadáveres y escombros
Encontraréis si la victoria es vuestra.*

*Pero no lo será: Dios sólo puede
Darnos el triunfo, y su justicia es cierta...
Y a más de Dios tenemos el derecho
Y nuestro honor y nuestra propia fuerza.*

*¿Y qué importan las lágrimas?
¿Qué importan Los torrentes de sangre que se
viertan?*

*Feliz lluvia de lágrimas y sangre,
Si el iris de la paz refleja en ella!*

*Pero si acaso Dios nos abandona,
Venid a contemplar ruinas inmensas;
Será el cielo de Antioquia nuestro palio,
Y una tumba gloriosa nuestra tierra.*

*Venid a colocar el epitafio...
La fosa es ancha, la veréis repleta
Más, no hallaréis, lo juro, ni un amigo
Que no se encuentre sepultado en ella.*

(1864)

En los años de 1852 y 1853, Gutiérrez González fue juez letrado del Circuito de Maitamá. En 1852 fue elector principal por el distrito de Sonsón. En 1853, juez del Tribunal del distrito de Rionegro y Presidente del Cabildo de Sonsón, y luego elector principal del distrito de Sonsón. Fue ministro del Tribunal de la Provincia de Córdoba, diputado a la Asamblea de Antioquia y senador de la República. En 1856, suplente para representante por la Provincia de Medellín. En 1857, presidente de la Comisión de Negocios Judiciales del Senado y miembro del Instituto de Instrucción del Circuito de Sonsón.

Tomó parte activa en la campaña presidencial estadual de 1860 y 1862 y actuó en el combate de Cascajo, que dio en tierra con la dictadura de Pascual Bravo, donde fue nombrado teniente. Nombrado miembro de la Junta Electoral de Medellín y, en 1861, fue nombrado comandante de la Guardia de Sonsón, con grado de Sargento Mayor.

De las correrías bélicas de Gutiérrez González, don Rufino Gutiérrez Isaza, hijo del poeta, después de explicar los sucesos revolucionarios de 1861 y principios de 1862, dice: “*que triunfante la revolución en el país, tuvo Antioquia que participar en la célebre convención de Rionegro, de la cual se desprendió como consecuencia, la presidencia para el Estado de Antioquia, de don Pascual Bravo*” (Duque Betancur, 1968: 45)

Los antioqueños no podían conformarse a estar sometidos al gobierno de entonces, por eso, exacerbados, comenzaron a tramar en el sur y en el oriente del Estado de Colombia una revolución en contra del Gobierno.

El levantamiento revolucionario de 1863. Deseoso el Gobernador Pascual Bravo de aplicar fuertemente las disposiciones del General Mosquera contra el clero, comenzó a perseguir

a los sacerdotes y estos no tuvieron más remedio que esconderse en las montañas. Fue así como el Pbro. José Joaquín Isaza, párroco de La Ceja, se refugió en la montaña de Argelia, en las proximidades de la quebrada La Paloma. El sacerdote rogó al poeta Gutiérrez González y a su esposa, Julia, que lo acompañaran, y estos lo hicieron (Botero Restrepo, 1976 : 176)

En este destierro, los sentimientos antigubernistas del poeta se agudizaron profundamente, y le hicieron sentir más hondamente la inaplazable necesidad de un cambio político en Antioquia.

Llegados los primeros días de noviembre de este año, don Gregorio, que había sentido ya en su propia carne los efectos de la persecución política, fue viendo agravar la situación, momento por momento. De todas partes iban llegando noticias sucesivas sobre la violación por el gobierno seccional de los más elementales derechos civiles, sobre la difícil situación de los sacerdotes, sobre apropiaciones a las instituciones, sobre la desaparición de la libertad de la imprenta y sobre la forma invivible como se había vuelto la existencia para quienes no comulgaban con las ideas políticas del General Mosquera y el Doctor Pascual Bravo, Gobernador del Estado de Antioquia.

Fue entonces cuando don Gregorio sintió hervir su sangre de patriota y cuando su alma se rebeló contra el estado de las cosas. Dirigió, pues, comunicaciones a un grupo de generales y coroneles, amigos suyos personales, y los citó para una reunión en Sonsón, en forma privada y secreta.

La primera reunión de conspiradores tuvo lugar en Sonsón, en el mes de noviembre, en la casa de Gregorio Gutiérrez González, y concurrieron en ella los generales Joaquín Mario Córdoba y José María Gutiérrez Echeverri y los coroneles Faustino Estrada y Francisco Londoño. Allí se convino en invitar a todos los conservadores del Estado a levantarse en armas en un día determinado, y mandaron comisiones a todos los jefes y amigos.

A este llamamiento correspondieron con entusiasmo en el sur y el oriente del Estado. Berrio fue proclamado jefe y asumió el mando absoluto.

La nueva *Constitución liberal* de Rionegro, expedida en 1863, ahondó el descontento político de Antioquia, lo que originó una nueva guerra. Berrio, con el grado de coronel, reorganizó las fuerzas para enfrentar al presidente mosquerista del Estado, Pascual Bravo, quien fue vencido y muerto en Marinilla, en la batalla del Cascajo. Después de estas reñidas batallas, las fuerzas vencedoras quisieron proclamar en el campo de batalla al Dr. Gutiérrez González como Presidente Provisional del Estado, pero él se opuso y pidió que fuera aclamado en su lugar el Dr. Berrio, quien a su vez nombró a Gregorio secretario de guerra del Estado de Antioquia (Duque Betancur, 1968 : 58).

Proclamado presidente el Doctor Berrio en 1864, luchó fuertemente para que el gobierno liberal de la Unión, a cargo de Manuel Murillo Toro, reconociera al conservador y clerical de Antioquia. En 1865 fue el único candidato a la gobernación del estado para el período de cuatro años establecido en la Constitución seccional, dictada luego del triunfo de 1864 en Marinilla. Berrio atacó la Constitución del '63, dando garantías a la Iglesia, y sostuvo una oposición armada al cuarto mandato de Mosquera (1866-1868) con un ejército de seis mil hombres, con el cual marchó a Bogotá para unirse a las tropas liberales y conservadoras de los demás estados, opositoras al régimen, que lograron vencer en 1867 (Duque Betancur, 1968 : 67)

En 1866 Gregorio Gutiérrez González fue nombrado juez segundo del Circuito de lo Criminal y más tarde, magistrado principal del Tribunal. Y en 1869, jefe de la sección encargada del censo en el Departamento del interior y senador por el Estado de Antioquia.

Como la política había menoscabado su hacienda, su vida y su ánimo, Gutiérrez González se vio obligado a retirarse con su familia a La Mesa, una hacienda ubicada a 34 kilómetros de

Sonsón. Y el 9 de marzo de 1867, fundó la población de Argelia, hoy erigida municipio de Antioquia.

Se hace necesario mencionar de manera especial que en el año de 1866 fue publicado por primera vez, en el periódico *La Restauración* de Medellín, el poema de largo aliento *Memoria sobre el cultivo del maíz*, elogiado tanto como *Las convulsiones* de Luis Tejada o *María* de Jorge Isaacs. Este poema refleja el estilo de Gregorio Gutiérrez González, lo descriptivo de su lenguaje realista.

2.2.2. Anécdotas o el Gregorio cotidiano. No todo en la vida de Gregorio Gutiérrez González, durante los años de 1850 y 1867, fue la política. Fue en esta época donde el ilustre poeta escribió la mayor parte de su obra y vivió en la cotidianidad de la cultura antioqueña. Esto se refleja en la serie de anécdotas que a continuación se detallan, y nos dan cuenta de la capacidad inventiva con la que contaba el poeta, como un don, y del buen humor con el que encantaba las tertulias a las que asistía (Ángel Uribe, 1972: 6-7):

Estaba Gutiérrez González de Ministro del Tribunal de Justicia de la Provincia de Córdoba de Rionegro, en 1852. Frecuentaba la tienda de don Quintiliano Campuzano, donde había continua tertulia de los caballeros que charlaban sabrosamente. Una tarde, estando allí Gutiérrez González, pasó por la acera opuesta de la plaza, a una larga cuadra de distancia, la señora doña Juliana Isaza, esposa del poeta y éste por el momento no la conoció.

— ¿Quién es esa señora?, preguntó.

Don Quintiliano le respondió al momento:

—Cómo Doctor, ¿No conoce a misiá Julianita?

Gutiérrez González confesó que, en verdad a primera vista no había notado que fuese ella. Entonces el mismo Campuzano le dijo:

—A ver doctor, un verso a la señora

Gutiérrez, sin vacilar, contestó:

De esa mujer en los hermosos ojos,

Un universo de placer chispea;

Palidecen del sol los rayos rojos

Y vacila la vejez si pestañea.

— *** —

En otra ocasión, en la misma tertulia, afirmó Gutiérrez González que él era capaz de continuar la recitación de cualquier poesía escrita en verso castellano que se empezara a recitar. Don Quintiliano le respondió:

—Mire doctor, que le empiezo una que una que usted no podrá continuar:

— ¿Cuál? Dijo Gregorio

Ésta, replicó Campuzano:

— ¿Quién fue Alejandro, vencedor del Asia?

El doctor Gutiérrez no la había oído nunca, pero sin desconcertarse, exclamó:

¿Quién fue Alejandro, vencedor del Asia?

Un tronera no más don Quintiliano,

Que con su fuerte y poderosa mano,

Un continente entero esclavizó

— *** —

En cierta ocasión en que Gutiérrez González, el eximio cantor del maíz y del Tequendama, contemplaba la bella cascada natural de Guadalupe, cerca de Santa Rosa de Osos, le interrogó un amigo:

—Hombre Gregorio, ¿ya le hizo versos?

Gutiérrez González, a quien la pregunta no le sonó muy bien, contestó fríamente:

— ¿Qué versos? ¿Por qué? Si yo no veo allí sino un río parado.

— *** —

Estando en Sonsón, vino a alojarse en casa de Gutiérrez el señor Vicente Holguín. Una mañana salieron juntos a la plaza y se encaminaron a una cantina que tenía don Anselmo Montoya, a quien pidieron sendas copas de aguardiente. Al apurar la suya, Gregorio se ahogó, tosió y se vio en mil apuros.

Entonces Holguín le dijo:

— ¿Con un trago de aguardiente te emborrachaste Gregorio?

Y éste, todavía medio ahogado, contestó:

— “Cállate, por Dios Vicente, que estoy pasando actualmente las penas del purgatorio.”

— *** —

Recitaba una vez Gregorio Gutiérrez González, la tan conocida estrofa de Espronceda que principia:

Hojas del árbol caídas

Juguetes del viento son...

Al llegar al cuarto verso se equivocó y en vez de decir: “Ay, son hojas desprendidas”, dijo: “Son Ay”.

—Eso no es así. Gregorio, le objetó Camilo Antonio Echeverri.

—¿Cuánto apuestas?, respondió Gregorio

—Diez patacones

—Convenido

Consultando el libro de Espronceda, resultó ser como Echeverri decía.

Entonces Gutiérrez González, sacando las veinte “cincanas” exclamó.

“Hojas del árbol caído

Juguetes del viento son...

Y las apuestas perdidas,

—son pesetas desprendidas—

Del fondo del pantalón”

— *** —

Encontrándose en alegre reunión de amigos, apostaron sus contertulios, a cuál diría una palabra o una frase, en mayor número de idiomas. Hubo entre ellos quién mencionara la palabra Dios, en quince idiomas, otro que dijera en diez lenguas diferentes como sombra, como nada y cuando alguno dijo en griego: vanidad de vanidades y todo vanidad “mataios, mataiotetes, kai panta mataios”, díjoles Gutiérrez:

—Yo lo sé en sánscrito

Y con voz dulce y lánguida exclamó:

—“Kárpara, karpantana Elia tenía kárpara”...

Y todos le creyeron.

— *** —

En los últimos años de su breve vida, y presintiendo quizás que moriría pronto, entró en su casa llevando en su mano un lazo de cabuya.

Su esposa Julia al verle le preguntó:

— ¿Qué vas a hacer con ese lazo?, ¿Antíoco?

—Voy a enredar la batatilla en él.

—No, dijo ella, dámelo que lo quiero para otro oficio.

Y respondió el amante esposo:

—No te doy el lazo, pero en cambio te doy mi mejor estrofa:

Juntos tú y yo vinimos a la vida

Y es preciso morir juntos los dos

Tú al extremo del lazo suspendida

Y al otro extremo suspendido yo.

— *** —

Hallándose el poeta con unos amigos disfrutando de una agradable tertulia, uno de ellos que sabía de su ingenio y facilidad para trovar, quiso picarlo diciéndole:

—Cuando sube para abajo, cuando baja para arriba.

A esto el poeta contestó de inmediato:

Lleva el volador la vara

En su rápida partida,

Cuando sube para abajo,

Cuando baja, para arriba.

— *** —

Buscaba un día un papel muy importante entre losuchos de su escritorio; dio vueltas en vano, en todas las gavetas y recorriendo luego uno a uno sus manuscritos de toda clase, vio que ya se agotaban estos y el documento no aparecía; por fin el último le volvió la calma que ya empezaba a perder y dijo, alzándolo muy alto.

En la continua batalla

Que el entendimiento ofusca

Siempre el papel que se busca

Es el último que se halla.

— *** —

Comiendo una tarde en Niquía, hacienda un poco distante de Medellín, se presentó a atender el servicio de la mesa una señorita de la casa de una frescura y belleza difícilmente eclipsables. Vestida de campesina sencilla, traía su rosario al cuello, con la cruz visible sobre el pecho.

Rogaron los amigos del poeta que allí se encontraban para que hiciera una improvisación, dándole para tal efecto tres palabras: seno, rosario y cruz.

Gutiérrez González obedeció sin demora alguna:

Sobre tu nevado seno

Brilla la cruz de un rosario

Y yo, pobre nazareno,

Muriera alegre y sereno

En ese hermoso calvario.

Un caso con Gutiérrez González (Crónicas de Sonsón, 1972):

Estaba el poeta de Aures en Sonsón, donde de tarde en tarde solían él y dos o tres amigos hacer su hora de tertulia en una de las tiendas de la plaza. Asistía a escucharlos el familiar en el recinto, Botero Ruiz,

discreto individuo y servicial además para los concurrentes, a quienes prestaba la comodidad de hacerles hasta sus mandados, pero quien, con todo y sencillez, introducía a veces su palabra en la conversación cuando, por ejemplo, era la oportunidad de relatar algo atinente en el tema del momento.

Como Gutiérrez González deseaba salir al campo en busca de luz y sol, confortantes, y de aire oxigenado en las selvas del Samaná, convidó uno de esos días a Botero Ruiz a que lo acompañara al paraje de “El Mulato”, donde el cantor tenía una pequeña tierra. Dos días después de llegados, se quedó sola la cocina porque la vieja que la atendía tuvo que viajar de improviso por la agonía de una hija.

Como habían convenido desde Sonsón quedarse allí la semana, tuvieron que distribuir la faena del yantar así: Botero Ruiz —que era un experto tirador con la escopeta— se iba al monte a cazar y Gutiérrez González, entretanto, se quedaba en la choza atento a mantener el fuego del fogón y a la cocina. Luego de regresar de la selva el cazador, agregaban a la olla de barro que contenía verduras, lo que se había cazado en la tarde.

Así pasaron el resto de la semana y, al terminar, volvieron a Sonsón. Días después, partió Botero con rumbo a la ciudad en busca de una orientación que le sacara un tanto de la triste existencia que soportaba desde niño en su solar. Y partió con un morral de indumentaria y algunos denarios proporcionados por los señores de la tertulia y, además, una carta de recomendación de don Gregorio para un amigo de Bogotá. Carta que no llegó a su destino, pues nuestro viajero atracó en Honda, donde fue recibido en un hotel importante como encargado del cuidado de las bestias de los huéspedes.

Una mañana, ocupado Botero Ruiz en su cotidiano oficio de picar caña para arreglar el alimento de los cuadrúpedos, se acercó a él un distinguido orador de gran porte, y de maneras cultísimas. Era sencillamente el doctor José María Samper, ya célebre, aunque aún no había sido constituyente, quien pasaba por entonces una temporada de veraneo con su familia en la Villa de Honda.

—Botero —le dijo a éste el eminente publicista—, ¿fuera usted tan amable de pasar a las oficinas del correo y me trae la correspondencia de prensa que viene de Bogotá?

—Yo gustosamente doctor, iría inmediatamente pero debo dejar concluida esta tara de picar esta caña y cuando termine, iré con la mejor voluntad.

—No —repuso el doctor Samper—, no se preocupe usted por eso. Vaya usted sin demora, pues me interesa, y yo, que también cuidé bestias en mi casa cuando muchacho, le sigo picando la caña.

Así se convino y así se cumplió.

Al cabo de los meses, volvió Botero Ruiz a Sonsón; volvió a hallarlo todo igual, como el poema: “La campana, la torre que blanquea”, la tertulia de Gutiérrez González y sus amigos, a la cual Botero Ruiz tornaba ahora nutrido de observaciones, de relaciones con gentes distinguidas, decía él, y, sobre todo, de aventuras corridas aquí y allá a lo largo de su ausencia.

Y aconteció que en una de aquellas tardes se comentó en la tertulia por el Doctor Gutiérrez González, la excelencia de un artículo político recientemente aparecido en un periódico de Bogotá, suscrito por el doctor José María Samper, y a propósito hizo Gutiérrez grandes elogios del destacado político, publicista y literato que era el doctor Samper; y cuando su discurso llegó al clima más emocionado, cuando estaba seguro de que cada frase suya sobre el célebre comentarista del derecho público colombiano caía dentro de un auditorio respetuoso, que no debía ignorar renombre del elogiado, entonces, le atajó Botero Ruiz con desparpajo para decirle:

—Oiga doctor Gutiérrez: a ese doctor Samper lo conocí yo muchísimo en Honda; por cierto que una vez lo tuve de ayudante picándole caña a las bestias del hotel en donde yo estaba.

—Falso —dijo el poeta de cultivo del maíz—. Todo se te puede perdonar a ti, es gracia de tu entrometimiento, pero no llegar hasta el cinismo. Primera vez que oyes nombrar a José María Samper y vienes a echarnos la fanfarronada de que le has siquiera tratado, y más que le has tenido de ayudante en un oficio que no en absoluto a las ocupaciones y a la categoría de aquel hombre.

—No es para tanto —le objetó Botero Ruiz—; no se enoje tanto don Gregorio que, así como usted me habla ahora, así mismo me hablaba él, acalorado, el propio doctor Samper, su sabio admirado y admirador, cuando yo le contaba en Honda que lo había tenido a usted de cocinero en “El Mulato”.

Anécdotas de Gutiérrez González en Bogotá (La Acción, 1972 : 6):

Contó don Manuel Pombo que, paseando una noche con Gutiérrez González por las calles de Bogotá, por hacer reminiscencias de las costumbres de los tiempos felices de la vida de colegio, entraron a tomar dulce en una modesta casa frecuentada por los estudiantes, en la calle de San Bartolomé. Les sirvió las brevas conservadas en almíbar, rodeadas de panes de yuca, según el uso tradicional, una muchacha rolliza, avispada, con gruesas y brillantes trenzas, vivo clavel en las mejillas, enaguas de letín, camisa bordada y sombrerito de paja. Pombo daba a su interlocutor el fraternal y cariñoso nombre de «Antíoco», el único con que había sido conocido en los claustros, y a este nombre levantó la cabeza la muchacha, con aire encogido, mitad travieso, preguntando si alguno de ellos era el señor Gutiérrez González, el poeta.

A la respuesta afirmativa, acompañada a la vez de una pregunta de admiración acerca del motivo de esa curiosidad, replicó ella que siempre había deseado conocerlo, pues admiraba y sabía de memoria gran parte de sus versos.

— ¡Vamos! Recítenos, pues, usted a Aures —le dijo Pombo.

Y ella, ruborizada y casi temblando, como un niño dice una lección, recitó la composición.

Con el último verso la muchacha levantó el revés del delantal para recoger una lágrima suspendida entre los párpados, y rápida se ocultó detrás del cancel.

Ruboroso y triste, volvió «Antíoco» a mirar a Pombo, diciéndole:

—Bueno... y qué?

—Cómo y qué...! ¿No sabes qué es eso? Pues eso es la fama, la fama, que es precursora de la gloria!

Jorge Isaacs y Gutiérrez González en Sonsón (Crónicas de Sonsón, 1972: 8):

En *De todo el maíz* de Benigno A. Gutiérrez, se halla constancia de la presencia en Sonsón del autor de *María*, la novela inmortal (Gutiérrez, 2011 : 4)

Jorge Isaacs, apareado con el dulcísimo bardo de las tres Géas, inicia el desfile de los renombrados que por acá hemos oído, el tumultuoso y atormentado Isaacs. Escuchémosle:

¿Nombré a Gutiérrez González? Ah! Cómo erró a veces su espíritu luminoso! Tan baja y honda y oscura era para él la mansión de la tierra!

Era Gregorio Gutiérrez González, hombre de cálida, rica y generosa sangre. Y cómo no? Hirviendo la de los Garcilasos y Joel en su enorme corazón, bajo una cabeza alta, de cumbre andina, cráneo que admiraba de su obra la naturaleza no se atrevió a retocar qué habría de suceder?

Íbamos cierto día camino de Aguadas a Sonsón, nido de jardines y de mujeres hechizadoras que le hace olvidar las de sus delirios al poeta soñador. Fragante la mañana, límpido el cielo, las vacas rumiando en las colinas verdes, juguetones los torrentes, blanqueando las alquerías tras de sus setos y follajes en las alturas de la selva, el poeta, naturalmente sensible a las influencias exteriores, como diría un fisiólogo, estaba de alegre ánimo y comunicativo.

Él era ya el trovador glorioso de sus montañas nativas, y orgullo de la Patria; y entre sus compañeros, el que esto escribe un muchacho que lo admiraba y cuya melancolía genial llegó a impacientarlo a veces.

De pronto, algún pensamiento triste, nube de paso, sombreó su semblante: acercábase el día en que al oírle sollozar aquellas estrofas de su mítica belleza al río Aures, todos lloramos con el cantor de Julia, la pérdida de la casa paternal. Ah! Y no poder uno devolvérsela!

Entonces lo oí exclamar:

“La resignación es la virtud de la impotencia”. Y enseguida guardó silencio largo rato.

Y Gutiérrez erraba entonces.

— *** —

Al leer estas anécdotas del ilustre escritor Gregorio Gutiérrez González, llega la nostalgia a instalarse en el corazón. En palabras de Lorenzo Cadavid Uribe (1989: 21), director del periódico *La Acción*:

Donde está el alma de Antioquia, ruda y franca, creyente y piadosa, alegre y juguetona, laboriosa y resignada, rebelde y fanática de la libertad y del derecho, con sus esperanzas y sus realidades, con todo su espiritualismo y su idealidad viviente, es en la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, escrita por Gregorio Gutiérrez en nuestras propias montañas, en cuyas estrofas vació el poeta con maestría inigualable y con éxito seguro las faenas agrícolas la vida diaria de nuestros labradores, los ideales y sentimientos de nuestras gentes y de la montaña.

Las estrofas de Gutiérrez González tienen hoy su divina resonancia en los valles y en las crestas de nuestras cordilleras; su *Memoria sobre el cultivo del maíz* se repite con delicia en la cabaña del pobre y se declama con orgullo en el aposento del rico y en el gabinete literario.

En efecto, el lenguaje que cantaban dejativamente las comidas de los peones, los campestres, los loros, las sementeras de maíz, la cosecha de los cereales, se afina en Sonsón y su vida en lo sucesivo comienza a transcurrir en la población donde tiene su casa y en el campo donde tiene su chagra. En la sociedad sonsoneña la presencia del cantor del virgiliano suscitó necesariamente las primeras inquietudes intelectuales, las preocupaciones literarias, la pasión por la poesía, el amor a los libros, a las tertulias académicas los diálogos, a las representaciones escénicas. Además debemos creer que

el contacto familiar de la sociedad de aquellos años con Gutiérrez González fue siempre tan sostenido a lo largo del tiempo que no hubo actitud intelectual, ni gesto humano ni además histórico de este hombre famoso que no haya resonado a la postre en el contorno sonsoneño. Las huellas de su presencia en la sociedad quedaron allí, adjuntas al ambiente, como lo comprueban las anécdotas. Una huella de éstas me tocó verla, vivirla.

¿Cómo ocurrió lo que he dicho? Fue la víspera, casi, del centenario del vate. Unos albañiles desentejaban el techo de una casa donde él había vivido, cuando descubren, de pronto, una teja más sólida, visiblemente superior a las demás. Superior no por ser más antigua, o más nueva, o más grande, sino porque en ella con rasgos netos, característicos de una grafología indudable, aparecía, aparecía la firma auténtica de Gutiérrez González. Tal hallazgo en ese instante venía a coincidir singularmente con los actos programados para las fiestas centenarias: con las olimpiadas, con las recepciones de los juegos florales, con el monumento que iba a erigirse en el parque. Coincidió, sobre todo, con la admirable particularidad de que el morador de la casa era, precisamente el traductor de Virgilio, Mosén Roberto, que a esa hora en la biblioteca, aspiraba el rapé y pulía los últimos versos de su oda laudatoria al cantor de Julia. Yo, cabalmente andaba allí en aquellos momentos y presencié por lo mismo la irrupción de los albañiles con la teja circunstancial.

Este episodio no termina en la anécdota, sino que trasciende incuestionablemente un sector espiritual. Quién no ve en este gesto del poeta la intuición del destino que habría de dársele, en lo futuro a la teja que él firmaba en estado de barro inicial, blando y grabable? Intuición que vino a cumplirse al pie de la letra el día mismo que fue instalada en las piedras del monumento; en el pedestal, donde ubicarían el busto del escritor.



Figura 6. Teja con la Firma de Gregorio Gutiérrez González.
Fuente: (Fotografía tomada directamente. Archivo de investigación)



Figura 7. Escultura de Gregorio Gutiérrez González ubicada en el Parque de Sonsón, en honor al autor.

Fuente: (Fotografía tomada directamente. Archivo de investigación)

2.3 El Ocaso. La Muerte del Poeta

Acosado por las vicisitudes, vencido todo por las fiebres, los insectos y sin salida para los productos de la finca, Gregorio Gutiérrez González volvió a Sonsón completamente agotado, física y espiritualmente. De aquí se trasladó definitivamente a Medellín, donde terminó sus días.

Radicado en Medellín, murió el 6 de julio de 1872, a la edad de 46 años. El poeta Manuel Uribe Ángel (1932), íntimo amigo suyo, describió así su fallecimiento (L. B. G., 1932: 4)

Era el crepúsculo; una débil luz alumbraba su rostro moribundo; su sensible esposa tenía el corazón hecho pedazos, y sus hijos (cinco hombres, tres mujeres) agrupados en torno de su lecho de muerte, estaban inundados en lágrimas, la siniestra mano de mi amigo reposaba helada sobre la mía; en la diestra tenía la efigie de Cristo y sus ojos estaban fijos en el Cristo. La vida de aquel amigo se apagó de un soplo, y su alma inocente voló hasta el seno de Dios en aras de la Fe.

En el año 1911 fueron llevados sus restos a Bogotá, junto con los de su esposa, y sepultados en la Basílica Primada, en una tumba de propiedad de la familia Lamo, cuando ni sus descendientes ni el municipio de su nacimiento habían pensado jamás en recuperarlos para venerarlos en su patria chica. Sonsón, por intermedio de Sigifredo Betancourt B., quiso obtenerlos de manera legal con la autorización del caso. Para conservarlos debidamente, fue cuando descendientes y Municipio se movilizaron afanosamente a fin de llevarlos a su lugar de origen (L. B. G., 1932: 9):

Gracias a la iniciativa de Sigifredo Betancur B. y a todo el empeño que desde el pasado año le ha puesto a la realización de ella, y ahora, con el concurso más que entusiasta y generoso del señor Cura Párroco, Pbro. Samuel Álvarez Botero, el 3 de agosto próximo sentirá Sonsón la honda emoción que habrá de causarle la llegada de los restos mortales del cantado poeta de la montaña.

Por correspondencia particular y por la comunicación dirigida al señor Alcalde Municipal y que fue publicada en *Maitamá*⁸, estamos enterados de que

⁸ Publicación periódica de Sonsón.

las gestiones llevadas a cabo por el gestor de la feliz idea, han tenido éxito completo puesto que los restos del bardo se hallan ya en su poder, pese a los no pocos obstáculos que para su realización se opusieron.

El proyecto del Programa para la recepción y sepultura que se tiene en mente, incluye, además de las honras fúnebres, oficios religiosos, ofrenda floral y homenaje de admiración del pueblo que lo tuvo bajo su alero, la presencia de un miembro de la Academia de Historia y otro de la Lengua, que naturalmente le daría al acto mayor realce y le impondrán un carácter de severidad e interés.

La adquisición de las cenizas mortales de Gutiérrez González será para Sonsón motivo de legítimo orgullo, e innegablemente constituirá uno de los números más salientes del Programa que para la celebración del tercer cincuentenario se elabore, si es que al final de manera modesta e íntima y sin las opulencias de otros centenarios se celebra.

Los restos del egregio vate ocuparán lugar preferente en nuestra necrópolis, lugar que todavía no se ha determinado, pero que seguramente será distinguido como más conviene a la memoria de tan ilustre personaje.

Dos días después de haber fallecido en Medellín, el periodista Demetrio Viena (1872) escribió al director de *El Bien Público* de Bogotá la siguiente carta, publicada en el periódico *La Acción*, 100 años después (Hurtado, 1972: 10-11):

Señor Director de *El bien público*, un suceso aciago y deplorable, me fuerza a dirigir a usted esta carta. Sé que ella ha de causarle honda y penosa sensación, pues conozco su corazón de patriota y su amor a las letras

colombianas. El sábado 6 del actual 1872 a las 6 de la tarde hora en que el sol recogía sus rayos y se ocultaba en las profundidades sin límites del espacio, un astro luminoso del cielo del pensamiento se apagó para siempre, hundiéndose en el ocaso infinito de la tumba.

Gregorio Gutiérrez González, el gran poeta, el inmortal, pagaba a la naturaleza el tributo común y se dormía en el suelo eterno de la muerte.

Aquí debía terminar esta carta, pero quiero dar a usted algunos pormenores que los abonados a su periódico y admiradores del poeta leerán con interés.

Gutiérrez González presentía con cierta aterradora claridad la proximidad del fin de su dolorosa peregrinación sobre la tierra. Hacía algunos días que, por una de las excentricidades comunes en su carácter, había resuelto encerrarse en su casa y consagrarse allí a la lectura, que era el pan indispensable y cotidiano de su vigorosa intelectualidad.

Para realizar este pensamiento, Gutiérrez se despidió de algunas familias con quienes cultivaba relaciones y cuyas casas frecuentaba, manifestándoles que esa despedida era la última, pues sentía muy cercano el término de su vida.

Este vivía en la banda septentrional de la bella quebrada que divide la ciudad; y diez y seis días antes de su muerte, le dijo a un amigo que lo visitaba en una de esas tardes azules de nuestra capital, que él no volvería a pasar nunca aquella quebrada.

En los días en que pensaba encerrarse, le dijo a un respetable sacerdote a quien trataba con confianza: usted tiene que irme a confesar muy pronto.

¿Qué significa esto? Era la muerte una aspiración del alma del poeta, como lo indican aquellos versos:

“¡Aleluya, aleluya! Ya la muerte con su dedo de hielo me tocó”.

Poco después sintió que la fiebre le quemaba la sangre y le agotaba la vida. Desde esa tarde el poeta no volvió a levantarse; pero en los primeros días de su enfermedad, no se creía que ésta fuera peligrosa.

El primero del corriente le oyó en el tribunal de la penitencia el sacerdote a quién le había dicho al parecer por broma, que tenía que recibirle su última confesión y el miércoles tres recibió en público el sagrado Viático.

Desde ese día ya no se tuvo esperanza alguna de salvarlo, no obstante los esfuerzos de los distinguidos profesores doctores Uribe Ángel y Aureliano Posada, que le disputaban a la muerte esa preciosa víctima.

El viernes cinco recibió la extremaunción y como a las seis de la tarde empezó la lenta, prolongada, dolorosa, pero tranquila agonía que terminó el sábado seis a la misma hora.

Murió Gregorio. Tal fue la frase que partió desde el humilde hogar del poeta, enlutecido y santificado por el dolor, la cual se difundió por toda la ciudad.

La tristeza se pintaba en todas las fisonomías, las lágrimas humedecían hasta los ojos rebeldes al llanto, de todos los pechos exhalaban hondos suspiros y todos los labios repetían estas palabras: ¡Qué desgracia!

Epifanio Mejía era un hombre que el maestro Tomás Carrasquilla perfumaba, con frecuencia, con el incienso de su admiración entusiasta: entonces

asumía una actitud de antiguo patriarca antioqueño, un ligero arrebol teñía sus mejillas y los ojos le rebrillaban de emoción recóndita.

En el cementerio de Sonsón:



Figura 8. Cementerio de Sonsón.
Fuente: (Botero Restrepo, J. Sonsón en el siglo XIX)

*Aquí no se descansa ni se duerme,
Que “morir no es dormir y no es soñar”
Aquí sólo reposa el polvo inerte;
Pero el alma...buscadla más allá.
(Botero Restrepo, J. Sonsón en el siglo XIX)
Más venid a rogar por el ausente;
Para toda plegaria hay un altar,
Y la fe, la oración, hallan fervientes
Consuelo siempre, decepción, jamás.*

2.4 Antología

Era Gutiérrez González como una filmadora del paisaje nativo; así eran de reales, de vívidas sus descripciones poéticas. No dejaba nada a la imaginación, solo los colores con los que podían ser pintadas sus palabras. Todo era claro, diáfano, sencillo, como el correr del río, el trinar de las aves, el alumbrar del cocuyo, el lucir en una explosión de colores de batatilla. Todo era real. La inteligencia no tenía que hacer maromas ni equilibrios para fijar el sentido de los versos como sucede con la mayor parte de las poesías modernas, que son como el arte exhibido en la bienal.

Los versos de Gregorio entran por los sentidos y se meten al corazón, se adhieren a él, lo sacuden y hacen reír, llorar, sentir nostalgia, amor y ternura.

Dividimos su obra poética en tres fases que representan claramente su vida, anteriormente contada. Son ellas: *El amanecer* o el nacimiento de Gregorio Gutiérrez González, y es allí donde se hace alusión a la memoria hallada en sus poemas, memoria de la vida iniciática del mismo. En la segunda parte, titulada *El Resplandor*, se cuenta, a través de los poemas, un poco acerca de la historia de juventud y temprana madurez, la primavera del amor del autor y su eterna Julia —su esposa—, además el resplandor como poeta. En la tercera y última parte, *El Ocaso*, hace referencia a su edad premortal, que es donde el autor se entrega y abandona el fluir de la vida. Se anexa, además, parte de su obra dispersa.

2.4.1 El amanecer

(Montoya Montoya, R. 1960)

La vida

(Fragmento)

A mi madre

I

*“¿Quién al recuerdo de la infancia tierna
Un ¡ay! Profundo a su pesar no exhala?
¿Quién hay que olvide las pueriles dichas
De que entonces viviendo disfrutaba?*

*¿Quién no ha sentido el amoroso beso
Que en sus mejillas una madre estampa,
Y entre los juegos de la edad primera
De un tierno padre las caricias blandas?*

*¿Quién ha olvidado las felices horas
Que en el bullicio del hogar pasaba,
Con sus hermanos entre gozo y risas
En inocente, angélica ignorancia?*

*¿Quién no ha visto, al correr por el sendero
Que mentida ilusión le dibujaba,
Desprenderse de su alma fugitivos
Una ilusión, un goce, una desesperanza?*

*¿Quién no detiene su carrera entonces
Y lo que hoy es a lo que fue compara,
La triste realidad que siente ahora,
Con los ensueños de la edad pasada?*

Es ahora una planta que marchita

*Inclina su cabeza deshojada
Al impulso del cierzo, que sañado
La troncha, la consume y despedaza.*

*Era entonces pimpollo que naciente
Henchido de verdor la frente alzaba,
Envuelta en el aljófara cristalino
Que brillante le diera la mañana.*

*Yo era niño; en mi frente ruborosa
Retozaban las risas y las gracias,
La gala de natura ante mi vista
Un edén venturoso dibujaba.*

*El pabellón azul del firmamento,
El risco, la llanura, la montaña,
Y la tierra y el cielo eran mi gloria,
Y hecho todo ello para mí juzgaba.*

*De mi madre en el seno adormecido
¿Qué turbaba mi sueño? Atenta y cauta
Velaba ella por mí como el Eterno
A sus criaturas bondadoso guarda.*

*¡Ah! ¡Cuántas veces rebotando en gozo
Mis brazos enlazaban su garganta!
¿Cuántas mi propia vida la creía
Cuando el labio materno en mí posaba!*

*¿Entonces su existencia y mi existencia
Una, una sola entre las dos formaban!
¿Siempre, buen Dios, unidos hijo y madre
Un mismo cuerpo son, una misma alma!*

*¡Son un soplo divino de tu esencia,
Son la obra mejor por ti formada!
¡Son dos suspiros de inocentes pechos
Que nacen juntos y entre sí se enlazan...!(...)*

1844

El romanticismo tétrico

(Epístola a un amigo)

*Deja, oh amigo deja ya el lamento
Monótono, insufrible de tus penas;
No hagas sonar de llanto llenas
Las cuerdas del laúd.*

*No finjas más ensueños pesarosos
Que tenaces redobla tu martirio:
Abandónalos ya, que tal delirio
Contagiará la sana juventud.*

*No es la vida una serie de pesares,
De maldiciones y suplicios llena;
No, que del hombre en el oído suena
La voz de la amistad.*

*No, hay momentos llenos de ventura
Que de placer embriagan la existencia;
No, que aplaca el amor la vehemencia
De nuestra ardiente y juvenil edad.
¿De qué sirve mirar el universo
Como un sepulcro de tormento y duelo,
Y comparar el astro de consuelo
Al fúnebre blandón?*

*¿De qué sirve que cantes las torturas
Que el afligido corazón no encierra
Y que enlutada pintes a la tierra
Con moribundo y destemplado son?*

*Deja los vuelos del febril cerebro
Del viejo mundo al fatigado ingenio,
Donde las alas del altivo genio
Rendidas están ya;*

*Naturaleza, poco rica en galas,
Muéstrase sin brillo, sin encanto,
Y su agotada inspiración, en tanto,
Incierto giro al pensamiento da.*

*Pero tú, que naciste en este suelo,
En medio a un mundo virgen y sublime,
Al cual el sello primitivo imprime
Dios es su creación (...)*

1844

Mi pasión

(Fragmento)

“...me atrevo a juzgarla digna de Safo...”

*Una vez y otra vez te vi, ¡Oh hermosa!
Y siempre hermosa, y siempre más amada,
Y la llama de amor emponzoñada
Ahonda en mi pecho su raíz.
Pero amaba yo solo... era preciso que,*

*Inflamada tu frente cual mi frente,
Se reflejase mi mirada ardiente en tu mirada,
para ser feliz...*

*Ausente anhelo estar en tu presencia,
Pues en ti sola mi existencia veo;
Me acerco a ti, y en tus miradas leo
De tu alma virgen la inmutable paz;
Se enardece mi pecho, y a mi rostro
Un lampo asoma de la hirviente hoguera;
Tiemblo de amor, y rápido quisiera
De ti alejarme y nunca verte más.*

*Pero si estoy lejos de ti, ¡oh amada!
Es tormentoso el tiempo y es eterno;
Y si presente estoy, es un infierno
Que mis entrañas corroyendo están;
Y, en vez de sangre, por mis venas corre
Fuego unas veces, y otras veces hielo;
Mi respirar se ahoga, y denso velo
A interponerse ante mis ojos va.*

*¡Feliz quien tiene un corazón perverso!
¡Feliz quien tiene un alma corrompida!
Pues ése mira deslizarse la vida
Sin que el amor le inflame el corazón;
Que nunca abriga amor el pecho impuro,
Ni cabe en él su probador tormento;
Y el penar del atroz remordimiento
Nunca iguala al penar de la pasión (...)*

1844

Fragmentos de la vejez

(En boca de un anciano)

*¡Ven otra vez, consoladora mía,
Lira por tanto tiempo abandonada!
Tú, de mis penas compañera un día,
Presta consuelo a mi vejez cansada;
Ven, que quiero gozar con tu armonía
Los dulces sueños de mi edad pasada;
Ven otra vez a mi temblorosa mano,
¡Ven a enjugar el llanto de un anciano!*

*Tú, cuyas cuerdas para mí templaron
El placer y el amor en otros años,
De esas horas felices que volaron
Dame otra vez siquiera los engaños,
Y olvide los que el pecho destrozó
Crudos tormentos de esa edad extraños;
Puede ser que en tus cuerdas destempladas
Mis ilusiones aún estén grabadas.*

*¿Ya qué me queda de esa edad dichosa,
Florido empiezo de mi larga vida?
Solo una noche triste y horrorosa,
Y allá a lo lejos esa edad perdida...
¡Ay! Mi niñez... mi adolescencia hermosa,
Mi juventud...mi juventud querida...
¿En dónde estáis?... ¿Vuestro divino encanto
No ha de volver para secar mi llanto?*

*¿En dónde están los sueños deliciosos
Que mi cuitado corazón forjaba,
Y esos momentos dulces y gozosos*

Que el porvenir en mi ilusión me daba?

Sólo recuerdos tristes y azarosos

Ese anhelado porvenir guardaba...

¿Solo tormento deja en la memoria

El sueños del amor y de la gloria...?

¡El sueño del amor!... ¡Bella María!

¡Ángel custodio de mi larga vida!

¡Astro de luz cuyo fulgor de un día

Brilló en el cielo de esa edad perdida

! Puede endulzar mis horas de agonía

Solo el destello de esa luz querida,

De esa luz que alumbraba mi camino,

Y que inflexible me apagó el destino.

Flor entreabierto a la primer sonrisa

De la inocente y cándida mañana.

Que al retozar la perfumada brisa

El rocío de aljófara engalana.

El sol ardiente con celosa prisa

Trocó en ceniza tu beldad temprana;

¡Pobre María! ¡Contra un pecho amante

Se marchitó tu angelical semblante!

¡Oh si a mi lado fueras todavía

El ángel seductor de mis amores...!

¡Ah!...pero no, que la vejez impía

Helado hubiera tus hermosas flores,

Y yo te hubiera visto, mi María,

Ser presa como yo de tus dolores...

Y hubiera visto al tiempo presuroso

Trocar en blanco tu cabello hermoso.

Quiero más bien en mi delirio insano

Mirar intactos tus hechizos bellos;

Quiero más bien con mi ilusión ufana

Las rubias trenzas ver de tus cabellos;

Quiero soñar que mi rugosa mano

Osa otra vez jugar con ellos...

Y al triste son de mi olvidada lira

Pensar que aún tu corazón suspira.

II

El corazón del hombre es una lira

Dispuesta a producir cualquier sonido;

Tremulento de amor goza y delira,

Herido de dolor lanza un gemido;

Con la esperanza sonreír se mira,

Con la desgracia llora entristecido,

Pero sus cuerdas, hechas al quebranto,

Suenan mejor su las empapa el llanto.

Jamás se encuentra inspiración alguna

En medio del placer y de la orgía,

Y al blando arrullo de opulenta cuna

No se mece jovial la poesía;

Brinda solo cantares la fortuna

Al infeliz que llora en su agonía...

Que el canto no es placer, sino un consuelo

Que, a falta de placer, nos presta el cielo.

Al recinto de espléndidos salones

Sólo penetra la algazara inquieta;

No da el laúd sus apacibles sonos

Donde indolente su señor vegeta;

Y jamás entrelazan sus blasones

Una humilde corona de poeta...

¡Es que la alfombra del feliz no baña

El llanto que humedece una cabaña!

*Nunca el recuerdo del placer pasado
Alegra el corazón entristecido,
Y el dardo del dolor envenenado
Lo lleva siempre el corazón herido;
Que es triste recordar que hemos gozado
Y es triste recordar que hemos sufrido,
Y el canto es el recuerdo, y nuestra lira
Por eso en vez de modular suspira.*

*Comparad esos gritos de alegría
Con el suspiro de dolor profundo,
En el tumulto de algazara impía,
Del mendigo en el rincón inmundo:
Comparad el ¡bebamos! De la orgía
Con el ¡Jesús! Gritado a un moribundo:
¡Apurad el placer, sufrid el llanto,
Y alzáad entonces vuestro alegre canto!*

III

*Pero mi pecho cuitado
No alienta esperanzas hoy
Es solo el cauce vacío
Por donde rodó veloz
El torrente de delirios,
De ilusiones y de amor.*

*Es una hoguera mortuoria
Que con su débil fulgor
No ilumina los semblantes
De fantasmas que creó...
En otro tiempo su llama*

*El porvenir me alumbró,
Y coloraba brillantes
Los sueños de mi ilusión.*

*Hoy... ¿Qué luz ha de guiarme?
Sólo el luctuoso blandón
Que arderá junto a mi féretro
Con siniestro resplandor...
Y ¡Ay! Esa luz vacilante
No alumbra ilusiones, no,
Ni se forjan junto a ella
Los sueños de la ambición.*

*Y cada surco que el tiempo
En mi semblante estampó,
La mano de la desgracia
Lo trazó en mi corazón.
Mi trémula voz recuerda
Los deliquios de mi amor...
Y cada cabello blanco
Una perdida ilusión...*

*Y parece que la nieve
De mis cabellos heló
Entre mis párpados secos
Las lágrimas del dolor...
Y el llanto que la mejilla
Del infeliz no bañó,
Es un filtro venenoso
Que le quema el corazón*

1845

Nota: Estos versos fueron hechos a la edad de 19 años.

Una visita

Beso sus pies, mi señora.
 —*Servir a usted, caballero.*
Siéntese usted. —Muchas gracias.
 —*Parece que está molesto;*
Tome el sofá. —No señora,
Estoy aquí bien, aprecio.
 —*Es que suele el taburete*
Ser muy incómodo asiento.
 —*No, mi señora, estoy bien*
Donde quiera que me encuentro.
¿No tiene usted novedad?
 —*No, señor, gracias. —Celebro:*
¿Y el señor don Luis? —Salió
A la calle hace poco tiempo,
Sin novedad. — ¿Y el chiquito?
 —*Gracias, señor, está bueno.*
¡Es tan gracioso! ¡Si viera...!
¡Tan lindo, que es un portento!
Josefa, trae a Lisandro
A que le hable a don Anselmo.
(Y no responde) ¡Josefa!
¡Josefa! (¡si se habrá muerto!)
¿Pues ve usted? Si las criadas
Sólo sirven de tormento...
 —*Sí, señora, y es difícil*
Encontrar una entre ciento.
 —*Permítame usted, señor,*
Que dentro de poco vuelvo.

Quizá será que Lisandro
Todavía esté durmiendo.
 —*No vaya usted, mi señora,*
A despertarle. —No; creo
Que está en el jardín jugando:
Le traigo en este momento.

Dispense usted que le haya
Dejado solo. —Yo siento
Haber a usted molestado...
 —*No es molestia, don Anselmo*
Aquí le traigo a Lisandro,
Y usted a ver su despejo.
¡Jesús! ¡Qué ropa tan sucia!
Parece sepulturero.
Venga, le ato la camisa,
Que tiene suelto ese cuello;
No le paran los botones,
Pues los arranca al momento; nada le
dura...Es preciso
Hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrito,
 ¿*No saluda a don Anselmo?*
No sea tonto... —Venga acá...
 ¿*No me saluda? —No quiero.*
 ¡*Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué gracioso!*
Mírele usted... ¡No es muy bello?
 —*Sí, señora, y no desmiente*
Que usted lo llevó en su seno.
Lisandro ¿No me conoce?
Venga acá. — ¡Qué majadero!
No le doy una cosita
Si no le habla a don Anselmo.
Si usted le viera, señor,

Cuando está solo; ¡Qué juegos!
 ¡Qué gracia dice! No cesa
 De halar y decir portentos.
 Lo viera usted remedar
 A cuantos pasan; ¡Al perro
 Lo imita tan bien!... Lisandro,
 ¿Cómo hace turco? —No quiero.
 ¿Así se dice a mamá?
 ¡Qué dirá este caballero!
 Que es bobo, no, pero el niño
 Sí me obedece ¿No es cierto?
 Remede a Turco, mi hijito,
 Y esta tarde va de paseo.
 ¿Cómo hace? ¿A ver? —Guá, guá, guá.
 — ¡Qué bien lo hace! Deme un beso.
 La fábula diga ahora
 Que aprendió en Samaniego.
 — ¿Y sabe leer el chico?
 —No, señor, ya va aprendiendo
 Con una facilidad...
 Casi todo el alfabeto
 Lo sabe, y apenas hace
 Unos seis meses y medio
 Que empezó a aprender, pues tiene
 Un admirable talento.
 —Sí, señora, y lo demuestra
 Lo que ha aprendido tan presto
 —Sí, señor, para su edad
 Son seis meses poco tiempo...
 — ¿Y qué edad tiene? —Siete años
 Ha de cumplir en febrero,
 Y así tan niño se aprende
 Cualquier cosa en un momento.
 Diga pues la fabulita;

Deje el gato, estese quieto;
 ¡A ver! Con formalidad;
 Lisandro no sea travieso;
 La de la Zorra y el Busto
 Que estudió con tanto empeño.
 —La Zorra le dijo al Busto
 Cuando lo olió... — ¡Bueno! ¡Bueno!
 Siga... a ver... ¿ya no se acuerda?
 —Bonito, pero sin seso.
 —Muy bien, muy bien, Lisandrito.
 Deme un abrazo mi cielo.
 ¿No dijo con mucha gracia
 La fábula, don Anselmo?
 —Sí, mi señora, muy bien;
 Habla con mucho despejo.
 — ¡Y hasta oído de poeta
 Va sacando el bribonzuelo!
 —Sí, señora, pues recita
 Con mucha gracia los versos.
 — ¡Si esto es una maravilla!...
 ¿No es cierto, mi hijo? ¿No es cierto
 Que en usted tengo un tesoro?
 ¿No es cierto que vale un reino?
 Don Anselmo, le aseguro
 Que saben en estos tiempos
 Tantas cosas los muchachos,
 Que se hace duro creerlo;
 Por esta razón yo juzgo
 Que aprendidos nacen. — ¡Cierto!
 Dice usted muy bien, y sabe
 Más un muchacho que un viejo.
 —Mi señora hasta otro rato.
 — ¿Por qué tan pronto? Yo espero
 Que no se vuelva a perder

Otra vez por tanto tiempo.
 —Sí, señora, y más despacio
Volveré... Mucho celebro
Que se halle sin novedad.
 —Hasta después, don Anselmo.
Y así salió renegando
Este pobre caballero,
Harto de necesidades
De la madre y el chicuelo.
Al verse libre en la calle
Alzó las manos al cielo,
Dándole gracias a Dios
Porque en libertad le ha puesto;
Pero lleno de basura
Y ajado vio su sombrero;
Se halló con bastón sin borlas,
Y con un guante de menos:
Manchados los pantalones,
Sucios casaca y chaleco:
Sólo entonces conoció
De Lisandrito el portento.

1845

El poeta y el vulgo

Este mundo es un fandango,
Quien no baila es un zoquete.

I

¡Qué majadero el poeta
Que delirando sandeces,
Mira sólo de la vida

Los males que en ella siente!
Es a sus ojos el mundo
Panteón de luto y muerte;
Es la existencia un martirio;
Sombra falaz los placeres...
Y en tanto gozando el vulgo
De la vida indiferente,
Sólo le sirven los males
Para pensar en los bienes.
Aquél por mundos aéreos
Va atormentando su mente,
Y a éste en el mundo real
Nada le va ni le viene.
Aquél el crimen pintado
Del hombre mira en la frente;
Ve donde quiera enemigos,
Fantasmas doquier advierte;
Este mira de los hombres
Lo que son y lo que tienen,
Ni le halagan sus virtudes,
Y ni a sus crímenes teme;
Aquél mira en la mujer
Al más raro de los seres;
Ora la juzga demonio,
Ora por ángel la tiene;
Este en la farsa del mundo
Todo lo ve indiferente,
Juzgando a los hombres, hombres,
Y a las mujeres, mujeres.
Pulsa el poeta su lira
Dando sus quejas dolientes,
Mezcladas con la amargura
Que dentro del pecho tiene,
Y las cuerdas de su lira

*Al corazón obedecen,
Y en vez de cantar suspiran
Al resonar de esta suerte:*

El poeta

*“Vive el hombre un solo día,
Y entre la vida y la muerte
Luchando con la amargura
Sus breves horas se pierden.
Las lágrimas del dolor
Riegan su cuna inocente...
Las lágrimas de pesar
Su vida entera sostienen...
Y a la tumba le acompañan
Las lágrimas que se vierten...
Es infeliz cuando nace
Y es infeliz cuando muere;
Y en su triste desamparo
Lágrimas vierte a torrentes.
Y si quiere hallar consuelo
Amargas lágrimas bebe...*

*Son altares las pasiones
En el mundo, en donde alevés
A sus ídolos los hombres
Sus holocaustos ofrecen.
Y en sus aras sacrifican
Su inocencia a los placeres...
Por eso con la ignominia
Llevan manchada la frente.
Y son por eso traidores,
Engañadores, crueles.
Por eso cuando uno cae*

*Los otros de él no se duelen...
Si uno es hoy grande... mañana
Será escarnio de las gentes.
Y será más infeliz
Aquel que más grande fuere...
Esta es la vida... un acervo
De crímenes diferentes,
Donde se ven los cadalsos
Al lado de los laureles...

Alegres, fascinadoras,
Y engañosas las mujeres,
Entre su labio el veneno
Esconden de las serpientes...
Halagan con sus promesas,
Y pagan con sus desdenes.
Siempre engañando... y el hombre.
También engañando siempre...*

*Tal es el mundo, un montón
De viles e infames seres
Do aquel será más feliz
Que más engaños zurciere...
Tal es el mundo, un conjunto
De crimen y padeceres,
En donde su asiento el hombre
En medio del vicio tiene...
Y ¿quién la vida amará?
¿Quién amará sus placeres
Sabido que son ponzoña
Que sus entrañas disuelve?"*

*El vulgo a tales razones
Moralizó indiferente:*

*Este mundo es un fandango,
Quien no baila es un zoquete.*

II

*El vulgo, en vez de llorar
Maldecir de su suerte,
La vida juzga feliz
Porque el vivir le entretiene.
Y con sonrisa burlona,
Con labio prorrumpe alegre,
A todo siempre dispuesto
Aunque a todo indiferente:*

El vulgo

*“Bien cortos los años son
Que el hombre en el mundo tiene,
Si no gozamos en ellos
El tiempo que va no vuelve...
¿Qué sirve que los perdamos
Cuando gozarlos se puede?
¿Por qué han de prestar las horas
Dolor en vez de placeres...?
¿Por qué lamentar nosotros
De humanidad los reveses,
Si en ellos los hombres gozan,
Si con ellos se divierten...?
¿Qué importa que caigan unos,
Qué importa que otros se eleven
Y que gobiernen tiranos,
Y pueblos cobardes tiemblen;
Que haya cárceles y tronos,
Que haya súbditos y reyes,*

*Que haya virtudes y vicios,
A nosotros quién nos mete...?
Los que hoy oprimiendo mandan
Mañana opresores tienen,
Y el que verdugo fue un día
Será víctima el que viene.
¿Por qué quejarnos del mundo,
Cuando es el mundo un juguete
Que representa a lo vivo
Los caprichos de la mente...
Él con sus formas variadas
A los hombres entretiene,
Y gozan éstos mirando
Tan diversos caracteres,
Tan distintas opiniones
Y tan variados papeles...
¡Cómo se goza en la tierra
Con cosas tan diferentes!
¡Feliz el que las reciba
Cual ellas se le presenten!
Sin afanarse por nada,
Siendo a todo indiferente,
En vez de llorar por todo,
Con todo gozar se debe,
Y con la farsa del mundo
Se ha de luchar frente a frente,
Pues es el mundo un fandango
Y el que no baila un zoquete”.*

1845

Mi muerte

A Temilda

*Su enfermedad le hará morir a usted
Antes de un año.*

(R. Cheyne. -Hoy 16 de diciembre de 1845)

I

*Morir... morir... un eco misterioso
Parece repetir estas palabras
En el fondo del alma... En otro tiempo
Nunca, Temilda, al corazón llegaban;
Entre mis labios al nacer morían,
Sin lastimar con su sentido el alma;
Jamás pensaba que el morir encierra
La idea tremenda que mi pecho amarga...*

*Ya de la vida los preciosos lazos
Casi deshechos mi existencia enlazan,
Que a un leve impulso destrozados ceden
De la mano glacial de muerte airada.*

*Ya de mi vida el último reflejo
Siento que débil en mi pecho vaga,
Cual la luz moribunda de la antorcha
Que con más brillo al expirar se inflama.*

*¡Adiós, Temilda...! El caprichoso mundo
Ya de mi vista ocultará sus galas...
Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro
Y un hombre menos lo verá mañana...*

*Hoy veo del sol los rayos matutinos
Que su áurea lumbre en la extensión
derraman,
Dorar las crestas de los altos montes
Con el purpúreo resplandor del alba:*

*Y veo los bosques y los anchos campos
Iluminados con su luz de plata;
Y al occidente en arrebol teñido
Su caprichoso pabellón de grana;*

*Y las fuentes, los árboles, las rocas,
Con muda voz pero elocuentes hablan
Y adiós me dicen... un adiós eterno
Que incisivo desgarrar mis entrañas...*

*¡Y ya mañana no verán mis ojos
Esos objetos que mi vida encantan...
Pues sus pupilas entre el polvo inmundo
De los sepulcros, estarán cerradas!*

*El suave soplo de la brisa errante,
Que juguetona en mis cabellos vaga,
De un cadáver mañana los cabellos
Ha de rizar con voluptuosas alas...*

*Y ese sol cuya lumbre diamantina
Como torrentes sobre mí arrojaba,
Sus mismos rayos y su misma lumbre
Sobre mi tumba verterá mañana...*

*Más brillante tal vez... un bello día
Tal vez alumbrará su fecunda llama...*

*Y corre el cielo majestuoso... y luego
Una noche serena se levanta,*

*Y otro día le sigue, y otra noche
E imperturbables en su curso marchan,
Y meses pasarán, pasarán años,
Indiferentes por mi tumba helada.*

*¿Qué es la muerte de un hombre, si a lo
grande
De millares de mundos se compara?
Una gota pequeña de los mares
Por el rayo del sol evaporada...*

*Y después que en el mundo he recorrido
Una existencia entre el dolor amarga,
Sin un goce siquiera... ¿mirar debo
Llegar la muerte, el no existir, la nada...?*

*¡La nada, dije yo! Gran Dios, destierra
Esa duda tremenda que me espanta...
Yo sé, Señor, que más allá se esconde
De la tumba fatal la nueva patria...*

*Y yo sé que el que pone del sepulcro
En el estrecho límite la planta,
Al salvar los umbrales de la huesa
De otra existencia los umbrales salva...*

II

*¡Morir! triste es morir cuando la vida
Sólo ha corrido la tranquila infancia,
Cuando sigue a las lágrimas del niño*

El ¡ay! postrer que el moribundo exhala.

*Cuando apenas la cuna abandonando,
En un mundo fantástico se lanza;
cuando mira un porvenir dichoso
A donde mueve la ligera planta...*

*Triste es morir cuando se ve a lo lejos,
Con embriaguez de amor una esperanza,
Que se divisa cual la estrella amiga
Que fácil rumbo al náufrago señala.*

*¡Descender a la tumba... ser cadáver...
Morir... dejar de ser...! Estas palabras
Tú no sabes, Temilda, lo que encierran
Pronunciadas por mí... Tú la desgracia*

*No has conocido...; y nunca la amargura
Sus hoscas huellas te dejó estampadas,
Para que puedas comprender a donde
Puede arrastrar el infortunio al alma.*

*Mira... En las noches de mortal insomnio
En que tu imagen en mi mente vaga
De mil maneras, diferentes todas,
He pensado en la muerte a mí cercana.*

*Y sofocado en negros pensamientos
La sien del lecho delirante alzaba,
Y en mi febril agitación veía
Tu desdén... y mi tumba abandonada...*

*Sí, porque tú con bárbaros desdenes
Has consumido del amor la llama,*

*Has desgarrado el corazón amante,
Y me has abierto la postrer morada...*

*Por ti al sepulcro desdeñado bajo,
Buscando en él la apetecida calma;
Y nunca sentiré sobre mi losa
De tus ojos divinos ni una lágrima.*

1845

Al salto del Tequendama

*Los valles va a buscar del Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.*

*Mudo a tu vista de terror y espanto
El oprimido corazón palpita,
Como el arcángel ante Dios agita
Sus blancas alas, su celeste canto.*

*Te he visto ya. Tu imagen imponente
La imagen es del Hacedor airado,
Cuando a su voz tremenda fue lanzado
Desde el rudo peñasco tu torrente.*

*Es tu aspecto sublime como el nombre
Del que rige los mundos; tan terrible
Como lo fue la maldición horrible
De Dios lanzada en el Edén al hombre.*

*Yo he mirado de lo alto desprendidas
Tus ondas turbias entre hirviente espuma,
Rodar envueltas en la blanca bruma*

*Con lento paso recorriendo el monte
Las he visto asomar en la ancha boca,
Y veloces lanzarse de la roca
Como lampo fugaz del horizonte.*

*Las he visto en confuso remolino
Una tras otras descender hinchadas,
Y en su rápido curso arrebatadas
En vaporoso y leve torbellino.*

*En agrupados borbotones corren,
Y en su curso parecen suspendidas
Un momento, y se avanzan desprendidas
Antes que el rastro de sus huellas borren.*

*Y tu raudal en niebla se desata
Y en argentados remolinos sube,
Como de incienso la olorosa nube,
Que en vagos giros su extensión dilata.*

*Del sol naciente el rayo matutino
Tornasola tu niebla transparente,
Aureola fantástica en la frente
Blanda te ciñe el iris purpurino.*

*Un fantasma pareces circuido
De manto aéreo y ondulante velo,
Y que un rayo ilumina desde el cielo
Su flotante y magnífico vestido.*

*La niebla aljofarada que despides
Cubre las hojas del silvestre helecho,
Y las gotas que forma las recibes
Y las sepultas en tu inmenso lecho.*

*De rama en rama se deslizan, huyen
Las leves gotas de sutil rocío,
Y se desprenden al rumor bravío
De tus raudales, que incansables bullen.*

*¡Imagen del despecho...! Yo he vertido
Una lágrima al verte, pura, ardiente,
Que fue a juntarse a tu veloz corriente,
Cual pensamiento en la extensión perdido.*

*Sí: lágrimas me arranca tu aspecto
majestuoso
Y mudo a tu presencia palpita el corazón,
Pues hay en el humano un pliegue misterioso
Que le une con las obras sublimes del
Criador.*

*Mezquino el pensamiento concéntrase en sí
mismo.
Contemplo absorto, extático tus aguas
descender;
Estúpidos mis ojos recorren el abismo...
Y un escondido impulso me está empujando a
él...*

*Quisiera con tus aguas lanzarme confundido,
Rodar envuelto en ellas, unirme más a ti;
Quisiera mis lamentos unir a tu estampido;
Quisiera mi existencia a tu existencia unir...*

*Paréceme que miro vagar por el torrente
De niebla rodeado tu genio bienhechor,
Espíritu infundiendo a tu veloz corriente*

Y a tus hirvientes aguas prestando animación.

*¡Imagen atrevida por el Criador formada!
¡Salud, yo te venero, oh parto colosal!
¡Pues eres de la América el alma despechada
Que llora de sus hijos la antigua libertad!*

1845

A un niño expósito

*¡Pobre, inocente y desgraciado niño,
De la vida arrojado a la ribera,
Que no has tenido el maternal cariño
Ni una sonrisa para ti siquiera!*

*¡Pobre niño, arrojado en el profundo
Valle do impera el llanto y el dolor,
Te hallaste al despertar, solo en el mundo,
Fruto tal vez de criminal amor!*

*No hallaste al lado, tierna y cariñosa
La mano maternal que enjuga el llanto;
Que el mundo la vedaba que amorosa
Dulcificase tu infantil quebranto.*

*Quizá en sus brazos te estrechó y amante
Te bañó con sus lágrimas de amor...
Y luego te arrojó de sí distante
Para salvar su mancillado honor.*

*¿Y qué harás en el mundo? Sin parientes,
Sin hermanos, sin padres, sin amigos...
A los hombres verás indiferentes*

Ser de tu pena y tu dolor testigos.

*En vez de llanto por tu triste suerte
Desdén y risa encontrarás doquier;
Mofárase de ti sin conocerte
Tal vez el mismo que te diera el ser.*

*Di, ¿qué esperas del mundo y la existencia?
Proscrito te verá la sociedad;
Sólo tendrás tu llanto, única herencia
Que el destino ha legado a la orfandad.*

*¡Jamás consuelo te dará ni encanto
De la fortuna el caprichoso giro;
Jamás tu llanto hará correr el llanto,
Ni tu suspiro arrancará un suspiro!*

*¿Hallarás una mano generosa
Que se atreva a alumbrar tu porvenir?
¿O tu desgracia ocultarás penosa
Bajo la humilde condición servil?*

*Si buscas el saber de ti olvidado,
Si ilumina la ciencia tu razón;
¿Serás feliz con esto? ¡Desgraciado!
¡La ciencia para ti será un baldón...!*

*Si quieres igualarte con otro hombre
Por título mostrando tu saber,
La sociedad te pedirá tu nombre,
¿Y cuál darás, desventurado ser?*

*¿Y si turba tu sueño fatigoso
Ese arcángel maldito, la ambición,*

*Y si te muestra un porvenir glorioso,
Y te miente de amor una ilusión?*

*¿Y si ves por tu mal una hermosura
Que haga tu pobre corazón latir,
Qué puedes ofrecerla? ¡Desventura!
¡Oh! entonces, niño, ¿qué será de ti?*

*Y si cobarde guardas tu quebranto
Con esa vida que salvado habrás,
¿Quién, infeliz, enjugará tu llanto?
¿A quién, de todos esquivado, irás?*

*Pero tú no comprendes todavía
Lo que el mundo te guarda, ¡pobre niño!
¡No sabes tú en las horas de agonía
Cuánto consuela el maternal cariño!*

*Es ahora inocente tu sonrisa,
Es ahora tranquilo tu dormir,
Y es porque aun su emponzoñada brisa
Sobre ti no ha soplado el porvenir.*

*¡Duerme, niño, que en vez de la presencia
Y arrullo maternal que no has sentido,
Aun te arrulla el arcángel de inocencia;
Duerme y reposa en momentáneo olvido!*

*Y ojalá que al dormir, ¡oh pobre niño!
Dejaras de existir... ¡mejor te fuera!
¡Pues no ha tenido el maternal cariño
Ni una sonrisa para ti siquiera!*

Tú sólo has visto el prólogo terrible

*Que encontraste grabado en tu camino,
De ese drama de luto que inflexible
Con sangre tuya escribiré el destino.*

*Y la postrera página del drama
Es tan triste... ¡Morir abandonado!
Mirarás junto a ti... ¡Nadie te ama!
¡Ningún amigo encontrarás al lado!*

*Y alrededor de la ignorada huesa
Do arrojarán tu cuerpo sin piedad,
Ni una flor, ni una cruz! ¡y zarza espesa
Tu memoria y tu cuerpo cubrirá!*

*¡Pobre inocente y desgraciado niño,
De la muerte arrojado a la ribera,
Que ni aun tendrás del maternal cariño
Al morir una lágrima siquiera!*

1846

Recuerdos

A

*Cuando apenas la aurora de la vida
En tu frente de niña reflejaba,
Tus gracias infantiles contemplaba
Con inocente y cándido placer.
Ese tiempo tranquilo de la infancia
Era un tiempo feliz: en mi memoria
Aún se conserva la dorada historia
Que la fortuna nos brindó al nacer.*

*Al mar de la existencia ambos partimos,
Mas tus velas el céfiro rizaba...
Y en tanto mi bajel roto cruzaba
De la existencia el tempestuoso mar.
Pero quiso el destino que te hallara
Al fin de mi carrera procelosa,
Y si niña te vi pura y hermosa,
Ora mujer te elevaré un altar.*

*Cada sonrisa de infantil cariño
Que en otro tiempo entre tus labios viera,
Cada mirada lánguida, hechicera,
Que de tus ojos tembladores vi,
Es una historia que en mi mente impresa
Las largas horas de pesar consuela;
Pero historia infeliz, porque revela
El edén venturoso que perdí.*

*Un ángel de pudor y de inocencia
Lleno de amor, brillante de hermosura,
Por ti dejando la celeste altura,
Tu bella frente a coronar bajó.
Y con sus alas de carmín y rosa,
Volando en torno te cubrió de amores,
Y la luz de sus ojos brilladores
En tus ojos divinos infundió.*

*Tú no le debes envidiar al ángel
La mirada de amor y la hermosura,
Ni de su acento envidie la dulzura
El dulce acento de tu dulce voz.
A tus gracias de niña ha reemplazado
De otras gracias espléndido tesoro,
Y si niña te amé, mujer te adoro;*

Eras mi ángel, ya serás mi Dios.

*En vez de aquella angelical sonrisa
Que en tus labios hermosos se veía,
Deja brillar, antigua amiga mía,
Una sonrisa de piedad y amor.
Haz que yo sienta de tus negros ojos
El fuego abrasador de la mirada;
Di que me amas, y la edad pasada
No será sólo un sueño encantador.*

1846

Al diablo

*Nadie te canta, rey de los infiernos,
No hay una lira que te dé su voz...
Es que el influjo de tu ser maldito
No puede al bardo dar inspiración,*

*Es que el poeta al ensayar sus trovas
Teme su canto profanado ver
Al pronunciar en sus endechas tristes
El nombre aborrecido de Luzbel.*

*Es que la mano trémula de espanto
No halla notas de luto en el laúd
Para cantar al maldecido arcángel
Que osó usurpar la omnipotente luz;*

*Pues sólo tú junto a tu Dios pudiste
Un crimen en el cielo concebir,
Y sólo tú con tu ambición inmensa
Quisiste ser el soberano allí.*

*Ángel caído, por fundar tu imperio
Cogiste el cetro como rey del mal,
Y haciéndolo tu esclavo, le quitaste
Su vasta prole al infeliz Adán.*

*Tú en el Edén, de la vedada fruta
Diste engañoso a la primer mujer...
Por ti Caín con fratricida mano
El pecho hirió del inocente Abel.*

*Ciega por ti la humanidad un tiempo,
Un templo y un altar te levantó,
Y bajo formas de infinitos dioses
Te adoraron los hombres como a Dios.*

*Pero cayó el aborrecido imperio
Que con tu influjo levantaste tú
Al alumbrar las lóbregas tinieblas
La humilde insignia de la Santa Cruz.*

*Y desde entonces tu poder oculto
Hace al cristiano corazón temblar,
Pues ve que incierto su destino eterno
Entre su Dios y tu poder está.*

*Aun en la infancia al inocente niño
Amedrenta tu mágico poder;
Y en medio de la noche, desvelado,
Cree que tu forma en las tinieblas ve;*

*En medio de sus castas oraciones
Tiembra la virgen al pensar en ti...
Y medrosa tu forma se presenta*

Al criminal en su angustioso fin.

*¡Pero, no!..., que mi mano temblorosa
No halla notas de luto en el laúd
Para cantar al maldecido arcángel
Que osó usurpar la omnipotente luz...*

*¡Sufre sin fin la maldición eterna
Que tu delito mereció, Luzbel!
Más no te miren mis marchitos ojos
En mi lecho de muerte aparecer.*

1846

Coquetería

*Yo nunca he tenido aquí
Constante amor ni deseo,
Pues siempre por la que veo
Me olvido de la que vi.*

ALARCÓN

*Parece el corazón mío
Un inmenso coliseo,
Donde todas las que veo
Encuentran palco vacío,*

G. G. G.

*Con rudo golpe en el amante pecho
Late otra vez mi corazón, Elvira,
Por ti otra vez mi corazón suspira,
Por ti me abraso en incesante amor.*

*De tu amor me olvidaba, más te he visto
Y otra vez tus encantos me rindieron,
Y tus gracias divinas revivieron
En las muertas cenizas nuevo ardor.*

*Volví a mirar tu encantadora frente,
Divino altar de virginal pureza,
Y he mirado rodar de tu cabeza
Rizos dorados por tu casta sien.
He vuelto a ver en tus azules ojos
Ese color en que refleja el cielo,
Donde se ven en transparente velo
Dibujadas las gracias del Edén.*

*También te he visto, encantadora Helena,
Lanzando rayos con tus negros ojos,
Abriendo heridas, infundiendo enojos,
Regando amores por doquier que vas.
Tus negras trenzas descendiendo bellas
Por tu moreno, irritador semblante,
Y tu cuerpo flexible y elegante,
Perder me han hecho mi quietud, mi paz.*

*Los hoyuelos que adornan tus mejillas
Me tienen muerto, angelical Dolores,
Pues en ellos anidan los amores
Y van las gracias a jugar también.
Pero ¡ay, Virginia! que me vuelve loco
Lo voluptuoso de tus labios rojos...
Pero, Camila, tus traviosos ojos
Nunca se olvidan si una vez se ven.*

*Pero ¡ah!, cuál late mi amoroso pecho,
Bella Isabel, si tu virtud admiro*

*¡Y cuál de amor frenético deliro
 Al ver tu gracia, encantadora Inés!
 Julia, Rosaura, Margarita... ¡oh, todas,
 Todas son bellas y por todas muero!
 Es más hermosa la que vi primero,
 Y es más amada la que vi después.*

*Cualquiera de ellas mi razón trastorna,
 Junto de todas con amor palpito;
 ¡Mi amante corazón es infinito
 Y un lugar para todas hay en él!
 ¡Oh, ven, Elvira! ¡Oh ven, Helena amante!
 ¡Oh, ven, Julia... Rosaura... Margarita...!
 Venid, que amante el corazón palpita,
 Divina Inés y célica Isabel.*

1846

Tu ramillete

A la señorita A. T.

*Las flores y los perfumes son lo que
 Con mayor poder atrae los recuerdos.*

La duquesa de Abrantes.

I

*Hermosa, hay un recuerdo cuyo eco
 misterioso
 Despierta al perezoso, dormido corazón;
 Recuerdo que acompaña al triste que suspira*

Y arranca de su lira desfallecido son.

*¿Quién no tendrá el recuerdo
 De alguna triste historia,
 De ya pasada gloria,
 De ya olvidado amor...?
 Yo tengo ese recuerdo,
 Y tú lo has evocado
 Con sólo el adorado
 Lenguaje de una flor.*

*En vano los pintores apuran sus paletas
 Y en vano los poetas modulan su laúd,
 Pues nunca a aquella historia podrán dar los
 colores,
 Que sólo con las flores, señora, le das tú.*

*Tu bello ramillete,
 Historia es de la vida,
 La risa confundida
 Se ve con el pesar...
 Pintaste la existencia
 Variada, sin concierto:
 Se ve la flor de muerto
 Unida al azahar.*

*De risas y de llanto emblema son las flores,
 Pues brindan sus olores al fúnebre ataúd,
 Y halagan con su aroma, en éxtasis gozosos,
 Los sueños voluptuosos de alegre juventud.*

II

Pintar supiste con tus bellas flores

*Las desventuras de un amor ideal;
Una bella esquivando los amores
Que le ofrecía su infeliz galán...*

*Le diste encantos a la ingrata hermosa
Y la cercaste de atractivos mil;
Gracias le dio la purpurina rosa,
Y hermosura y modestia el alelí.*

*La azucena su cándida inocencia
Velada por su altiva majestad,
La flor de fresa con su pura esencia
Simbolizó su angelical bondad.*

*De paraíso bella flor buscaste
Para adornar su encantadora sien;
Que esa beldad que sin igual formaste
Daba un recuerdo del perdido Edén.*

*Mas no supiste, entre su pecho helado,
Colocar un amante corazón,
Porque nos dice que jamás ha amado
De rosa blanca el juvenil botón.*

*Pero al amante... al infeliz amante
Consuelo alguno ni una flor le dio;
Sólo le diste una alma delirante
Y un corazón que palpitó de amor.*

*Has referido lo afectuoso y tierno
De los delirios de su amor y fe,
Un clavel le inspiró su amor eterno,
Y amor desesperado otro clavel.*

*La margarita le sirvió al cuitado
Para decirle a su beldad ¿me amáis?
Y el clavel blanco y el clavel rosado,
Yo te prefiero, tú eres mi deidad.*

*Alguna vez, en sus alegres sueños,
En el romero el infeliz pensó,
Necio juzgando que los días risueños,
Que han de venir, alumbrarían su unión.*

*Mas sólo vio que vegetaba al lado
La flor de muerto emblema de aflicción,
Y le mostraba su sepulcro helado
El sauce melancólico y llorón.*

*Su lira entonces arrojó: el tesoro
Que al desgraciado la amargura da;
Pero empapadas en constante lloro
Sus cuerdas, flojas, no resuenan ya.*

III

*Yo tengo ese recuerdo y tú lo has evocado
Con sólo el adorado lenguaje de una flor:
Tu bello ramillete me trajo a la memoria
La ya olvidada historia del ya olvidado
amor.*

*Perdona si con quejas
De mi contraria estrella
Osé turbar ¡oh bella!
Tus horas de placer.
Perdona, mas no puede
Mi destemplada lira*

Del pecho que suspira

Borrar el padecer.

1846

¡Ella y él!!

Novela romántica

Introducción

Y ¿las borrascas del cielo no serán

Anuncios para la tierra?

JOB.

Se escucha en un bosque la fúnebre lucha

Que forman la lluvia y el rayo al caer...

La voz atronante de un hombre se escucha...

Y al brillo del rayo se ve una mujer.

CAPÍTULO I: los dos esposos

El alma libre del cuerpo, vende

Sus secretos en medio de los sueños;

¡procurad no soñar!

L. BYRON.

El esposo

“¿No pronunciaste en medio de la noche

Entre sueños el nombre de un mortal...?”

La esposa

“¡Ay! es cierto. ¡Perdón!...” El rayo al punto

Volvió a brillar y reflejó un puñal...

CAPÍTULO II: los funerales

¡La muerte desgarrando la muerte!

V. HUGO.

Se ve de negros cuervos el carnicero bando

En medio de las nubes el aire denso hender...

Y con sus uñas corvas hambrientos

desgarrando

Un cuerpo mutilado... un cuerpo de mujer...

CAPÍTULO III: el castigo

Atadlo de pies y manos y arrojadlo

A las tinieblas exteriores: allí habrá

Llanto y crujir de dientes.

S. MATEO.

De las fraguas humosas del infierno,

Horrible, hediondo, Satanás salió...

Pero al volver a entrar a su antro eterno,

Acompañado con un hombre entró...

Conclusión

¡Y ni siquiera el consuelo de saber

Dónde se halla su tumba!

DUMAS.

*¡Cien años ha...! Hoy vierte en el espacio
La tarda luna su callada luz...
¡Y a su fulgor no brilla entre la hierba
Ni una perdida y olvidada cruz!*

1846

Una lágrima

I

*Te vi, te amó mi corazón de niño
Con un delirio virginal y santo.
¡Yo era tan joven y te amaba tanto...
Que fue mi pecho para ti un altar!
Con tu desdén o con tu amor soñando
En mis horas de pena o de alegría,
Por mi mejilla juvenil sentía
Silenciosa una lágrima rodar.*

II

*Fuiste la luz de mi primer mañana,
Fuiste el objeto de mi amor primero,
El bendecido y mágico lucero
Que alumbró la ilusión de mi niñez.
Y desde entonces sin cesar sentía
Al palpar mi corazón amante,
Por mi marchito y pálido semblante,
Deslizarse esa lágrima otra vez.*

III

*En el delirio de mi amor ardiente,
En tu hermosura o tu candor veía
Del cristiano a la cándida María,
Del musulmán la voluptuosa Hurí.
Y delirante y ciego quise entonces
Arrojarme a tus plantas y adorarte,
Mas sólo pude en mi ansiedad mostrarte
Que rodaba una lágrima por ti.*

IV

*Pero después tu corazón de ángel
Contra mi pecho palpité inocente,
Y con su fuego se tiñó tu frente
Del suavísimo velo del pudor.
Y al beber el amor en tu mirada
Y con el fuego de tus labios rojos,
Sentí brotar de mis ardientes ojos
Una quemante lágrima de amor.*

V

*Todo pasó. Tu nombre solamente
Como un vago recuerdo me ha quedado
Y el fuego abrasador, casi apagado,
De mi ardiente, extraviada juventud.
Y hoy otra vez al ensayar mis cantos
Vertí al recuerdo de tan bella historia
Una lágrima ardiente a tu memoria
Que humedeció las cuerdas del laúd.*

1846

A una calavera**(De Anais de Segalas)***Esqueleto, ¿qué has hecho de tu alma?**Antorcha, di, ¿tu luz en dónde está?**Lira rota, ¿tu son en dónde se halla,**Que ya muda no te oyen resonar?**Yerto nido olvidado en una rama,**¿Dónde está el ave que calor te dio?**Volcán, ¿qué has hecho de tu ardiente lava?**Esclavo, di ¿do se halla tu señor?**El alma, reina en medio de su corte,**Tu palacio magnífico habitó.**Su cortejo de luz, de gloria y flores**Tu castillo imperial vistió el amor.**Hoy eres un escombros. El vil lagarto**En vez del alma se aposenta en él;**Y reina en tu castillo, aunque usurpado,**Y ostenta allí su púrpura de rey.**¿Quién eras? ¿Eras una niña rubia,**Alegre, hermosa, tímida y feliz**Y que en la blonda cabellera suya**Más tímida una flor hizo lucir?**¿Eras acaso un gran señor alzado**Por la fortuna, la suprema ley,**Que contempló con júbilo insensato**La multitud que se postró a sus pies?**¿O eras un joven lleno de delirio**Que en el ardor de la primera edad**Se enamoraba de unos ojos lindos,**Negros o azules, que lo hacían temblar?**No se sabe. Los muertos son iguales.**La vida nos ofrece variedad,**Y sus formas son siempre inagotables;**La muerte tiene un molde, nada más.**Despojo repugnante, sucia casa**Que por ruinosa abandonaron ya;**Roto espejo del alma, en donde nada**Sin su dueño se puede reflejar.**El pasajero que lo ve sin nervios,**Sin arterias, sin ojos, sin hablar,**Sin labios y sin carne, tendrá miedo,**Temblando por él preguntará:**“Y el hombre en dónde está?” Mas nada vale**Lo que pueda decir: pues aguardad,**Que vendrá a preguntar algo más tarde:**“¿Y el esqueleto ahora en dónde está?”**¡Vanidad, vanidad, dolor, miseria...!**Viendo viajeros permanece allí.**Sí, permanece, y sus miserias muestra**Al poderoso, al rico y al feliz.**El que así te ha exhibido pensó acaso**Que tus huesos hablaran; pero no...**Ya comprendo que ha escrito con un cráneo,*

Y son sus firmas: -“vanidad, dolor”.

*Se fue tu alma a la mansión eterna,
De puertas de oro y de camino azul,
Y allí en éxtasis santo te contempla
Desde el palacio de la eterna luz.*

*Y te mira, y ve al sol en su carrera,
Al firmamento en todo su esplendor,
Y en su mansión magnífica y espléndida
Al mirar a su Dios comprende a Dios.*

*Mas tú, nada, ceniza y polvo vano,
Aguarda el resonar de última voz...
Recibido el incienso, al incensario
Ya la volvió pedazos tu Señor.*

1846

Canción en boca de una mujer

(De Schiller)

*Era el más bello de los hombres todos,
Hermoso como un ángel... Su mirada
Era un rayo del sol que fugitivo
El mar refleja en sus azules aguas.*

*Sus abrazos... ¡transporte delicioso!
Su corazón mi corazón buscaba
Y a impulsos del amor juntos latían
Y los labios y vida encadenaban.*

La noche a nuestros ojos se extendía,

*Y dejando vagar nuestras miradas
Perdíanse en su sombra, y a los cielos
Fascinado el espíritu volaba.*

*¡Oh!... ¡y sus besos!... ¡emoción divina!
Cual dos rayos de luz que se entrelazan,
Cual dos voces de un arpa que se juntan
En confusión armónica y lejana.*

*Su espíritu y mi espíritu se unían;
Dentro del alma penetraba el alma;
Y las mejillas rojas de deleite
Y los ardientes labios nos temblaban.*

*¡Él ya no existe!... En vano mis suspiros
Y mis calientes lágrimas le llaman...
¡Ya no existe!... y los goces de la vida
En gemidos inútiles se exhalan.*

1846

La desgracia

*¡Yo te conozco, maga engañadora,
Porque tu imperio hasta mi vida alcanza,
Tú, que empiezas do acaba la esperanza,
Y mueres de la tumba en el dintel
Con anchos pliegues tu luctuoso velo
Al mundo cubre, ¡maga omnipotente!
Tú tienes un altar en cada frente,
Y cada corazón es tu dosel.*

Tú eres, desgracia, el maldecido arcángel

*Que con el roce de su negro manto
Hace temblar el corazón de espanto
Del que delira entre ilusión y amor;
El que los sueños de ventura envía
Al infeliz cuyo dolor formaste,
Para decirle al despertar: ¡soñaste!
Y dejarle sumido en su dolor.*

*Tú eres el genio que invisible vaga
En el salón de crápula y orgía,
El que exalta la necia fantasía
Del tumulto, diciéndole: ¡gozad!
Para mostrarle al que se embriaga, luego
El indefenso pecho de su hermano,
Y con su seca y descarnada mano
Darle un puñal, diciéndole: ¡matad!*

*Tú eres el genio que al infante vela
Desde que duerme en la inocente cuna,
Para matar solícito una a una
Las ilusiones que al soñar creó.
Compañera del hombre, tú enloqueces
Su pobre corazón con la esperanza,
Y le muestras la dicha en lontananza
Para decirle al acercarse: ¡huyó!*

*Tú haces correr por los marchitos ojos
De los mortales el copioso llanto;
No hay uno solo que el letal quebranto
No haya sentido como yo sentí.
¿Quién no ha tenido que exhalar quejoso
Algún suspiro del doliente pecho?
¿Por qué rostro feliz correr no has hecho
Arrancada una lágrima por ti?*

*¡Ay! infeliz del que te encuentra, ¡oh maga!
En el delirio que forjó de amores;
Porque el aliento de las bellas flores
Unes tu aliento de ponzoña y hiel;
Pues te conozco, maga engañadora,
Porque tu imperio hasta mi vida alcanza
Tú naciste do ha muerto mi esperanza,
Y vendrás de mi tumba hasta el dintel.*

1847

Último canto de Lord Byron En Grecia

*Es tiempo ya que deje de palpar mi pecho,
Pues que otros corazones no laten junto a
mí...*

*Empero, aunque no pueda volver a ser
amado,
No importa, me es forzoso amar hasta morir.*

*Mi vida está en su otoño: marchitos por el
tiempo*

*Las flores y los frutos cayeron del amor,
Tan sólo los pesares me quedan todavía...
Me queda ese gusano hambriento y roedor.*

*El fuego de mi pecho parece en mi agonía
La llama solitaria que sale de un volcán,
Junto a la luz que arroja, ninguna antorcha
brilla,
¡Es una moribunda hoguera funeral!*

*¡Cuidados, esperanzas, exaltación de penas,
Afanos de los celos, transportes del amor,
No puedo ya sentirlos, mas llevo las pesadas
Cadenas que enlazaban mi pobre corazón!*

*Empero, hoy no debiera tener los
pensamientos
Que son el patrimonio de ardiente juventud;
No es hoy cuando a los héroes la gloria con
sus lauros
Ciñe la cabeza o adorna el ataúd?*

*¡Despierta! (Mas ¡oh Grecia! ya tú te has
despertado)
Despiértate, alma mía, y observa el
manantial
De do la sangre viene que corre por mis
venas:
¡No puedan ¡ay! mis hechos su origen
profanar!*

*Contempla aquí... la gloria... el campo de
batalla...
La espada... la bandera... la Grecia mira en
fin;
Jamás el espartano que llevan en su escudo
Más libre se creyera, ya próximo a morir...*

*Es tiempo ya que a estas pasiones miserables
Indignas de asaltarme las huelle con el pie:
Desde hoy deberán serme de amor y de
belleza*

*Extrañas las sonrisas, lo mismo que el
desdén.*

*Si lloras, ¿por qué vives...? He aquí donde la
muerte,
Te puede ser gloriosa... Estás en la región
Que lidia por ser libre... ¡oh, Byron, al
combate!
¡Y dile a la existencia tu postrimer adiós!*

*Y busca en el combate lo que jamás se busca,
La tumba del guerrero, que es fácil
encontrar.*

*Para probar tu eterno reposo en el sepulcro
En la oprimida Grecia escoge tu lugar.*

1847

Canción

*Brille, cual brilla el resplandor del día
Dorando la mañana,
Tu sonrisa de amor y de alegría
Sobre tus labios de carmín, Juliana,
Juliana mía.*

*Que es tu risa
La precisa
Blanda brisa
Que disipa la nube de dolor
Que produce,
Ángel mío,
El desvío*

De tu amor.

*Vi rodar por tu frente tus cabellos
En rizos perfumados;
Vi los hoyuelos que se marcan bellos
En tus mejillas, por amor formados,
Y amor vi en ellos.*

*Y he mirado
Que grabado
Te ha dejado
El tacto de sus dedos el Señor.
Tus hoyuelos
Son el nido
Do escondido
Vive amor.*

*El sueño de la muerte aborrecida
¡Cuán dulce me sería,
Si pudiera mi frente adolorida
Reclinar en tu seno, vida mía!
¡Luz de mi vida!
Que eres bella
Cual estrella
Que destella
Del cielo en el azul vago confín.
Y en ti miro
Pura rosa
Ruborosa
Entreabrir.*

1849

2.4.2 El Resplandor

(Montoya Montoya, R. 1960)

A Julia

*Poesías del casto amor y
de la inefable ternura...
Marcelino Menéndez Pelayo.*

*“Juntos tú y yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú a mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.*

*Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.
Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamás temas caer.*

*Y tu mano en mi mano, paso a paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.
Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.*

Y la ternura y el amor constantes

*En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.*

*Son nuestras almas místico ruido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;*

*Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.*

*¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz.*

*¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Más mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!”*

1850

Mi dulce soledad

(Canción)

*“...la última estrofa es de
Desesperante perfección...”*

No más esos placeres

*De la agitada vida
Que alegre y fermentada
Nos da la sociedad.
Aquí vivir prefiero,
Do mi dolor mitiga
La soledad amiga,
Mi dulce soledad.*

*¿El mundo qué me ha dado?
Dolor en son de amores,
Espinas y no flores,
Cansancio y ansiedad.
Consuelos y esperanzas
El porvenir me veda,
Y sólo ya me queda
Mi dulce soledad.*

*Mis bellas ilusiones
Los años marchitaron,
Volaron, ¡ay! Volaron
Mi amor y mi amistad.
Pasaron como el humo
Mi paz y mi alegría,
Mas queda todavía
Mi dulce soledad.
Y yo guardo un recuerdo
De amor y de dulzura
Que hizo la ventura
De mi primera edad;
Y es hoy memoria triste
De aquel amor pasado,
Que tú no has agotado,
Mi dulce soledad.*

*El canto de las aves,
 El curso de la fuente,
 El trueno del torrente,
 Su pompa y majestad,
 Son voces misteriosas
 Que entre la selva crecen,
 Que encantan y embellecen
 Mi dulce soledad.*

*Los gritos del tumulto,
 Los brindis de la orgía,
 Lamentos de agonía
 Conmueven la ciudad.
 Aquí te rinden sólo
 Magnífico concierto
 Los ecos del desierto,
 Mi dulce soledad.*

*Bendita para siempre
 Mi soledad tranquila,
 Donde jamás se asila
 Del hombre la maldad.
 Aquí morir prefiero,
 Do mi dolor mitiga
 La soledad amiga,
 Mi dulce soledad.*

*Cuando una cruz humilde
 Presida mi reposo,
 Emblema misterioso
 De paz y de verdad,
 Al borde de mi tumba
 Será mi único amigo,
 Y partirá conmigo*

Mi dulce soledad.

1852

Un paseo en Abejorral

*Su mano diestra en mi mano,
 Mi siniestra en su cintura,
 Su brazo izquierdo a mi cuello,
 Triste yo, llorosa Julia,
 Largo rato caminamos
 Sobre la grama menuda
 Siempre limpia y siempre verde
 Que la población circunda.
 -Vamos allí, al cementerio,
 Dijo mostrando en la altura
 Paredes que blanqueaban
 Entre la niebla confusas.
 -Está muy lejos. -No importa.
 -Te hará daño. -Con tu ayuda
 Y apoyándome en tu brazo
 No hay senda larga ninguna.
 -Vamos; pero... al cementerio...
 No puede ser. -¿Por qué dudas?
 Es que quiero dirigirme
 A donde se halla la tumba
 Donde descansan los restos
 De nuestra hija. -Ninguna
 Señal mandé que pusiesen
 En su humilde sepultura.
 Quiero olvidar los pesares
 Si me olvida la ventura.
 ¿Para qué tener presentes*

Fechas, nombres, sepulturas
 Que al amargor de la vida
 Su amargor cáustico juntan?
 ¿Para qué dejar señales
 Que nuestras penas anuncian,
 Si éstas su sello de plomo
 Grabando van una a una?
 El corazón y la frente
 Son buenos testigos, Julia,
 Pues llevan talladas siempre
 Heridas él y ella arrugas.
 Cabellos en relicarios,
 Ceniza guardada en urnas,
 Cruces en los cementerios,
 Son vanidades, locura.
 -No me digas esas cosas;
 Vamos andando, y procura
 Tener presente su imagen,
 Aquella suprema angustia
 De la niña que al ser ángel
 Nos dejó; no olvides nunca
 Sus bellos ojos, tan bellos,
 Qué alivio en su madre buscan,
 Que no encontrando alivio,
 En sus órbitas se ocultan;
 Ni su quejido doliente,
 Ni las manitas que cruza
 Cayendo desfallecidas,
 Sin hallar fuerza ninguna;
 Ni su aliento que se apaga,
 Ni su estertor. -Oye, Julia:

Yo he mentado al decir que no se puso
 Una señal para fijar mejor

Los restos de la niña que al ser ángel
 Sobre la tierra nos dejó a los dos.

¿Ves un ciprés que empieza a levantarse
 Allí, en ese recinto funeral?
 Ese marca el sepulcro en donde se halla
 Esa hija que vienes a buscar.

¿No temes tú manosear los filos
 Que te ofrece, acerados, el dolor?
 Gastarlos puedes o romper con ellos
 Las manos, y después el corazón.

Yo no quiero que a una ave casi implume
 Corten alas si un vuelo no ensayó:
 ¿Por qué, ya que la arrojan a la vida,
 No la dejan gozar aire mejor?

A esa tumba yo diera el alma mía
 La sangre mejor del corazón
 Si el polvo que ella guarda se animara,
 Si reviviera la marchita flor.

Quisiera que un escudo impenetrable
 Se interpusiera entre el dolor y yo...
 Más si quieres sufrir, sufre y... te aguardo;
 Aquel es el ciprés; yo allá no voy.

-¡Oh! yo tampoco iré, mas no blasfemes
 Es preciso tener resignación,
 Que el dolor que sufrimos en la tierra
 En su bondad lo santifica Dios.

Haz como yo, inclina la cabeza

*Dobla la rodilla como yo,
Repite en el fondo de tu alma:
Bendito y alabado sea el Señor.*

1853

La pompa de jabón

(Improvisación)

“...doble símil bellamente enlazado...”

*Con tu mano y tus labios, hijo mío
Has formado esa pompa de jabón,
Que vuela henchida de tu aliento tibio,
Tornasolada con la luz del sol.*

*Para ti simboliza la esperanza,
Simboliza el recuerdo para mí.
Con tu soplo pretendes elevarla,
¡Ay! y es tu aliento el que la hará morir.*

1866

Dios

*No es preciso morir, no, para amarlo;
No es preciso morir, no, para verlo.
Quererlo comprender es adorarlo;
No poder alcanzarlo es comprenderlo.*

*Dios es grande doquier que se le busque:
A la tierra bajad, subid al cielo;
Porque es grande mirándolo en lo grande,
Porque es grande mirado en lo pequeño.*

*Una línea trazad, seguid por ella...
¿A dónde vais? No lo sabéis, es cierto;
Mas sabed que si fin tiene esa línea
Encontrareis a Dios: Dios es el centro.*

*¿Veis esa gota? Es agua, es una gota;
Tiene mundos y mundos, y misterios
Iguales o mayores que los mundos
Que pueblan eso que llamamos cielo.*

*Es que ante Dios nada hay pequeño o
grande;
El fiel de su balanza es tan perfecto,
Que un insecto y un mundo se equilibran
E igualan ante Él, que los ha hecho.*

*Confiad en el Señor y os dará alivio,
Que es grande, justo, poderoso, eterno;
Confiad en el Señor y os dará ayuda,
Que aun más que justo y poderoso, es
bueno.*

1866

Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia^{9*}

⁹ Tal vez este poema sobre el cultivo del maíz ha sido el más insigne de la poesía antioqueña. Es, como ha

dicho Pombo (1833-1912): “la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles

CAPÍTULO I

*De los terrenos propios para el cultivo, y
manera de hacerse los barbechos, que
decimos rozas.*

*Buscando en donde comenzar la Roza,
De un bosque primitivo la espesura
Treinta peones y un patrón por jefe
Van recorriendo en silenciosa turba.*

*Vestidos todos de calzón de manta
De camisa de coleta cruda,
Aquél a la rodilla, ésta a los codos,
Dejan sus formas de titán desnudas.*

*El sombrero de caña con el ala
Prendida de la copa con la aguja,
Deja mirar el bronceado rostro,
Que la bondad y la franqueza anuncia.*

*Atado por detrás con la correa
Que el pantalón sujeta a la cintura,
Con el recado de sacar candela,
Llevan repleto su carriel de nutria.*

*Envainado y pendiente del costado
Va su cuchillo de afilada punta;*

*En fin, al hombro, con marcial despejo,
El calabozo que en el sol relumbra.*

*Al fin eligen un tendón de tierra
Que dos quebradas serpeando cruzan,
En el declive de una cuesta amena
Poco cargada de maderas duras.*

*Y dan principio a socolar el monte
Los peones formados en columna;
A seis varas distante uno de otro
Marchan de frente con presteza suma.*

*Voleando el calabozo a un lado y otro,
Que relámpagos forma en la espesura,
Los débiles arbustos, los helechos
Los bejucos por doquiera truncan.*

*Las matambas, los chusques, los carrizos,
Que formaban un toldo de verdura,
Todo deshecho y arrollado cede
Del calabozo a la encorvada punta.*

*Con el rostro encendido, jadeantes,
Los unos a los otros se estimulan;
Ir adelante alegres quieren todos,
Romper la fila cada cual procura.*

Cantando a todo pecho la guavina,

labores, por la simpatía de su cantor al asunto y por la música del verso” (p.58). El texto completo de esta obra en verso, fue publicado en el periódico La Restauración, que se hacía en la imprenta de Isidoro Isaza. Unos meses después, el impresor decidió hacer una edición independiente, en formato de novenario,

que salió a la luz a principios de 1867. El prólogo a esta modesta edición, también en verso, fue escrito por Camilo Antonio Echeverri, el famoso “Tuerto” Echeverri.

*Canción sabrosa, dejativa y ruda,
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fue su cuna.*

*No miran en su ardor a la culebra
Que entre las hojas se desliza en fuga,
Y presurosa en su sesgada marcha,
Cinta de azogue, abrillantada ondula;*

*Ni de monos observan las manadas
Que por las ramas juguetonas cruzan;
Ni se paran a ver de aves alegres
Las mil bandadas, de pintadas plumas;*

*Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
Ni las nubes de insectos que pululan,
Ni los verdes lagartos que huyen listos,
Ni el enjambre de abejas que susurra.*

*Concluye la socola. De malezas
Queda la tierra vegetal desnuda.
Los árboles elevan sus cañones
Hasta perderse en prodigiosa altura,*

*Semejantes de un templo a los pilares
Que sostienen su toldo de verdura;
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa bóveda verde altas columnas.*

*El viento, en su follaje entretejido,
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura.*

*Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.*

*De sus copas galanas se desprende
Una constante, embalsamada lluvia
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.*

*Muestra el cachimbo su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura
En la fiesta de Corpus, lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.*

*El guayacán con su amarilla copa
Luce a lo lejos en la selva oscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua oculta.*

*El azuceno, el floro-azul, el caunce
Y el yarumo, en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa ondula.*

*Y sobre ellos gallarda se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.*

*Ved otra vez a los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan;
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.*

*Su alegre charla, sus sonoras risas,
No se oyen ya, ni su canción se escucha;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.*

*En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.*

*Y a dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes,
Cansan los ecos de la selva augusta.*

*Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan;
A cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...*

*Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva
Empieza a descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apañuscan;*

*Y silbando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba.
Sobre el tronco el peón apoya el hacha
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.*

*Las tres partidas observad. A un tiempo
Para echar una galga se apresuran;
En tres faldas distintas, el redoble*

Se oye del hacha en variedad confusa.

*Una fila de árboles picando
Sin hacerlos caer, está la turba,
Y arriba de ellos, para echarlo encima,
El más copudo por madriño buscan.*

*Y recostando andamios en su tronco
Para cortarlo a regular altura,
Sobre las bambas y al andamio trepan
Cuatro peones con destreza suma.*

*Y en rededor de corpulento tronco
Sus hachas baten y a compás sepultan,
Repiten hachazos sobre hachazos
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.*

*Y vencido por fin, cruje el madriño,
Y el otro más allá: todos a una,
Las ramas extendidas enlazando,
Con otras ramas enredadas pugnan;*

*Y abrazando al caer los de adelante,
Se atropellan, se enredan y se empujan,
Así arrollados en revuelta tromba
En trueno sordo, aterrador retumban.*

*El viento azota el destrozado monte,
Leves cortezas por el aire cruzan,
Tiembra la tierra, y el estruendo ronco
Se va a perder en las lejanas grutas.*

*Todo queda en silencio. Acaba el día,
Todo en redor desolación anuncia.*

*Cual hostia santa que se eleva al cielo
Se alza callada la modesta luna.*

*Troncos tendidos, destrozadas ramas,
Un campo extenso desolado alumbra,
Donde se ven como fantasmas negros
Los viejos troncos, centinelas mudos.*

CAPÍTULO II

*Que trata de la limpia y abono de los
terrenos, muy especialmente por el método de
la quema. De la manera de hacer las
habitaciones, y de la siembra.*

*Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda a la Roza, vertical su rayo;
Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano.*

*Las hojas en las ramas se encartuchan,
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Las secas cortezas se desprenden
De trecho en trecho de los troncos largos.*

*Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guadua ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.*

*Ya el verano llegó para la quema;
La Candelaria ya se va acercando;
Es un domingo a mediodía. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.*

*Por la orilla del monte los peones
Vagan al rededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.*

*Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo
Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.*

*Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba a los tendidos palos;
Prende en las hojas y chamizas secas,
Se avanza, temblante, serpeando.*

*Vése de lejos la espiral del humo
Que tenue brota caprichoso y blanco,
Lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.*

*La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en los nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea,
Lenguas de fuego por doquier lanzando.*

*Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado
Se alza a los cielos, o a lo lejos prende
Nuevas hogueras con creciente estrago.*

*Ensondecen los aires el traquido
De las guaduas y troncos reventando,
Del huracán el mugidor empuje,*

De las llamas el trueno redoblado.

*Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan, el cielo encapotando
De un humo negro que arrebatada chispas,
Pardas cenizas y quemados ramos.*

*Aves y fieras asustadas huyen;
Pero encuentran el fuego a todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente.
Estrechando su círculo incendiario.*

*Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, al rededor volando,
Con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fue tan caro.*

*Aquí y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.*

*Del aire al soplo se dilata el humo
Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.*

*Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.*

*Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aún vivos del ardiente estrago,*

*Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.*

*El lunes de mañana los peones
Van, en la Roza, a improvisar un rancho;
Como hormigas arrieras se dispersan
Los materiales cada cual buscando.*

*Van llegando cargados con horquetas,
Estantillos, soleras, encañados,
Latas y paja y ruedas de bejuco,
Y todo en un plancito amontonando.*

*En línea recta clavan tres horquetas,
Y echan sobre ellas la cumbrera en alto
Para formar el rancho vara en tierra,
Con un pequeño alar al otro lado.*

*Atan los encañados con bejuco
En la larga cumbrera recostados,
Y formando sobre ellos una reja
Acaban de enlatar con ágil mano.*

*Empezando de abajo para arriba
El rancho en derredor van empajando;
Pajas diversas confundidas mezclan,
Palmicho, santainés y rabihorcado.*

*Y después de formarle el caballete
Lo dividen en dos con un cercado.
De un lado colocan la cocina,
De habitación les servirá el contrario.*

Hacen la barbacoa, en que colocan

*Las ollas, las cucharas y los platos;
Ponen la vara de colgar la carne,
Y las tres piedras de fogón debajo.*

*La piedra de moler en cuatro estacas
Aseguran muy bien, y en otras cuatro
Sientan una cuyabra aparadora,
Y a su lado, con agua, un calabazo.*

*Es hora de sembrar. Ya los peones
Con el catabre sembrador terciado,
Se colocan en fila al pie del monte,
Guardando de distancia cuatro pasos;*

*Y con un largo recatón de punta
Hacen los hoyos con la diestra mano,
Donde arrojan mezclada la semilla:
(Un grano de frisol, de maíz cuatro).*

*Dan con el mismo recatón un golpe
Sobre el terrón, para cubrir el grano,
Otros hoyos haciendo, en recto surco,
Siguen de frente y avanzando un paso.*

*Se miran desplegados en guerrilla,
Como haciendo ejercicio los soldados;
Como blancas manadas de corderos,
Sobre el oscuro fondo del quemado.*

*Cantando alegres, siempre la guavina,
Teñidos de carbón, siguen sembrando,
Haciendo calles paralelas, rectas...
Y al llegar la oración vuelven al rancho.*

CAPÍTULO III

*Método sencillo de regar las sementeras, y
provechosas advertencias para espantar los
animales que hacen daño en los granos.*

*Hoy es domingo. En el vecino pueblo
Las campanas con júbilo repican;
Del mercado en la plaza ya hormiguean
Los campesinos al salir de misa.*

*Hoy han resuelto los vecinos todos
Hacer a la patrona rogativa,
Para pedirle que el verano cese,
Pues lluvia ya las rozas necesitan.*

*De golpe el gran rumor calla en la plaza,
El sombrero, a una vez, todos se quitan...
Es que a la puerta de la iglesia asoma
La procesión en prolongada fila.*

*Va detrás de la cruz y los ciriales
Una imagen llevada en andas limpias,
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla.
Todo el pueblo la sigue, y en voz baja
Sus oraciones cada cual recita,
Suplicando a los cielos que derramen
Fecunda lluvia que la tierra ansía.*

*¡Hay algo de sublime, algo de tierno
En aquella oración pura y sencilla,
Inocente paráfrasis del pueblo
Del “Danos hoy el pan de cada día!”*

*Nuestro patrón y el grupo de peones
Mezclados en la turba se divisan
Murmurando sus rezos, porque saben
Que Dios su oreja a nuestro ruego inclina.*

*Pero, no. Yo no quiero con vosotros
Asistir a esa humilde rogativa;
Porque todos nosotros somos sabios,
Y no quisimos asistir a misa.*

*Y ya la moda va quitando al pueblo
El único tesoro que tenía.
(Una duda me queda solamente:
¿Con qué le pagará lo que le quita?)*

*Brotaron del maíz en cada hoyo
Tres o cuatro maticas amarillas,
Que con dos hojas anchas y redondas
La tierna mata de frisol abriga.*

*Salpicada de estrellas de esmeralda
Desde lejos la Roza se divisa;
Manto real de terciopelo negro
Que las espaldas de un titán cobija.*

*Aborlonados sus airosos pliegues,
Formados de cañadas y colinas;
Con el humo argentado de su rancho,
De sus quebradas con la blanca cinta.*

*El maíz con las lluvias va creciendo
Henchido de verdor y lozanía,
Y en torno dél, entapizando el suelo*

Va naciendo la hierba entretejida.

*Por doquiera se prenden los bejucos
Que la silvestre enredadera estira;
Y en florida espiral trepando, envuelve
Las cañas del maíz la batatilla.*

*Sobre esa alfombra de amarillo y verde
Los primeros retoños se divisan,
Que en grupos brotan del cortado tronco
A quien su savia exuberante quitan.*

*Ya llegó la deshierba; la ancha Roza
De peones invade la cuadrilla,
Y armados de azadón y calabozo
La hierba toda y la maleza limpian.*

*Queda el maíz en toda su belleza,
Mostrando su verdor en largas filas,
En las cuales se ve la frisolera
Con lujo tropical entretejida.*

*¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizarría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días.*

*El don primero que “con mano larga”
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;
El más vistoso pabellón que ondula
De la virgen América en las cimas.*

*Contemplad una mata. A cada lado
De su caña robusta y amarilla,*

*Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente juguetón mecidas.*

*Su pie desnudo los anillos muestra
Que a trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes,
En los cuales parece que se empina.*

*Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza a mostrar tímidamente
Sus blancos tilos la primera espiga,*

*Semejante a una joven de quince años,
De esbeltas formas y de frente erguida,
Rodeada de alegres compañeras
Rebosando salud y ansiando dicha.*

*Forma el viento al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.*

*Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando, las espigas,
Que sobresalen cual penachos jaldes*

*Brota el blondo cabello del filote,
Que muellemente al despuntar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.*

*La mata el seno suavemente abulta
Donde la tusa aprisionada cría,*

*Allí los granos, como blancas perlas,
Cuajan envueltos en sus hojas finas.*

*Los chócolos se ven a cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.*

*El pajarero, niño de diez años,
Desde su andamio sin cesar vigila
Las bandadas de pájaros diversos
Que hambrientos vienen a ese mar de
espigas.*

*En el extremo de una vara larga
Coloca su sombrero y su camisa,
Y silbando, y cantando, y dando gritos
Días enteros el sembrado cuida.*

*Con su churreta de flexibles guascas
Que fuertemente al agitar rechina,
Desbandadas las aves se dispersan.
Y fugitivas corren las ardillas.*

*Los pericos en círculos volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda
Y al aire su salvaje algarabía.*

*Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.*

*Meciéndose galán y enamorado
Gentil turpial en la flexible espiga,
Rubí con alas de azabache, ostenta
Su bella pluma y su canción divina.*

*El duro pico del chamón desgarrar
De las hojas del chócolo las fibras,
Dejando ver sus granos cual los dientes
De una bella al través de su sonrisa.*

*Su nido conoidal cuelga el gulungo
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla.*

*La boba, el carriquí, la guacamaya,
El afrechero, el diostedé, la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.*

CAPÍTULO IV

*De la recolección de frutos y de cómo deben
alimentarse los trabajadores.*

*Es un alegre amanecer de junio;
El sol no asoma, pero ya blanquea
Por el oriente el aplomado cielo
Con la sonrisa de su luz primera.*

*Ya dio el gurrí su fúnebre chillido
Largo y agudo, en la vecina selva;
Ya la roza se va cubriendo en partes
Con los jirones de su chal de nieblas.*

*Lanza la choza cual penacho blanco
La vara de humo que se eleva recta;
Es que antes que el sol y que las aves
Se levantó, al fogón, la cocinera.*

*Ya tiene preparado el desayuno
Cuando el peón más listo se despierta;
Chocolate de harina en coco negro
Recibe cada cual, con media arepa.*

*Con un costal terciado cada uno,
Todos saliendo van; sólo se queda
El muchacho que debe cargar agua,
Fregar los trastos y rajar la leña.*

*Van a coger frisoles; por la Roza
Los peones sin orden se dispersan
Cogiendo a manotadas los racimos
Que de las matas enredados cuelgan.*

*Los chócolos picados por las aves
Cogen también, y los que están en tierra
Echan en el costal y los revuelven
De los frisoles con las vainas secas.*

*El que llena su tercio a vaciarlo
Va en el rancho, y se vuelve a la faena;
Y llenando y vaciando sus costales
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.*

*Mientras que van y vuelven los peones
Que han almorzado ya, la cocinera
Infatigable y siempre con buen modo,*

Se ocupa sin cesar en sus tareas.

*En la misma cuyabra aparadora
Pone el maíz a remojar, y deja
La mitad para hacer la mazamorra,
La otra mitad para moler la arepa.*

*Era la cocinera una muchacha
Ágil, arrutanada, alta y morena,
Que su saya de fula con el chumbe
En su cintura arregazada lleva.*

*Descubiertos los brazos musculosos
Y la redonda pantorrilla muestra
Con inocente libertad, pues sabe
Que sólo para andar sirven las piernas.*

*Su seno prominente a medias cubre
La camisa de tira de arandela,
En donde se sepulta su rosario
Con sus cuentas de oro y su pajuela.*

*Un tanto cortas, negras y brillantes,
De su negro cabello las dos trenzas,
Rematando sus puntas en cachumbos
Graciosamente por la espalda cuelgan.*

*Pero vedla cascando mazamorra,
Moliendo en su trono, que es la piedra;
A su vaivén cachumbos y mejillas,
Arandelas y seno, todo tiembla.*

*Arreglado el fogón alza dos ollas,
Los frisoles echa en la pequeña;*

*Va en la grande a poner la mazamorra,
De su quehacer la operación más seria.*

*Se moja en agua-masa las dos manos,
Las pone encima de ceniza fresca,
Las sacude muy bien, y en la agua-masa
Las lava luego y la ceniza deja.*

*De agua-masa y arroz llena la olla,
Le echa la bendición, y la menea
Con el ahumado mecedor de palo;
Sopla el fogón y aviva la candela.*

*Acaba de moler, y con la masa
Va extendiendo en las manos las arepas,
Colócalas después en la callana,
Y tostadas de un lado las voltea.*

*Y luego las entierra en el rescoldo,
Y brasas amontona encima de ellas,
Y chócolos encima de las brasas
Pone a asar recostados a las piedras;*

*Estos se van dorando poco a poco;
Los granos al calor se caponean
¡Y exhalan un olor...! que aun los peones
Cuando vienen, un chócolo se llevan.*

*A las dos de la tarde suena el cacho
Para que todos hacia el rancho vengán,
Pues ya está la comida. Van llegando
En el suelo sentados forman rueda.*

El muchacho que ayuda en la cocina

*Reparte a los peones las arepas;
De frisoles con carne de marrano
Un plato lleno a cada par entrega.*

*En seguida les da la mazamorra,
Que algunos de ellos con la leche mezclan;
Otros se bogan el caliente claro,
Y se toman la leche con la arepa.*

*Medio cuarto de dulce melcochudo
Les sirve para hacer la sobremesa,
Y una totuma rebosando de agua
Su comida magnífica completa.*

*¡Salve, segunda trinidad bendita
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!
Con nombraros no más se siente hambre.
“¡No muera yo sin que otra vez os vea!”*

*Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes
Que sólo porque han ido a tierra ajena
Y han comido jamón y carnes crudas,
De su comida y su niñez reniegan,*

*Y escritores parciales y vendidos
De las papas pregonan la excelencia,
Pretendiendo amenguar la mazamorra,
Con la calumnia vil, sin conocerla.*

*Yo quisiera mirarlos en Antioquia
Y presentarles la totuma llena
De mazamorra de esponjados granos,
Más blancos que la leche en que se mezclan;
Que metieran en ella la cuchara,*

*Y la sacaran del manjar repleta,
Cual isla de marfil que en leche flota,
Como mazorca de nevadas perlas;*

*Y que dejando chorrear el claro
La comieran después, y que dijeran,
Si es que tienen pudor, ¿si con las papas,
Alguno habrá que compararla pueda?*

*¡Oh! ¡Comparar con el maíz las papas,
Es una atrocidad, una blasfemia!
¡Comparar con el rey que se levanta
La ridícula chiza que se entierra!*

*Y ¿qué dirían si frisoles verdes
Con el mote de chόcolo comieran
Y con una tajada de aguacate
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna...?*

*¿Si una postrera de espumosa leche
Con arepa de chόcolo bebieran,
Una arepa dorada envuelta en hojas,
Que hay que soplar porque al partirla
humea?*

*¿Y la natilla...? ¡Oh! la más sabrosa
De todas las comidas de la tierra,
Con aquella dureza tentadora
Con que sus flancos ruborosos tiemblan...*

*¡Y tú también, la fermentada en tarros,
Remedio del calor, chicha antioqueña!
¡Y el mote, los tamales, los masatos,
El guarrús, los buñuelos, la conserva...!*

*¡Y mil y mil manjares deliciosos
Que da el maíz en variedad inmensa...!
Empero con la papa, la vil papa,
¿Qué cosa puede hacerse.? No comerla.*

*A veces el patrón lleva a la Roza
A los niños pequeños de la hacienda,
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.*

*Sale la gritadora, alegre turba,
A asistir juguetona a la cogienda,
Con carrieles y jíqueras terciados
Cual los peones sus costales llevan.*

*¿Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta...?
¡A malaya volver a aquellos tiempos!
¡A malaya esa edad pura y risueña!*

*Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel,
Es el tesoro de la edad provecta.*

*También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.*

*Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre*

Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

*Pero, en tanto vosotros, pobres socios
De una Escuela de Artes y de Ciencias,
Siempre en medio de libros y papeles
Y viviendo en ciudades opulentas;*

*Nacidos en la alcoba empapelada
De una casa sin patios y sin huerta,
Y que jamás otro árbol conocisteis
Que el naranjo del patio de la escuela.*

*Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos
Se dieron en alfombras y en esteras
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!*

*¡Vosotros, que no os criasteis en camisa
Cruzando montes y saltando cercas,
¡Oh! no podéis saber, desventurados,
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!*

*¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros
De la helada vejez las horas lentas,
Si no tuvisteis perros ni gallinas
Ni habéis matado patos ni culebras?*

*No endulzarán vuestros postreros días
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre, uno por uno,
La imagen del solar, piedra por piedra;*

*Las sabaletas conservadas vivas,
Sirviendo de vivero una batea;*

*Las moras y guayabas del rastrojo,
El columpio del guamo de la huerta;*

*La golondrina a la oración volando
Alrededor de las tostadas tejas,
La queja del pichón aprisionado,
La siempre dulce represión materna;*

*La cometa enredada en el papayo,
Los primeros perritos de Marbella...
En fin... vuestra vejez será horrorosa,
Pues no habéis asistido a una cogienda.*

2.4.3 El Ocaso

(Montoya Montoya, R. 1960)

Morir

A mi amigo Demetrio Viana

*“al aliento del amor, no siempre
Desaparece el dolor, o el mismo hace
Otros dolores y angustias...”*

*¡Aleluya, aleluya! Ya la muerte
Con su dedo de hielo me tocó;
Si el fin de la vida es ése,
Mientras más cerca nuestro fin, ¡Mejor!*

*Poco sufre el que escucha su sentencia,
Y más si condenar es absolver,
Ese fallo infalible que se espera*

Poco le debe atormentar a él.

*Más tú dirás que la existencia es bella
Y que es negro y dudoso el porvenir...
Pero hoy es dudoso y nos aterrera,
¿No es más dudoso más allá ese fin?*

*Es muy buena la vida, como dices,
Puede un hombre viviendo ser feliz,
Pero sólo el momento en que nos ríe
La muerte amiga que nos llama a sí.*

*Si nadie se alza de su helada tumba,
Si no resucita nunca aquí,
¡Oh bendita la muerte, que asegura
Que jamás volvemos a vivir!*

*¿Dónde está la desgracia? ¿En dónde se halla,
Jamás felicidad, siempre dolor?
En la vida ¿No es cierto? Y si ella acaba
¿Será el morir felicidad, o no?*

*Pero hay hombres que adulan la existencia,
Optimistas en todo, como tú,
Que ufanos dicen: “Nuestra vida es prueba...”
Más ¿qué entre prueba y dicha hay de común?*

*La muerte que se acerca ¿a cuántos hace
Un delito cobarde suspender?
Pues ya próxima viéndola delante
¿Quién necio, la apresura, y para qué...?*

*La muerte nos reúne a los que antes
Alzaron vuelo a la feliz región...*

*Nuestras almas no pueden separarse...
Pero... ¿Al que vive hay que decirle adiós...?*

*¿Es preciso dejar a los que amamos?
¿Con que es MORIR también
SEPARACIÓN...?*

*Y a la esposa, a los hijos, madre, hermanos
¿Dejarlos y partir? ¡No Viana, no!*

*Yo no quiero morir...solo a lo menos,
Si es que deb
llorar alguien por mí
¡Yo no quiero morir...yo tengo miedo!
¡Oh miedo dde quedarme y de partir...!*

*¿Con que al cerrar mis ojos, ojos yertos,
Alrededor de mi desierto hogar,
(¡Mi hogar, mi hogar...! ¡Qué digo! ¡Hogar
ajeno!)*

¿Los que ven mi partida llorarán...?

*¿Con qué pudiera yo evitar de Julia
Una lágrima sola, una no más...
Con solo no morir? Demetrio busca
Un remedio eficaz para mi mal...*

*¡Ella y ellos dispersos sufriendo...
Y tal vez tanto como sufro yo...!
¡Yo no quiero apartarme nunca de ellos...!
¡Yo no quiero morir...! ¡Gracias a mi Dios!*

*¡Prolóngame la vida mientras vivan
Los que me obligan hoy abandonar...!
¡Haz, mi Dios, que me quede o que me sigan!*

¡Pero yo solo, no, Dios de bondad...!

*Ellos sin í, ¿qué harán? ¡Oh! ¡la miseria,
Que ha incado ya sus garras de metal,
Seguirá si me voy...! ¡Necio! ¡Si ella
Sólo por mí la experimentan ya...!*

*¡Oh! ¡y eso es verdad! ¡Soy un estorbo...!
¡No puede estar la dicha en donde estoy...!
¡Aleluya, aleluya...! Reconozco
Que sí debo morir... ¡Lo quiere Dios!
1869*

1869. A Julia

*“Juntos tú y yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor,
A ti vencido yo, tú a mi vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos”.*

*Así te dije; ¡Oh Dios!... ¡Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó.*

*¡Con cuánto orgullo yo añadí: mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.*

*¡Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer:
Más el débil fui yo, yo fui el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.*

*Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en qué morir.*

*Basta para una vida haberte amado:
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Más sólo incontrastable hallé mi amor.*

*Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí...
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!*

*Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.*

*Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.*

*Fue desigual la unión de nuestros lares:
Yo con mis fallas, tú con la virtud,
Tú dándome tú amor, yo mis pesares...
¡Oh! ¡Debiste salvarte, sola, tú!*

*Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como debes hallar
Un consuelo supremo, Julia escucha:
Si no como antes, nos amamos más.*

1869

¡A nada!

(Estaba un día el poeta ocupado, y quizá de mal humor, cuando le presentaron un merengue que le enviaba su amiga Edelmira, con este recado: “Que le diga a qué sabe”; a lo cual contestó: “Dígale que a nada”. La obsequiosa señorita, que a su vez había recibido como regalo el exquisito merengue de manos de unas amigas suyas, no quedó naturalmente muy satisfecha con la contestación; así se lo manifestó al poeta apenas le vio, y él entonces, en desagravio, le escribió estos versos).

“...líquida de nuestras cosas terrenales...”

I

*¿Me preguntas, Edelmira,
A qué me supo esa pasta
Llamada por ti merengue?
Pues oye: me supo a nada.
A nada, muy formalmente
Te lo repito: esto basta.*

*El sabor es, Edelmira,
Cual la voz, cual la mirada,
Cual todo lo que sentimos
Y cuyo juez es el alma.*

Y si no, dime, ¿qué dicen
 Los pájaros cuando cantan?
 ¿Qué dicen cuando murmuran
 En blancas guijas las aguas?
 ¿Qué dice la blanda brisa
 Cuando tropieza en las ramas,
 Y el fiero mar que se escucha
 Cuando colérico brama?

¿Qué los truenos cuando rugen
 Y entre las nubes estallan?
 ¿Qué los volcanes publican
 Cuando vomitan su lava?
 ¿Qué se oye, di, cuando suenan
 Repicando las campanas,
 Y de un péndulo el latido,
 Y el de un perro cuando ladra?
 Dime, ¿no es cierto, Edelmira,
 Que brisas, rumores, auras,
 Truenos, volcanes, sonidos,
 Son mudos, no dicen nada?

¿No has visto tú algunos ojos
 Que nos miran y que callan?
 ¿No has visto algunas sonrisas
 Que entre dos hoyuelos vagan
 Bajo naciente bozo

Furtivamente se escapan?
 ¿Qué dicen esas sonrisas,
 Mudo lenguaje del alma?

En el campo, a la oración
 ¿No has estado reclinada
 Mirando pasar las nubes

Que en mil grupos se abrigantan,
 Que se escarmenan, se apiñan,
 Negras, plumizas o blancas,
 Cuando el sol al esconderse
 Débiles rayos les lanza?
 Y allí mismo en esas horas

En el césped recostada,
 ¿No oíste mugir los toros,
 No oíste bramar las vacas,
 Y del caballo el relincho,
 Y el balido de las cabras,
 Currucutear las palomas,
 Y al gallo cantar, si canta?
 ¿No oíste de las gallinas
 La monótona algazara,
 Cuando disputan un puesto
 De un árbol entre las ramas,
 Y susurrar las abejas
 Cuando anhelantes enjambran,
 Y a la torcaz que solloza
 Cuando todo rumor calla?
 Edelmira, di, Edelmira,
 Todo esto, ¿qué dice? Nada.

II

A nada, es decir, a todo,
 Porque esta palabra vaga,
 Como el maná del desierto
 A cualquier gusto se adapta.
 Se escucha lo que se quiere
 Porque es fotógrafa el alma,
 Y con su luz un deseo

Es realidad y resalta.

*Y si no, dime, Edelmira,
 Cuando los pájaros cantan,
 ¿No te expresan lo que anhelas,
 Lo mismo que oculto guardas?
 Cuando las aguas murmuran,
 ¿No responden en su habla
 A una pregunta secreta
 Que estás haciendo aunque callas,
 Respuesta que a nadie pides,
 Pero que confiada aguardas?
 Y en las brisas apacibles
 Cuando sacuden sus alas,
 ¿No escuchas en tus oídos
 Los mil suspiros que pasan?*

III

*Nos forja la fantasía
 Lo que la mente anhelara,
 Y oímos lo que queremos
 Si repican las campanas,
 Si mugen fieros los toros,
 Si braman tiernas las vacas,
 Si melancólica arrulla
 La paloma enamorada,
 Si el relincho percibimos
 Del alazán cuando escarba,
 El ladrido de los perros,
 El gallo criollo que canta,
 La torcaz que se lamenta,
 Las cabras cuando balan.*

*El mar, el volcán, el trueno
 ¿No te espantan cual te espanta
 La realidad de un martirio
 Que sus sonidos retrata?
 En las nubes caprichosas,
 Que tímidamente vagan,
 ¿No ves fantasmas, vestiglos,
 Demonios, ángeles, hadas,
 De púrpura inmensos ríos,
 De plomo negras montañas,
 Formando así tu capricho
 La figura deseada?*

*Las sonrisas dicen mucho,
 Dicen más que las palabras,
 Crepúsculo vespertino
 Tinte róseo del alba,
 Ya sean de ira o despecho,
 Ya de amor o de esperanza.
 Y los ojos, oh Edelmira,
 El telégrafo del alma,
 ¿Cuántas cosas no nos cuentan
 ¿on una sola mirada?*

*¡Oh! Cuán amargas las penas
 Son en las horas calladas
 De una noche de aflicción...
 ¡Tan lentas horas no acaban!
 Y por eso los murmullos
 Que llegan a la almohada
 Nos dicen cosas tan tristes,
 Que mejor fuera ignorarlas.
 Y si postrada en el lecho
 Sientes la fiebre que mata,*

*¿No oyes que el péndulo imita
De la muerte las pisadas,
Cuando palpitando acordes
¿Tu sien y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
Compás acordado marcan,
A la sangre que circula
Y al tiempo fugaz que pasa.*

*En fin, sonidos, rumores
Sombras, sonrisas, miradas,
Volcanes, nubes y truenos
Dicen todo, o dicen nada.*

IV

*Convengamos, Edelmira,
En que no sabiendo a nada
Ese merengue exquisito,
Mil cosas ocultas guarda.
Yo al probarlo estaba viendo
Esas manos delicadas
De las graciosas criaturas
Que aéreas cosas amasan;
Creí que estaba leyendo
El interior de sus almas,
Y en su limpio fondo escritas
Sus ilusiones galanas.
Me supo, y me supo a mucho,
Porque no me supo a nada...
Y veía, sobre todo,
Que aquella bendita pasta,
Pasando antes por las tuyas,
Luego a mis manos llegaba;*

*Y pensando en ti leía
Lo que allá en tu pecho pasa,
Donde a leer he aprendido
Por tu voz y tu mirada.*

*Concluyamos, Edelmira,
¿A qué me supo esa pasta?
A lo mismo que estos versos:
Me supo a todo y a nada.*

1871

La oración

*Bien hace aquel que prosternado cae
Y confiesa y alaba a su Señor;
Creer y confesar tal vez lo salven,
Pero es dulce, es mejor pedirle a Dios.*

*Confiad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.*

*Las plegarias, que son alas del alma,
La llevan recta hasta encontrar a Dios,
Y oración que a su trono se levanta
Baja trayendo alguna bendición.*

*Pedidle a Aquél en cuya mansa boca
Tantas promesas para todos hay;
No temáis implorarle a todas horas;
Creed en el Pedid y se os dará.*

*Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
(¡Misterioso poder de la oración!),
Encontraréis de los pedidos bienes
Después de orar, necesidad menor.*

1872

2.4.4 Obra dispersa

En la transcripción de los textos que a continuación se presentan, se ha respetado el uso original del lenguaje de acuerdo al año de su escritura.

A Temilda

*Mis ojos, Temilda, te vieron un día...
¡Te vieron tan niña i hermosa a la par...!
Yo entonces los sueños de niño tenía
Que entonces gozaba de niño la edad.*

*Entonces forjaba mi mente ambiciosa
¡Historias tan bellas de amor i placer...!
Mi pecho inocente, fantástica, hermosa
Con formas de cielo forjó una mujer...*

*I yo la adoraba sin verla siquiera,
Sin ver de sus ojos brillantes la luz;
I ya devoraba mi pecho esa hoguera
Que ardiente consume mis años aún.*

Entonces mis ojos te vieron un día,

*Te vieron tan niña, tan bella a la par;
I al punto mis sueños de niño murieron
I vi realizado del pecho el afán.*

*I vi que era tuyo
El casto diseño
Que ardiente en mi sueño
Formara el amor.
Aún antes de verte,
Temilda, te amaba,
I ya palpitaba
Por ti el corazón.*

*Mi labio callado
Jamás ha podido
Verter atrevido
Palabras de amor.
Ni el llanto mis ojos
Ardiente ha empañado...
Jamás te he mostrado
Mi oculta pasión*

*I tú no sabes que te adoro ciego;
Que es inocente i tímido mi amor;
No tienen junto a ti mis ojos fuego,
Ni mi labio callado tiene voz.*

*Más tú inocente gozas descuidada
Los bellos años de tu tierna edad;
Sigue feliz la senda que esmaltada
De bellas flores para ti estará.
Mas si me amaras... ese amor de niño
¿Podría tu vida conservar feliz?
No, nunca se olvida ese cariño*

Que hemos sentido en nuestra edad pueril.

*Somos niños aún... de la existencia
Vamos al mar atravesar los dos,
Mas tú con tu candor i tu inocencia
I yo con mis pesares i mi amor.*

Bogotá, 17 de mayo de 1844

El cementerio

*Hora fatal en que la luz perece,
Y en que el horror de las tinieblas
crece.*

MACBETH.

*Sobre ignorada tumba solitaria
A la luz amarilla de la tarde,
Voi a ofrecer al cielo mi plegaria
Por la mujer que amé.*

ZORRILLA.

*De púrpura i grana los cielos teñía
El sol esplendente ocultando su faz;
La nube vagando su rayo encubría,
La niebla su disco siguiendo fugaz.*

*Con paso tardío su faz macilenta
Allá en el ocaso se ve sumergir:
Los grupos de nubes que el cielo presenta
Parece su carro mortuorio seguir.*

Cual fúnebre cuadro de un ser moribundo

*Que baja al sepulcro del regio dosel,
I el pueblo agrupado con duelo profundo
Le sigue enlutado llorando en tropel.*

*Se avanzan las sombras con paso importuno
I enluta la tierra su negro capuz;
No luce en el cielo vestigio ninguno
De rayo amarillo de pálida luz.*

*En este momento, la tierra adormida
En sueño profundo parece que está...
Tan sólo se escucha vagando perdida
La voz agorera del ave que va...*

*Un círculo extenso, santuario medroso,
Se ve con la luna que empieza a lucir...
Es, ¡ai! el recinto de eterno reposo
Aguarda a los hombres que habrán de morir.*

*El sordo murmullo que elevan las gentes
No llega a esa triste luctuosa mansión;
I nunca las voces de alegres vivientes
La calma interrumpen del vasto panteón.*

*Los vicios i el crimen, calumnia i mentira...
Mezclados se observan allá en la ciudad,
I en este recinto tan sólo se mira
Emblema siniestro de eterna verdad.*

*Los sauces inclinan su copa flexible
Las horas midiendo con lento compás,
Su frente anunciando que fuera imposible
Parar de los tiempos el curso fugaz.*

*Las tumbas se elevan de sombras cubiertas
Que apenas se miran en la oscuridad...
Son tristes entradas que se hallan abiertas
Del mundo de ensueños a la eternidad.*

*El silbo medroso del soplo del viento
Entrando a las tumbas que abiertas se ven,
Parece recuerda con lúgubre acento
El vago murmullo del tiempo que fue.*

*Un bulto se observa que puesto de hinojos
Al mármol apoya la pálida faz
Do dice: “De un joven los tristes despojos
En este sepulcro descansan en paz”.*

*Es, ¡ai! una virgen que lánguida asienta
Sobre ese sepulcro doliente la sien;
Cual blanca azucena que el aura violenta
Sumerge en el lodo con crudo vaivén.*

*Parece la blanca visión vaporosa
De un alma que viene su cuerpo a buscar...
De un ángel la sombra fugaz, misteriosa,
Que vienen las tumbas con llanto a regar...*

*Ni un ¡ai! ni un gemido su pecho despide,
Agitan sus miembros convulso temblor...
Los ojos alzados, parece que pide
Al cielo irritado le preste favor...*

*Su labio encendido posando ardorosa
Do se hallan los restos de aquel que adoró,
Aguarda que un beso de fuego en la losa
Anime al cadáver que vida perdió...*

*Sus cárdenos labios de pronto balbucen,
I en súbito fuego se siente abrasar,
Las fuerzas recobran, sus ojos relucen
Con brillo funesto que causa el pesar.*

*Los clava en el cielo, su fija mirada
Parece la esfera celeste romper;
Levanta las manos i en tierra postrada
De Dios los arcanos pretende saber.*

*“¡Oh! bárbaro cielo, prorrumpe afligida:
“¿Do está tu justicia? ¿Dó está tu favor?
“¿Por qué me quitaste la prenda querida?
“¿Do se halla mi gloria, mi dicha i mi amor?”*

*“¿Por qué no descarga tu brazo irritado
“su cólera injusta sobre otro mortal?
“¿Por qué tu justicia perdona al malvado
“I sólo a los justos repartes el mal?”*

*“¿Por qué de la vida borraste su nombre,
“su nombre inocente que intacto guardó?
“¿Así recompensas, Señor, aquel hombre
“que sólo en servirte su dicha cifró...?”*

*“¡Oh! vuelve a la vida sus caros despojos,
“que vuelva con ellos el bien que perdí...
“Si puede mi vida calmar tus enojos
“envía furibundo tu rayo hacia mí...”*

*“¿I es cierto que a ese sepulcro sombrío
“no llega este llanto que surca mi faz?
“¿I es cierto que el hombre que muere,*

¡Dios mío!

¿A ver a su amada no vuelve jamás...?

Calló... sus facciones el brillo perdieron

I al pie de su tumba la virgen cayó...

Calló... sus palabras heladas murieron;

Sacrílego el labio por siempre selló...

Estállase el rayo, el trueno retumba,

Con furia bramando sopló el huracán...

Parece que sale una voz de la tumba

Que en roncos acentos repite: "JAMAS".

Bogotá, 8 de junio de 1844

A una amapola

(Nacida en una calavera)

¿Cómo te atreves amapola hermosa

Con tus aromas i tu pompa vana,

A presentarte altiva i presuntuosa

¿Entre despojos de la muerte insana?

¡Oh! bella flor, ufana i voluptuosa;

Mecida al soplo de las auras leves,

Tú ignoras, triste, en tu vivir gustosa

Que a un cráneo humano tu existencia bebes.

En el despojo de un mortal naciste,

Ser recibiendo de quien ser no tiene,

I tú mañana no sabrás quien fuiste

Pues todo el tiempo a confundirlo viene.

Observa que a tus pies más noble yace

De un ser más grande el insepulto resto,

Que a tu tallo gentil sirve de brazo

I a tu pompa dirige el torvo gesto.

No atiendas a las auras que te mecen,

No altiva mires el azul del cielo,

Ni a las plantas que en torno de ti crecen

I son adorno del nutriente suelo.

Mira tan sólo tu vivir fugaz,

Mira tu origen, mira tu existir,

Mira a tus pies la denegrida faz

Del solo escombros del fatal morir.

Amapola, tú descuellas

En este vasto vergel,

I te presentas en él

Como mágica ilusión.

Pues nacida en ese cráneo

Eres un fantasma hermoso

Que se eleva voluptuoso

Sobre el inmundo panteón...

Presto secará tu tallo,

I por el suelo arrastrada

Será cifra de la nada

Como tu cimientó fue.

Serás del viento juguete

Con tu tallo carcomido,

De ese cráneo desprendido

Que miras hoy a tu pie.

I entre tanto te glorías

De tu efímera belleza,
 I levantas la cabeza
 Con tu donaire gentil.
 I tus pendones de púrpura
 Despliegas al viento ahora
 Que el aliento de la aurora
 Cubre de aljófar sutil.

Bella flor, pues que a la suerte
 Le plugo hacernos iguales,
 Sufrimos los mismos males
 I ambos sufrimos sin fin.
 En mis tétricos delirios
 Yo no quiero otro consuelo
 Que correr el denso velo
 Que oculta nuestro existir.

Si a ti te azotan los vientos
 Doblando tu verde tallo,
 I con cobarde desmayo
 Inclinas tu copa al pie,
 Así las fieras pasiones
 Han marchitado de mi alma
 La dulce i tranquila calma
 Del tiempo alegre que fuera.

Si un botón en tu corola
 Tus blandas hojas mantienen,
 I del empuje sostiene
 Del huracán tu carmín,
 Así el alma al crudo soplo
 Se opone de mis pasiones
 I me sirve en ocasiones
 De escudo para vivir.

Si tú un momento te acuerdas,
 Miras bajo de ti,
 Un sepulcro ves allí
 A tu tallo de abedul.
 I si mis ojos yo torno
 Para ver mi situación,
 Bajo los pies un panteón
 Descubro, i un ataúd.

Van tus hojas desprendidas
 Cayendo de una en una,
 I el aura arrastra importuna
 Por el suelo sin piedad.
 Van mis bellas ilusiones
 Una tras otra cayendo,
 Con el tiempo que va huyendo
 A hundirse en la eternidad.

Al despuntar de la aurora,
 Sobre tu seno vacío,
 Una gota de rocío
 Abrigas con candidez.
 Un porvenir lisonjero
 I una aureola de gloria,
 Abrigaba en la memoria
 De mi tímida niñez.

Pero, ¡ai! que el sol se adelanta,
 I desatada en vapor
 Vuela de tu seno, flor,
 Esa gota de zafir.
 Pero, ¡ai! que corren los años
 I vuela el fantasma hermoso

*Con que pinta dichoso
Mi niñez, el porvenir.*

*Hoi vives tú descuidada
Sin mirar en lo futuro;
Mañana el destino duro
Tu existencia agotará.
Hoi vivo sufriendo yo
I mañana carcomida
O gozando de mi vida
Mi existencia acabará.*

*Bella flor, pues que a la suerte
Le plugo hacernos iguales,
Sufrimos los mismos males,
I ambos sufrimos sin fin,
En mis tétricos delirios,
Yo no quiero otro consuelo
Que correr el denso velo
Que oculta nuestro existir.*

*Tan sólo, bella amapola,
Quisiera que junto a mí
Pasaras la vida aquí
Para juntos expirar.*

*Que el cielo benigno hiciera
Iguales a nuestros años,
Ya que ha querido, los daños
I los bienes igualar.*

*Mas ya, amapola, que el eterno quiso
Nuestra existencia desigual hacer
I lo que el Dios omnipotente hizo*

Jamás el hombre lo podrá romper.

*Tan sólo pido a la semilla hermosa
Que aprisionada guarda tu botón,
Que alrededor de mi marmórea losa
Nazcan flores en varia profusión.*

Bogotá, septiembre de 1844

Hoy cumplo diez y nueve años

*¡Felices ¡ai! los que jamás nacieron
¡I no el placer con el dolor compraron!
¡Ni de éste los torrentes apuraron!
Ni sus labios en aquél humedecieron.*

Anónimo

*¿Qué es la vida en el curso de los siglos?
¿Qué son los goces de la vida humana?
Pálida sombra que al llegar mañana
Furioso arrastra el huracán tras sí.
Nace el hombre rodeado de ilusiones
En un mundo de amor i de esperanza;
Su débil mente al porvenir se lanza
Creyendo dichas encontrar allí.*

*Huye cual humo la niñez tranquila
I entre el mortal en el dormido mundo,
I del dolor fatídico i profundo
La copa apura como yo apuré.
Son los siglos un libro do ve escrito
De su historia feliz, triste resumen,*

*I en sus años, las hojas del volumen,
Solo desgracias e infortunios lee.*

*Yo también he sentido marchitarse
Con el tiempo la flor de mi existencia,
I he sentido en temprana adolescencia
Que envuelta en duelo mi existencia va.
Tan sólo he visto diez i nueve veces
Rodar los años en mi joven frente,
I ya manchada con el soplo ardiente
De las pasiones su inocencia está.*

*¿Por qué quiso el destino que salvara
¿El linde infausto de la infancia bella...?
Huyó la dicha i el placer con ella
I la inocencia para siempre huyó.
I es esta ¡ai Dios! la época dichosa
¿De gentileza i de dorados sueños...?
¿I son los años mágicos, risueños
¿I venturosos los que cuento yo...?*

*¿I ha de llegar un tiempo en que infeliz
La edad presente ya pasada llore,
I en que la necia juventud adore
¿Cómo perdido i delicioso bien...?
No, no envidiemos esa edad funesta
En que la pena nuestra dicha ofusca,
I en que el mortal entre tormentos busca
Una corona para ornar su sien.*

*¡Maldecida ambición...! siempre he corrido
Tras esa ninfa engañadora “Gloria”;
I he soñado salvar con mi memoria
Mi oscuro nombre del olvido atroz...*

*En vano busco inspiración; el genio
Su influjo no me da grato i seguro;
E ignorado vivir, morir oscuro,
Es del destino la tremenda voz.*

*I una lira tan sólo en mi desgracia
Que en mi dolor al modular suspira
Mi compañera es; mas una lira
De moribundo i destemplado son;
Una lira en que ensayo los cantares
De placer i de amor; pero templada
Con llanto i con dolor, trina angustiada
La amargura que appena al corazón.*

*Es mi laúd la imagen de mi pecho,
Pues si canto el placer me da tristeza,
I si quiero entonar dulce ventura
Esta respuesta al resonar me da:
“Tan sólo has visto diez i nueve veces
“rodar los años por tu joven frente,
“i ya manchada con el soplo ardiente
“de las pasiones tu inocencia está”.*

Bogotá, 9 de mayo de 1845

Canto de un bandido a su trabuco

*Condenado estoy a muerte,
yo ¡me río!
ESPRONCEDA.*

¡En vela, trabuco, en vela,

*cerca de mí;
que no hai igual centinela
junto a ti!*

*¡Oh mi amado trabuco! única herencia
que mi padre muriendo me legó...
En mi niñez con tímida inocencia
junto a mi cuna te mantuve yo.*

*Ven, amado trabuco, donde quiera
que yo vaya a ocultar mi desnudez...
Fuiste el apoyo de mi edad primera,
i serás el bordón de mi vejez.*

*Era el arrullo para mí más caro
de tu descarga el apacible son,
i en mi largo i funesto desamparo
era mi único amigo tu cañón.*

*¡En vela, trabuco, en vela,
cerca de mí!
¡Que no hai igual centinela
junto a ti!*

*A nadie temo junta a ti, trabuco,
que los esbirros vengan contra mí,
que en estos bosques yo los embauco,
la defensa la confiero a ti.*

*¿Quién al trabuco, en mi cintura
acercarse osará junto al ladrón?
si viene a buscarme a esta espesura
ha de encontrar la bala de tu cañón.*

*¡Que nadie pase sin pagar tributo!
¡Sin que la bolsa arroje a nuestros pies!
Nunca de grado, por la fuerza el fruto
de la victoria más glorioso es.*

*¡En vela trabuco, en vela,
cerca de mí!
¡Que no hai igual centinela
junto de ti!*

*Sin vida dejarás al pasajero
que ose atrevido tu valor probar,
i yo al cadáver quitaré el dinero,
¡i en sus entrañas clavaré el puñal!*

*Agonizando déjale que pida
revolcando a mis plantas compasión,
¡Déjale un resto para mí de vida,
que no sea sólo para ti el blasón!*

*¡Que palpitantes pueda sus entrañas
i su sangriento corazón rasgar!
¡Ya que cobarde en sangre no te bañas
déjame en sangre con furor bañar!*

*¡En vela trabuco, en vela,
cerca de mí!
¡Que no hai igual centinela
junto de ti!*

*¡Fuego! trabuco, ¡fuego! ¡i que se vierta
a torrentes la sangre del mortal!
¡La demás dicha para mí es incierta,
sólo gozo en la sangre i el metal!*

*Ven, i las penas partiré contigo
i las dichas que da la juventud.
¡Ven, i que al verte en compañía conmigo
tiemble cobarde, imbecil, la virtud!*

*Saqueo, rapiña, sangre, i exterminio,
violencia i muerte, mi elemento son,
lo creado todo está bajo el dominio
i en todo manda como yo el ladrón.*

*¡En vela, trabuco, en vela,
cerca de mí!
¡Que no hai igual centinela
junto de ti!*

*Era el arrullo para mí más caro
de tu descarga el apacible son...
i en mi largo i funesto desamparo
será mi único amigo tu cañón.*

*¡Alerta, trabuco! ¡En vela!
¡Vela por mí!
¡Que el más bravo centinela
es nada junto de ti!*

Bogotá, 15 de junio de 1845

A M. J. B. En su día

*No son tan bellos como tú los ángeles
que envuelve Dios en misterioso velo,
i los cantos que entonan en el cielo*

son menos dulces que tu dulce voz.

*El nuevo sol de tu natal alumbra
de tus miradas el fulgor divino,
donde esculpido miro mi destino,
do el porvenir descifro de los dos.*

*Cuando otra vez el rayo matutino
del sol alumbre tu semblante hermoso...
nuevos años te dé, también gozoso
con la tuya mi dicha alumbrará.*

*I en cada luz que tu natal anuncie
de nuevas gracias te veré adornada;
veré en tu frente la virtud grabada
que del tiempo la mano dejará.*

*Sí, que a tu lado me veré algún día,
veré premiada mi pasión ardiente,
cuando al fin con tu labio balbuciente
el juramento de tu fe me des.*

*Entonces, ¡ai! los perezosos años
volarán en su curso presurosos,
porque miran entonces envidiosos
que soi feliz a tus divinos pies.*

Bogotá, 18 de noviembre de 1845

Adiós Temilda

*Ya de mi cítara
las tristes cuerdas*

*sólo entre lágrimas
darán su voz...
¡Adiós bellísima
Temilda ingrata,
mi labio trémulo
te dice adiós!*

*¡Adiós, Temilda ingrata!
mi enamorado acento
vagando por el viento
jamás a ti llegó.
Yo parto, i la distancia
de ti ya cruel me aleja,
mas deja ingrata, deja
que al fin te diga adiós.*

Ya de mi cítara...

*Jamás a tus oídos
llegaron ardorosas
palabras amorosas
vertidas por mi amor.
Tan sólo en mis miradas
brilló mi amante hoguera,
de amor la voz primera
será mi último adiós.*

Ya de mi cítara...

*Después que tus encantos
tan sólo me dejaron
mis años marchitaron,
angustias i dolor.
Olvida tus desdenes,*

*i escúchame siquiera
de amor la voz postrera
que humilde dice adiós.*

Ya de mi cítara...

*Por ti bajo al sepulcro,
pues ya la tumba helada
la tiene preparada
mi delirante amor...
I estando tú en los brazos
de algún dichoso amante,
tal vez agonizante
te estoi diciendo adiós.*

Ya de mi cítara.

Bogotá, 31 de diciembre de 1845

En un álbum

*En otro tiempo con mi pobre lira
quise exhalar del pecho la amargura;
mas no acogió mis cantos la hermosura,
ni de la gloria los laureles vi...*

*Entonces arrojé el inútil plectro
que entre mis manos colocó el destino,
i de la gloria abandoné el camino,
i ese mundo de luz en que viví.*

*Pero te he visto como el blanco arcángel
que arrulla al niño en su inocente sueño,*

*vagando en mi redor puro i risueño,
prestar inspiración a mi laúd.*

*Miré lucir en tus hermosos ojos
un destello de luz puro i ardiente,
que mata el corazón i vi en tu frente
el trono de hermosura i juventud.*

*Miré vagar la angelical sonrisa
entre tus labios de carmín, hermosa,
i he mirado tu frente pudorosa
sonrosada de cándido rubor.*

*I cual visión de peregrino sueño
con tus hechizos me dijiste: “Canta”,
“i ardientes himnos hasta mí levanta,
“temple tu lira para mí el amor”.*

*Quise cantar -la inspiración sentía
donde el oprimido corazón suspira;
quise templar la abandonada lira,
ardiendo de entusiasmo el corazón-.*

*Quise ensayar las olvidadas trovas
que a la hermosura levantara un día;
pero mi lira en vez de su armonía
sólo me dio su destemplado son.*

Abril de 1847

El adiós

***Publicada por “El Colombiano”, de
Medellín, en mayo de 1926, como una
canción inédita. (Cf. con Adiós Temilda).***

*Es forzoso partir pues lo manda
el destino contrario y feroz,
pero dime mil veces que me amas
antes que yo oiga tu último adiós.*

*Ángel mío, mi amor, mi esperanza,
tus caricias prodígame amante,
que yo miro tu sien delirante
palpitando de dicha y de amor.*

*Deja, amada, que un beso en tu frente
con mis labios imprima de fuego,
que yo goce de tu amor, aunque luego,
me repitan tus labios adiós.*

*¡Ay! yo parto a regiones distantes
do no alcanzan tus tiernas miradas
donde nunca tus voces amadas
se unirán con mi trémula voz.*

*Mas vagando a merced del destino
en mi pecho tu imagen grabada,
por doquiera tu voz adorada
me dirá balbuciente un adiós.*

*Y si acaso me olvidas, ingrata,
si tu pecho palpita inconstante
contra el pecho de algún otro amante
olvidando mi tímido amor;*

*cuando en medio de gratas caricias
te creyeres feliz con tu amado,
oirás moribundo a tu lado,
de mis labios el último adiós.*

*Si a morir me condena distante
la fortuna tan cruel y tan fiera,
una lágrima vierte siquiera,
una sola, por mí, de dolor...*

*Y si llega algún tiempo en que pises
el recinto en que se halla mi tumba,
sentirás que en su seno retumba
eternal y doliente un adiós.*

*“En la edición de 1869 (p. 226) que
pertenece a la distinguida señorita Inés
Gutiérrez Hoyos, están las siguientes
cuartetos, atribuidas a Gutiérrez G. Sin
comentario las trasladamos”.*

*¿Cómo esa cosa se llama
que actualmente se halla de moda,
pero que pierde su nombre
usándola el que la toca?*

*Su nombre sigue perdiendo
cuando siguen las lisonjas,
mientras más caricias le hagan
tanto más, es más graciosa.*

*Atormenta a los poetas,
mimándolas las hermosas,
“vanidad de vanidades”*

que escandaliza a las monjas.

La prosa del poeta

***Gracias a la diligencia de los Catedráticos,
Javier Gutiérrez y Abel García Valencia,
podemos publicar aquí el único y
desconocido escrito en prosa que se conoce
del poeta.***

Felipe

Peñol, 13 de diciembre de 1851.

Querido amigo:

*He llegado hoy a este pueblo con dirección a
Medellín, a donde marchó a agitar un pleito
de familia que se halla pendiente en el
Tribunal, y donde permaneceré dos o tres
meses. Haría traición a nuestra antigua y
buena amistad de colegio si no diera a tu
casa la preferencia para vivir en ella durante
el tiempo de mi permanencia en esa ciudad.
Estoy rabiando por hallarme a tu lado, para
que charlemos indefinidamente.*

*Hasta pasado mañana que tendré el gusto de
abrazarte.*

*Tu afectísimo,
Felipe.*

¡Felipe! Exclamé yo al leer esta carta que me

entregaron en la calle, un día después de su fecha. ¡Felipe en Antioquia, y de viaje para Medellín! Ninguna sorpresa tan agradable pudiera haberme proporcionado su buena amistad.

Un día después de recibida esta carta, Felipe y yo aguardábamos el almuerzo en el alto Santa-Helena, sentados en el corredor de la casa de Baéñas. Yo había ido hasta allá al encuentro de mi amigo.

Era Felipe en aquel tiempo un joven de 22 a 23 años, de una gallarda figura, de talento vivo y despejado, y de una imaginación ardiente y borrascosa.

La mañana era magnífica. El cielo, vestido de riguroso azul, cobijaba con modesta sencillez el valle encantador de Medellín. La llanura se extendía debajo de nosotros, con su profusa variedad de sombras y colores, como la paleta de un pintor. Medellín parecía dormir acariciada por la brisa de la mañana y el tranquilo murmullo de su río. Las pequeñas poblaciones de que está sembrado el valle, dejaban ver sus blancos campanarios, rodeados de sauces y naranjos, semejantes al nido de una tórtola medio oculta entre las verdes enredaderas de un jardín... Y todo este magnífico paisaje estaba rodeado de una atmósfera luminosa y trémula, que parecía formada por el hervor de infinitas partículas de luz. Era que el valle

de Medellín palpitaba a los besos del sol de diciembre.

¡Qué bello es este valle! exclamó Felipe, cuyo pecho se ensanchaba como para aspirar la atmósfera perfumada del paisaje que tenía a la vista. Mira a Medellín, me decía; parece una joven novia que, despojada de sus principales galas, se reclina en su pecho de esposa, sonriendo de amor y timidez. El ancho valle sembrado de cañaverales y tornasolado con los reflejos dorados de las espigas del maíz, parece el vestido de boda de la esposa; y el río que la arrulla con su mansa corriente, es el brillante cinturón de plata que yace a su lado desceñido. Y más lejos... allá... al pie de las azules cordilleras, mira las colinas caprichosamente quebradas y cubiertas de grama, semejantes al manto de seda negligentemente arrojado en un rincón de la cámara nupcial.

Yo contemplaba en silencio a Felipe, lleno de esa satisfacción que experimenta un casado cuando oye las alabanzas que le tributan a su mujer, o una madre cuando celebran las gracias de su hijo.

¡Qué dichosa debe de ser la vida de Medellín! continuo él. ¡Yo había soñado con el Oriente y ahora lo he alcanzado a ver! ¡Rodeados de esa atmósfera, cobijada por ese cielo, alumbrados por ese sol, los habitantes de Medellín deben de ser muy dichosos!

Embriagados por el perfume de sus flores, aturcidos con el bullicio de sus fiestas, en medio de tantas bellas, porque las mujeres de Medellín serán divinas, todas con los cabellos negros y los ojos centelleantes; los medellinenses verán deslizar su vida como un prolongado festín. El oro de los capitalistas convertido en deleite, se debe derramar por todas partes. ¡Voy a pasar unos días muy alegres, al lado de un amigo como tú, en medio de las bellas, rodeado de bailes, de paseos, de flores, de perfumes, de billetes, de álbumes, de amor y de felicidad! ¡Vamos pronto a esa tierra prometida! Y quiso arrojarse sobre Medellín, como en otro tiempo los soldados de Alejandro sobre la desenvuelta Babilonia. Pero antes fuenos preciso almorzar, y atravesar enseguida el malísimo camino que separa Medellín de Santa-Helena.

Un mes hacía ya que Felipe se hallaba en Medellín, alojado en la pieza principal de mi habitación. Su mesa estaba llena de cubiertas para billetes, papel satinado, tarjetas, cuadernos de música, álbumes de viaje, cadenas, leontinas, anillos, mancornas, y todas esas superfluidades que constituyen la mitad del equipaje de un elegante. Ninguno que viera su habitación pudiera asegurar que había venido a seguir un pleito: no se encontraba en su mesa ni una hoja de papel sellado.

Felipe salía muy poco de la casa; no había tenido ni el trabajo de corresponder visitas; pues, a excepción de tres o cuatro amigos, nadie había ido a saludarle. Me había olvidado de decir que Felipe era Gólgota.

Una mañana llegué a su pieza y le encontré sentado en una poltrona leyendo un billete que tenía en la mano; sorprendióse algún tanto a mi vista, y trató de ocultar el papel; pero luego, variando el intento, me dijo: Daniel, ¡qué diferente es Medellín de lo que yo me la figuraba! ¿qué les ha sucedido a los habitantes de esta tierra? ¿son siempre así? ¡ni teatros, ni bailes, ni paseos, ni nada que indique que estamos entre gente civilizada! De ese modo, le contesté, tendrás más libre el ánimo para consagrarte a tu pleito; esto por lo menos es una ventaja. ¡Gran ventaja por cierto! Mas lo peor no es eso, sino a fuerza de no tener en que ocuparme, mira lo que he hecho. Y me alargó un papel que tenía en la mano. ¿Has hecho qué? Le dije, ¿algunos versos? No, hombre, he recibido una carta. Mira voy a decírtelo todo: pienso casarme. ¡Casarte tú!

— Sí, señor, casarme, y ¿qué tiene eso de raro? Desde que se pone el pie en territorio antioqueño, siente uno deseos de ser casado. Yo no puedo explicarme esto; pero parece que a Antioquia la rodea una atmósfera matrimonial, a cuya influencia nadie puede sustraerse. Es que los cabellos negros y los

ojos centelleantes de las bellas... No, nada de eso, no es Medellín lo que parece desde el alto Santa-Helena, y sus mujeres, aunque he visto muy pocas, parece que no son como me las había soñado. Es que en esta tierra hay que casarse para poder conversar con una mujer. -Y tú, por lo tanto, has resuelto tener con quién conversar. — Sin duda. La que esto me escribe es la única que he visto en Medellín. Al principio creí entablar con ella uno de esos amores que tanto entretienen en otras partes; pero ¡qué quieres! lo que al principio no era más que una diversión, se convirtió al fin en un afecto serio; lo que empezó por señas y miradas concluyó por billetes y promesas; y hoy me tiene comprometido y enamorado como una bestia.

Mientras Felipe hablaba, leía yo la carta que me había entregado.

Era una de esas cartas que todas las mujeres han escrito por lo menos una vez en su vida, y que todos los hombres han leído por lo menos doscientas. En medio de mil tonterías escritas con ortografía chilena y en una letrica angulosa y tartamuda, había sinceras protestas de amor.

Estaba firmada: ROSA.

¡Rosa! Exclamé yo, la señorita de en frente, la hija de D. Lucas

— ¡Rosa, sí señor, una muchacha llena de gracia y de bellezas, mujer encantadora y sencilla! Nada le decía yo sobre matrimonio en el billete que le escribí, y ella me contesta que conviene en ser mi esposa siempre que obtenga el consentimiento de sus padres.

Hablando así nos habíamos acercado a la ventana. Casi al mismo tiempo, y como si supiera que se trataba de ella, apareció Rosa en el balcón de en frente; sus mejillas se cubrieron de un encarnado vivísimo cuando nos vio, y sin dar lugar a que nos saludáramos, volvió a entrar precipitadamente; pero no sin dirigir antes una mirada hacia nuestra ventana, al través de las vidrieras que cerró tras sí. Estaba vestida con una sencillez, si no encantadora, por lo menos antioqueña: un camisón de zaraza morada, sobre el cual tenía un delantal de zaraza más morada todavía; un pañolón de seda con grandes flores alegres y esponjadas, puesto en la espalda, y prendido sobre el pecho, a una altura poco artística, con un alfiler de cobre: he aquí todas las galas de la futura de mi amigo. Pero nó, me equivocaba. Todo su adorno consistía en sus magníficos cabellos negros, peinados en dos trenzas, que caían negligentemente sobre su cintura, donde hacían un pequeño descanso, y luego descendían con morbidez acariciando la falda de su vestido. Consistía en la belleza de sus ojos llenos de miradas prisioneras, que se escapaban temblando cuando llegaban a

burlar la vigilancia de sus párpados severos. Consistía en su boca pequeña, que sólo de tarde en tarde entreabría para dar paso a su voz dulcísima, quedando largo rato iluminada con una sonrisa que parecía crepúsculo de su voz. No pude menos que dar el parabién a mi amigo por la acertada elección que había hecho, luego que me convencí de que era seria su resolución. Hoy mismo, me dijo, voy a escribir a D. Lucas pidiendo la mano de su hija. Y después de haber formado mil castillos en el aire, hablado mucho y pensando poco, nos separamos, quedando Felipe entregado plenamente a sus proyectos.

Al día siguiente y al tiempo de salir de mi oficina, me entregaron un papel, reglado a manera de factura, en el cual había escrito D. Lucas unas pocas líneas, suplicándome que pasara a su almacén, pues teníamos que tratar sobre un negocio. La ortografía del escrito me hizo recordar la carta de Rosa, y no dudé que la excelente niña habría aprendido a escribir bajo la inmediata dirección de su papá.

Me dirigí, pues, al almacén, seguro de que el negocio que D. Lucas me hablaría no podría ser otro que el matrimonio de Felipe.

Dicho almacén consistía en una vasta pieza, dividida a lo largo por un mostrador, detrás de la cual se veía a un lado, a manera de

armario, una enorme caja de fierro, cuya fisonomía inflexible y estúpida daba cierto aire de salvaje gravedad a cuanto le rodeaba, y esparcía por todo el almacén una atmósfera fría y metálica. En el centro había un escritorio cuyos estantes estaban repletos de gruesos libros de cuentas; uno de éstos, el más grande de todos, se hallaba abierto delante de un dependiente, que con una pluma detrás de la oreja, una regla en la boca y un cigarro en la mano, volvía pausadamente sus hojas con una gravedad enteramente mercantil.

El dependiente (que contaría de 14 a 15 años) volvió hacia mí su cabeza, cubierto de un gorro griego, y sin contestar mi saludo, me preguntó: — Usted nos necesitaba? No, señor, le dije; sólo busco al señor D. Lucas. - Hoy estamos de correo y tenemos muchos que hacer. — Es que el mismo señor D. Lucas fue el que me suplicó... — Bien, pues espérela usted, y volvió a su tarea con una calma envidiable.

Después de algunos instantes, entró D. Lucas por la puerta que daba a las habitaciones interiores, acompañado de un sujeto a quien al parecer trataba con mucha deferencia. Era D. Lucas un hombre que se aproximaba a los 50 años, alto, seco, y encorvado, de tez amarillenta, y de una fisonomía muy poco más despierta que la de su caja de fierro.

Llevaba ordinariamente pantalones de hilo color de plomo, chaqueta blanca y zapatos amarillos. La persona que le acompañaba era un joven de 25 a 30 años; de elevada estatura y de hombros desmesuradamente anchos. El color de su rostro demasiado encendido, tanto a causa de los rayos del sol de su pueblo como de su salud de buey, daba a su persona cierto aire arisco y montaraz, y se admiraba uno de encontrar sobre aquellos hombros tan robustos y debajo de aquella cabeza tan colorada, una casaca en vez de un bayetón. Estaba vestido a la última moda. Sus pantalones y su casaca conservaban intacto el brillo que habían sacado del taller de Sanín. Sin embargo, al menor movimiento que hacía, el cuello rebelde de su camisa se escurría por debajo de su corbata, y su falda, más rebelde todavía, se asomaba por entre el chaleco y el pantalón, formando un bucle circular alrededor de su cintura. Sus pies, de una dimensión fabulosa, estaban sometidos a una rigurosa clausura de unas botas de charol, en donde comprimidos pugnaban por recuperar su antigua independencia. Para concluir el bosquejo de este personaje añadiré: Que era hacendado de un pueblo cercano a Medellín, futuro heredero de una fortuna enorme, diputado a la Legislatura, pretendiente de Rosa y llamado Braulio.

Don Lucas se despidió de Braulio con una amabilidad y una cortesanía de que no había ejemplo en los anales del almacén: lo cual me

indujo a creer que las pretensiones de Braulio podrían ser mejor acogidas que las de Felipe. Esto por parte de D. Lucas, pues por lo que hace a Rosa, bien convencido estaba yo del cariño que a Felipe profesaba y del comprometimiento que mediaba entre los dos. Y además. No podía suponerse que Felipe, joven elegante, honrado y de talento, fuera desechado, para aceptar en su lugar a un pretendiente tan mal redactado como Braulio, cuyo olor a hehecho se percibía a dos cuadras de distancia. Pero ¿quién sabe? Me decía yo: ¡todo puede ser... las mujeres...! Don Lucas se me acercó y sin más rodeos me dijo: ¡Qué tal amigo! Lo necesitaba para consultarle a usted un negocio. — Sí, señor, me tiene usted a su disposición. -Dígame usted. ¿Usted conoce a un joven de Bogotá... Felipe...? —¿Felipe? Sí señor, es íntimo amigo mío y vive actualmente en mi casa. -Sí bien: pero dígame usted, ¿qué clase de hombre es Felipe? Hay preguntas tan claras que no es fácil comprenderlas, así es que tartamudeando contesté: Pues Felipe es un joven de Bogotá... muy amigo mío... y que vive conmigo... — Muy bien, muy bien; pero dígame usted: ¿qué tal en materia de honradez? ¿qué tal de fortuna? ¿qué tal esto de manejar intereses...? Y siguió haciéndome un larguísimo interrogatorio, pero de tal naturaleza, que a veces se me figuraba que Felipe lo que había propuesto a D. Lucas era que le fiara alguna suma o le admitiera como dependiente; pues no trataba de encontrar en

mi amigo las cualidades que pudieran hacerle buen esposo, sino que las que le hicieran a propósito para administrador de bienes. Yo hube de contestar lo mejor que me fue posible a las multiplicadas preguntas de D. Lucas; pero de mis respuestas, a pesar de mi buena voluntad, debió deducirse, que, si era Felipe excelente para esposo, no lo era tanto para mayordomo. Así fue que, con un tono marcado de lástima, siguió el padre de Rosa. —¿Con que dice usted que el tal Felipe es un literato... un poeta... que hace versos? — No, señor, no hace versos: sabe hacerlos, lo cual ya ve usted que no es lo mismo. — ¿Con qué es hombre entregado a los libros? — Sí señor, es un hombre entregado a su profesión de abogado, en la que indudablemente lucirá mucho. — Mire usted agregó Don Lucas, bajando un tanto la voz; desengáñese usted, esos hombres entregados al estudio no sirven para nada, ¿entiende usted? para nada. Serían incapaces de manejar doscientos pesos, si por casualidad pudieran ganarlos. Yo le hablo a usted con toda franqueza: su amigo de usted, pretende la mano de mi hija; ¡ pero hoy mismo la ha pedido también en matrimonio un joven estimabilísimo, el mismo que usted vio salir de aquí hace poco, es hijo de un amigo mío, y yo atendiendo a sus muchas cualidades y sobre todo a la inclinación de Rosa, seguramente no podré rehusar... ya ve usted, un padre...!

Convencido yo de la inutilidad de insistir en un asunto tan delicado, y persuadido de la falsa posición en que me hallaba colocado, me apresuré a despedirme de D. Lucas.

Nada me dijo Felipe de la contestación que tuviera su carta, y yo por mi parte me guardé bien de hablarle sobre este negocio; pero pocos días después, y cuando ya era público el matrimonio de Rosa y Braulio, me anunció que, ya terminado su pleito por medio de una transacción, le era forzoso volver a Bogotá.

El día de su marcha resolví acompañar a mi amigo hasta el alto de Santa-Helena. En todo el camino no nos dirigimos ni una sola palabra.

Llegados a la casa de Baénas, y mientras preparaban el almuerzo, salimos al corredor que queda al frente del pintoresco valle. La escena que teníamos a la vista era la misma de otro tiempo, sólo los actores habían variado. Felipe sacó silenciosamente un lápiz de su cartera y empezó a escribir en la pared.

*De una ciudad, el cielo cristalino
Brilla azul como el ala de un querube,
Y de su suelo cual jardín divino
Hasta los cielos el aroma sube;
Sobre este suelo no se ve un espino,
Bajo este cielo no se ve una nube...
...Y en esta tierra encantadora habita...
La raza infame, de su Dios maldita.*

*Raza de mercaderes que especula
Con todo y sobre todo. Raza impía,
El precio del honor, su mercancía,
Y como sólo al interés de atiende,
Todo se compra allí, todo se vende.*

*Allí la esposa esclava del esposo
Ni amor recibe ni placer disfruta,
Y sujeta a su padre codicioso
La hija inocente...*

*¡Está servido el almuerzo! Dijo en esto
Genoveva, interrumpiendo a mi amigo, con
gran disgusto mío, que por encima de su
hombro iba leyendo a medida que él escribía,
y que deseaba mucho la conclusión de la
octava que dejó empezada, para ver si podía
descubrir a qué ciudad trataba duramente.
No pudiendo averiguarlo, dije para mí:
seguramente habla de Bogotá.*

1851

*Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nación judía;
Y pesos sobre pesos acumula*

Conclusiones

La revisión bibliográfica y documental sobre la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González, justificó el propósito del presente trabajo de grado. La información que se encuentra del autor es de característica fragmentada, no está disponible para el uso y la consulta del mismo; además, pertenece a pocas entidades. La recopilación de su biografía detallada es una empresa de largo alcance. Es visible que el interés por el autor está permeado hacia las personas más adultas de los sitios donde se encuentra la información, casos puntuales: el municipio de La Ceja y de Sonsón, Antioquia, mientras que los más jóvenes no poseen conocimiento o es mínima la información acerca del autor. Esta ausencia constituyó la forma final del presente trabajo de grado, como propuesta digital de recuperación del patrimonio literario para consulta libre, abierta y proyectivamente interactiva, y es el aporte fundamental de esta investigación.

La visita en varios momentos al Centro documental de historia del municipio de Sonsón, donde se encuentran los periódicos de celebración de los centenarios de nacimiento y muerte del autor, además de la lectura de las obras reconocidas del poeta como los son la publicación del poema *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, realizada por la Gobernación de Antioquia en el centenario de su muerte, y las obras completas compiladas por Rafael Montoya Montoya, en 1960, permitió la recuperación parcial de la vida y obra del autor, la cual requiere de una dedicación más profunda, de muchas voces que quieran sumarse en una construcción colectiva de textos y que den cuenta de la poética y biografía de Gregorio Gutiérrez González.

Encontrarse con el Gregorio niño, adolescente y adulto, permite tener la sensibilidad acerca de su obra. Leer las angustias y las alegrías efímeras en la vida del autor, muestra el ser humano

inteligente, fresco, de genialidad inmediata y de una sencillez, no solo en su lenguaje, sino en su relacionamiento con el mundo. Fueron muchos los amigos ilustres que lo visitaron, incluso su participación en los aspectos políticos, le posibilitaron tener contacto tangible con grandes personajes de la historia de Colombia, y sin embargo así, la sencillez y la humildad hicieron alarde de este ilustre hombre de las letras antioqueñas quien lo llevó a su escritura, versos escritos *en antioqueño* como el autor mismo lo decía, con el único fin de llegar incluso a los públicos menos letrados, aquellos en los que se inspiró el poeta para escribir textos tan sublimes como *Memoria sobre el cultivo del maíz*, el cual es a su vez todo un tratado científico sobre el proceso de su siembra, recolección y consumo final de este producto tanpreciado en la región.

Poesías como esta del cultivo del maíz, permitió que la obra de Gregorio Gutiérrez González permeara incluso autores de otros países. Comentada a nivel internacional, esta obra permite que, incluso en la actualidad, en el municipio de Sonsón hagan honor a sus palabras con el desfile que año tras año se presenta en la localidad y que tiene el nombre de *El desfile de los 30 peones*, inclusive existe un museo llamado *El museo del maíz* donde se relatan fragmentos del poema.

La novedad y originalidad de *La memoria del maíz* no consiste en extrañezas de dicción, sino en la novedad del argumento, en la fidelidad de la lengua castellana sencilla y familiar, tal como la heredó de sus padres, de su pueblo, pues cuando Gutiérrez la escribía se emancipó, a fuerza de talento, de todas las modas pasajeras que en la misma España utilizaban. El poeta utilizó novedad en aquella lengua que es la nación, la casa del alma y esa complicidad con su patria Antioquia, en el mismo lenguaje de los campesinos de la época que cultivaban la tierra. Esto logró

dar una identidad a su escritura, ese legado de olor a campo, de gotas de sudor del sembrador y del buen gusto en la preparación de esos alimentos semejantes al maná de los dioses.

A Julia, otro de los poemas emblemáticos de Gregorio Gutiérrez González, tiene mención en varios escenarios y hace mención al amor tan profundo del poeta por su compañera de vida. Eso representó Julia en la vida del autor, un ser que lo acompañó en todos los avatares y que hasta el final se mantuvo firme. El poema, representa la pureza, ternura y sensibilidad del poeta en sus años de juventud, todo el ímpetu y la fuerza del alma joven, incluso, al final de sus días, ya cansino, Gregorio escribe nuevamente el poema con todo el amor que la desilusión de la vida le permite.

Leer a Gregorio Gutiérrez González es comprender la Antioquia del siglo XIX, no solo por sus poemas que se presentan con una descripción limpia y asombrosa acerca de lo cotidiano y de los paisajes, sino por su contexto en cada uno de ellos. El autor cuenta su vida y lo que lo rodea, las situaciones políticas y sociales de las diferentes épocas y que, con sus palabras marcaron un hito excepcional en la historia del departamento, así como lo son los poemas *A Antioquia* y *A los Estados Unidos de América*, que incluso detuvieron una afrenta nacional. Gregorio Gutiérrez González motivó que el Dr. Pedro Justo Berrio quedara elegido luego de la afrenta nacional de 1863 como presidente y fue este poeta, antioqueño excepcional que en 1857 combatió con sabiduría y firmeza, como miembro del Congreso granadino, la transformación federativa de la llamada por él patria, que no es otra que Antioquia.

La vida de Gregorio Gutiérrez González fue marcando un ritmo profundo en los versos del escritor, pasando del romanticismo, muy marcado en los años de su juventud y madurez temprana,

al realismo limpio aquel que fue realizándose por los avatares de la vida, por la observación de las comunidades, por las conversaciones con múltiples personalidades. La tonalidad de sus versos se fue tiñendo con la experiencia vivida, con los pasos de los caminos recorridos, con las circunstancias del país y su eterna melancolía. Los poemas del autor, marcan los ritmos de sus vivencias, pasan de la luz a la sombra acogedora del descanso.

Aunque hoy su obra permanece en discreta penumbra, su nombre ofrece una instintiva simpatía en aquellos que escucharon o tuvieron el privilegio de leerlo y reconocer en sus escritos ese pueblo pujante y tenaz antioqueño. La obra de Gregorio Gutiérrez González se enaltece en la tradición, en aquella que fue marcando el camino de una sociedad de trabajo por la tierra, por las comunidades humildes cobijadas por el verdor de sus montañas, sin excentricidades, solo con los sentimientos más puros del alma. Su obra, si se lee, ofrece múltiples matices de lo que es la cultura antioqueña y, por estar trazada con las propias vivencias, permite reconocer en ella la historia del pueblo antioqueño. Es importante, entonces, retomar su estudio, su conocimiento y es algo que se está perdiendo entre las generaciones contemporáneas.

El reconocimiento de la obra de Gregorio Gutiérrez González permite conocer la historia de un pueblo, es recordar la cotidianidad de la Antioquia del siglo XIX que marcó de manera profunda los lineamientos políticos del país. Su obra, poco difundida, ha quedado fragmentada en textos físicos de difícil acceso, y es por esto que, presentándola de manera digital, se hace posible que el legado de este escritor colombiano pueda ser recordado y reconocido por las nuevas generaciones y por otras culturas.

La propuesta digital es el inicio de una posibilidad que permite acceder de manera sencilla e intuitiva a la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González y puede llegar a ser una construcción de muchas voces, de diversas manos que puedan agregar información, a medida que se vaya recopilando. Puede ser incluso un motivador pedagógico del estudio profundo de la historia antioqueña, utilizado en salas de estudio, en aulas de clase. Se convierte pues, en una herramienta para ser utilizada por docentes, catedráticos o apasionados por la literatura y la historia de Colombia.

La idea de plantear esta propuesta digital fue hecha precisamente para que los versos del poeta ilustre llegaran a las nuevas generaciones, porque es el formato de información que más se consumen en la actualidad. Es la manera como se relacionan e interactúan los nuevos habitantes de estas tierras antioqueñas. La información debe servir como fuente para el conocimiento, y qué mejor excusa que presentar la vida y obra de Gregorio Gutiérrez González de manera digital para iniciar un proceso de reconocimiento de las raíces, de las tradiciones, de la cultura antioqueña.

Tal vez este trabajo surgió de una deuda moral con la tradición antioqueña, aquella de pujanza y visión, aquella que no se dejaba amilanar por un terreno árido frente a sus ojos y con la firme esperanza de cultivar para llevar un pedazo de pan a la mesa. La cultura antioqueña fue convirtiéndose en una manta de otredades, se fue desdibujando en sus puntadas aquello que nos unía desde el lenguaje, desde el quehacer, desde la labor diaria y las conversaciones en torno a una arepa recién hecha y una taza de café. Situaciones que responden a un mundo más caótico donde las raíces de desdibujan y se pretende copiar estereotipos que no caben ni en la vestimenta ni en el corazón. La memoria de Gregorio Gutiérrez González refresca a su vez la memoria del pueblo

antioqueño, los orígenes éticos y vivenciales de las tradiciones de estos pueblos. Surgió, además, por los silencios prolongados cuando se preguntaba por este escritor en la biblioteca pública municipal de La Ceja del Tambo, que lleva su nombre; es poca la información que allí se encuentra, poca la información que logra ofrecerse al transeúnte que desea descubrir la historia literaria y política del pueblo. Surgió, pues, como un reclamo a nuestros ancestros por no mantener vivo el legado de estos versos que ofrecen identidad. Surgió como fortuna a un deseo por el conocimiento de la lengua sencilla, aquella que se ofrece de manera voluntaria a la memoria de los legados y en ese surgir se va enamorando a los que leen a Gregorio Gutiérrez González, este hombre insigne de la cultura antioqueña.

Su vida, corta en presencia, pero eterna en la memoria de estas tierras colombianas. Que sus versos perduren en la historia y en los corazones de los que habitan estas tierras.

Referencias

- Ángel Uribe, A. (1969). *Apuntes históricos de Sonsón*. Medellín: Cappel.
- Ángel Uribe, A. (1972). Sonsón, Antioquia: Gregorio Gutiérrez González. *La Acción*.
- B.G.L. (1932, Marzo 2). Huesa de los restos de Gregorio Gutiérrez González será Sonsón. *Maitamá. Órgano de La Unión Conservadora*, p. 7.
- Botero Restrepo, J. (1976). *Berrío el grande*. Medellín: Imprenta Departamental.
- Botero Restrepo, J. (1977). *Don Gregorio de Antioquia. Homenaje del Concejo Municipal de Medellín*. Medellín: Imprenta Municipal.
- Cadavid Uribe, L. (1989, Abril 9). Gregorio Gutiérrez González. *La Acción*, p. 21.
- Caro, H. (2008). *Gran enciclopedia biográfica del Círculo de Lectores*.
- Colombia. Congreso de la República. (1997). Ley 397 de 1997. Ley General de Cultura. *Diario Oficial No. 43102*.
- Colombia. Ministerio de Cultura. (2008). *Ley 1185 de 2008. por la cual se modifica y adiciona la Ley 397 de 1997 –Ley General de Cultura– y se dictan otras disposiciones. “Artículo 4º. Integración del patrimonio cultural de la Nación*. Bogotá: El Ministerio.
- Crónicas de Sonsón (1972, Julio 22). Centenario de la muerte de Gregorio Gutiérrez González. *La Acción*, p. 6.
- Deborah. (2014). Concepto de *tradición*. Tomado de <http://conceptodefinicion.de/tradicion/>
- Duque Betancur, F. (1968). *Historia de Antioquia*. Medellín: Albón Interprint, p. 45
- García, H. (1908). *La tierra de Robledo*. Medellín: El Cojo.
- Gómez, A. (1972). Gregorio Gutiérrez González. *Revista UPB* (33), 114–115.
- Gutiérrez, B. A. (2011). *De todo el maíz*. Medellín: Bedout.
- Gutiérrez González, G. (1867). *Memoria sobre el cultivo del maíz*. Medellín: Gobernación de

Antioquia.

Gutiérrez González, G. (1890). *Aures* (Ejemplar ú).

Montoya Montoya, R. (1960). *Obras completas de Gregorio Gutiérrez González*. Medellín:
Colegio Académico de Antioquia.

Hurtado, A. (1972, Septiembre 3). La muerte de un poeta. *La Acción*, pp. 10–11.

Llano Isaza, R. (2005). Gregorio Gutiérrez González. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 91
(831).

Mazo, C. (1926). *Gutiérrez González, canto al poeta*. *Juegos Florales Nacionales*. Medellín:
Gobernación de Antioquia.

Mejía, E. (1872). Ya no puedo cantar más. *La Sociedad, Periódico Católico de Medellín*, 11.

Serrano, J. D. (2016). *Marco normativo del Sector Cultural y de las Políticas Culturales*.
Recopilación. Bucaramanga.

Unesco (2017). Patrimonio Cultural.

Venemedia. (2014). Significado de tradición. Recuperado de:

<http://significado.net/tradicion/#ixzz4b8bbdO6J>